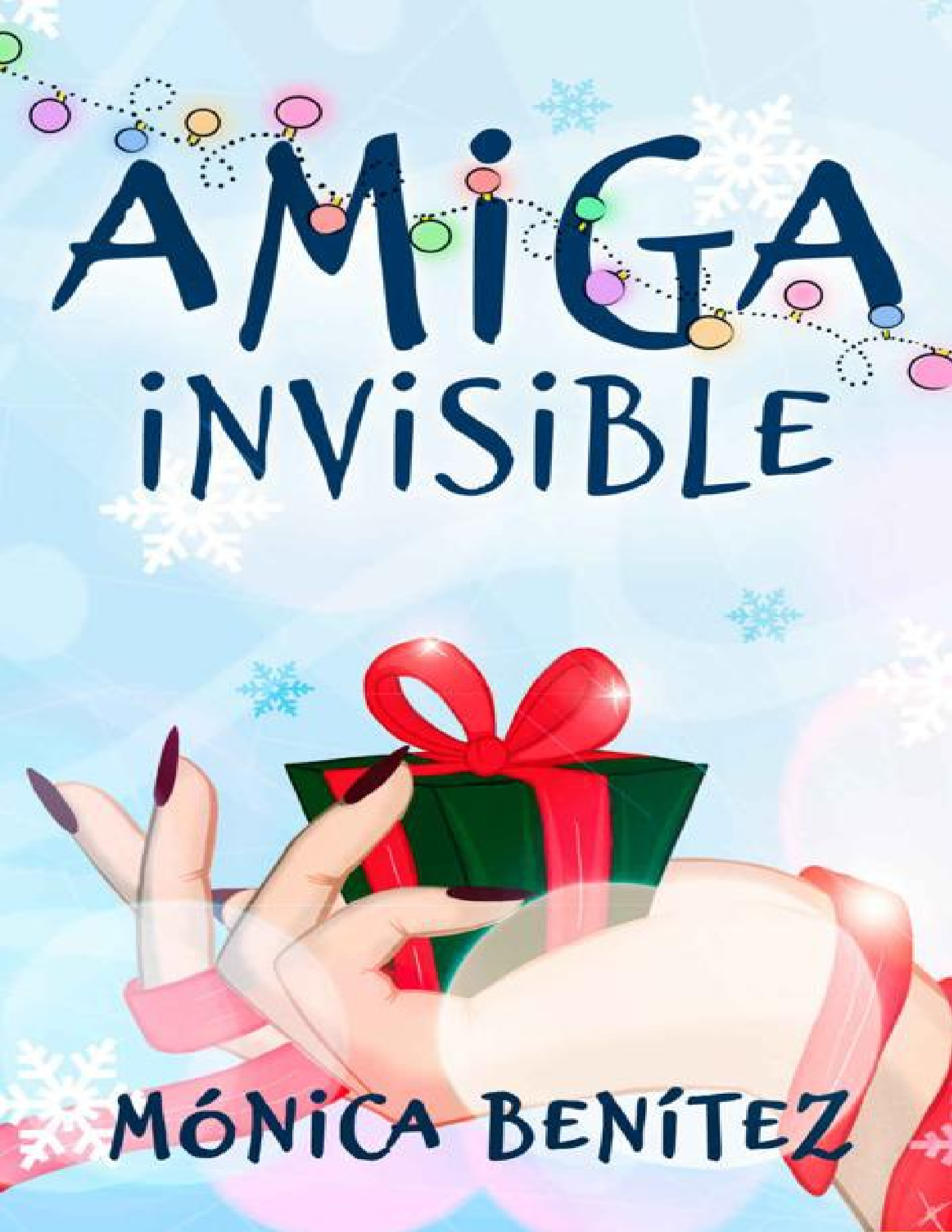




AMiGA iNViSiBLE

MÓNICA BENÍTEZ

Contents

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Epílogo](#)

AMIGA INVISIBLE
MÓNICA BENÍTEZ

Copyright © 2023 Mónica Benítez
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Diseño portada: Verónica Espinosa

Safe creative: 2310205635210

<https://monicabenitez.es>

Twitter: @monicabntz

Instagram: mbenitezlibros

Tik Tok: @mbenitez_escritora

Capítulo 1

Elena Robledo camina muy deprisa hacia la sala de descanso donde ya la espera su compañero Samuel. Ella llega tarde porque ha estado atendiendo una llamada de esas que se hacen interminables y no ha conseguido colgar hasta ahora. Sus zapatos de medio tacón resuenan por el pasillo y hacen eco en las paredes. Elena entra por fin en la sala y encuentra a su compañero haciéndole señas en la mesa de siempre. Con sus cuarenta y tres años, Elena le saca ocho a Samuel, pero esa diferencia de edad nunca ha impedido que conectasen desde el primer día y que ambos se hiciesen amigos, tanto dentro como fuera del trabajo. Samuel se ha convertido en esa persona que la escucha autocompadecerse cuando ve pasar a Adela Vázquez, la jefa de ventas del departamento donde ambos trabajan y la mujer de la que ella lleva secretamente enamorada desde hace más de un año.

—No hagas eso, Samuel —lo reprende riendo cuando llega hasta la mesa.

Samuel se ha puesto a aplaudir emocionado cuando la ha visto, como si no hiciese cinco minutos que han estado juntos.

—¿Te molesta que se me vea la pluma? —se burla él.

Su compañero es de esos gais un poco amanerados, a Elena no le importa, pero sí que le molesta mucho que algunas personas lo miren con desprecio cuando van por la calle, por eso siempre se queja cuando él exagera.

—Cállate —dice ella sin dejar de sonreír al mismo tiempo que acepta el café que él le ha sacado de la máquina.

Hoy está especialmente emocionada. A Elena le gusta mucho la Navidad aunque siempre acabe pasando las fiestas sola o en casa de sus padres, viendo como sus hermanos disfrutan y se ríen al lado de sus respectivas parejas mientras que ella nunca ha llevado a nadie a su casa. Es la eterna solterona, la que viste santos según su madre y la más lista de la familia según su hermana pequeña. Pero esa parte no viene al caso, a Elena lo que más le gusta es que en Navidades, la empresa organiza comidas por departamentos, contrata un servicio de cáterin en el que no falta de nada y todos los compañeros del departamento de ventas comerán juntos el viernes. Eso significa que Adela Vázquez también estará allí, con su mirada severa, siempre tan distante y aislada, pero estará con ellos y no encerrada en su despacho. Además, para rematar el día, todos los años hacen el juego del amigo invisible y son Elena y Samuel los que se encargan de organizarlo todo. La empresa les permite disponer de un par de horas para ese asunto cuando ellos consideren oportuno, y ahora están hablando de que no pueden demorar mucho el momento de que cada uno coja un papel de la urna para que tengan tiempo de comprar un regalo.

Elena y Samuel discuten el momento en el que se pondrán a recortar papelitos con los nombres cuando Adela Vázquez entra en la sala y va directa a prepararse un café de la máquina de cápsulas. Elena deja de hablar y se queda paralizada mirando. No puede evitarlo, su corazón siempre se desboca cuando la ve y siente una especie de pellizco en el estómago que le deja cara de tonta unos instantes.

—Eres peor que una adolescente —dice Samuel riendo.

Ella ni siquiera lo mira, sus ojos van detrás de cada movimiento de Adela Vázquez y

los cuarenta y cinco años mejor llevados que ha visto nunca. Salvo su físico cuidado, Elena no tiene muy claro qué es lo que ha visto en ella. Adela no es una mujer especialmente guapa, simplemente tiene un atractivo sutil, de esos que solo puedes ver cuando te fijas en exceso o la conoces, ella solo ha hecho lo primero, porque Adela es hermética y, desde luego, no tiene un carácter que propicie que alguien se enamore de ella. Es una mujer esquiva, Elena piensa que incluso un poco antisocial. Acude a los eventos de la empresa porque está obligada por el cargo que ostenta, pero más allá de eso, no se relaciona con nadie del departamento, se limita a ir allí y hacer su trabajo lo mejor que puede, a ser posible sin que la molesten. Elena suspira.

—¿Cuándo se lo piensas decir? —pregunta Samuel.

Ahora está serio, el tiempo para bromas ha pasado y le ha dado un toque a su amiga en el brazo para captar su atención.

—¿Decir qué? —pregunta ella viendo como Adela sale de la sala con su café humeante entre las manos.

—Decirle a Adela que te gusta.

Elena lo mira con los ojos desorbitados, como si su amigo hubiese dicho algo imposible, un pecado digno de castigo.

—¿Tú la has visto?

—Sí, claro que la he visto, y no muerde.

Elena parpadea varias veces y se queda pensativa. En eso Samuel tiene razón, Adela es fría, es distante y no da pie a conversaciones que no sean de trabajo, pero es una mujer educada que jamás ha faltado al respeto a nadie ni abusado de su cargo para que la dejen tranquila. Si quisiera, Elena podría intentar hablar con ella después de la jornada de trabajo, el problema es que no se atreve. Está segura de que Adela no tiene ningún tipo de interés en ella, de que la rechazará sin lugar a duda, y eso la aterroriza, prefiere vivir suspirando por ella cada día que llorando, porque enamorada seguiría igualmente a pesar del rechazo.

—No puedo decírselo, sabes lo que ha sufrido esa mujer y ya has visto cómo actúa. No creo que tenga interés en rehacer su vida, y mucho menos conmigo —dice y vuelve a suspirar.

Samuel se aparta un mechón del flequillo que le hace cosquillas en la frente y niega con la cabeza, no está de acuerdo con ella.

—Todos aquí sabemos lo que le pasó a su mujer, pero hace ya tres años, Elena. Adela es una mujer joven todavía, rara de cojones —añade poniendo los ojos en blanco y Elena se ríe y le da un codazo—. Pero estoy seguro de que debajo de esa coraza, ella sigue sintiendo igual que antes. Su carácter es así, siempre ha sido muy suya, en cualquier caso, dudo mucho que esa mujer quiera pasar el resto de su vida sola.

—Puede ser, pero no querrá pasarla conmigo, eso seguro.

Samuel resopla como un búfalo. Si no fuera un delito, tiraría a Elena por la ventana.

—¿Por qué no? ¿Qué tienen las demás que no tengas tú?

—Decisión, valor, coraje... —enumera ella con los dedos y expresión triste—. Adela, a pesar de lo que le ha pasado, es una mujer fuerte, y yo soy una cobarde que no se atreve a decirle lo que siente. Jamás se fijaría en alguien como yo.

Elena todavía recuerda como si fuera ayer el momento exacto en el que supo que se había enamorado de Adela. Fue un flechazo en toda regla. Elena llevaba en la empresa cuatro años cuando la cambiaron de departamento y aterrizó en el mismo de Adela hace poco más de un año. En cuanto se presentó en su puesto, Samuel, que ya estaba allí y le

cayó bien de inmediato, le dijo que tenía que ir al despacho de la jefa del departamento, que ella le explicaría en qué consistían sus funciones exactamente.

La puerta estaba cerrada y Elena llamó un par de veces de forma suave. Ella esperaba que Adela Vázquez le diese paso, pero se levantó y le abrió la puerta personalmente y, cuando Elena se la encontró delante, con las gafas de leer colocadas a modo de diadema para retener parte de los mechones ondulados de su pelo, su mirada grisácea escaneándola y su expresión seria, el corazón dejó de latirle y el pellizco que siempre siente en el estómago cuando la ve, se lo retorció por primera vez.

—Eso no lo sabes si no le hablas —zanja Samuel, cansado de ver como su amiga se consume por una mujer que ignora lo que siente.

Capítulo 2

Adela está sumamente concentrada mientras termina de analizar uno de los muchos informes que tiene pendientes, por eso, cuando su teléfono vibra a su lado por cuarta vez, ni siquiera se inmuta. La jefa del departamento de ventas sigue pasando páginas, mirando gráficos y anotando números en su libreta para después hacer sus propios cálculos. Cuando se centra en algo, es como un burro que solo ve de frente, pueden llover bombas o temblar el suelo, Adela Vázquez no se distrae siempre que tenga las gafas puestas, salvo que alguien abra la puerta de su despacho y entre huracanada mientras dice cosas que ella tarda en entender.

—A veces no sé si eres ciega, sorda, o solo me ignoras para tocarme las narices.

Adela, molesta por tener que dejar algo a medias, alza la mirada y se encuentra con su amiga Carmen Sánchez. El único motivo por el que puede entrar así en su despacho — además de la obviedad de que es su amiga— es que Carmen también trabaja en la misma empresa, solo que ella está una planta más arriba que Adela, al frente del departamento de Recursos Humanos.

Carmen es su única amiga dentro del trabajo, y desde hace tres años, cuando falleció su mujer, también lo es fuera. A Adela no le quedan más amigas, porque siempre se movió en el mismo círculo de su mujer Berta, y cuando ella faltó, descubrió que muchas —al igual que sus suegros— la culpaban de su muerte porque consideraban que no la llevó al hospital a tiempo, y las demás, simplemente la dejaron de llamar. Así que Carmen es todo lo que tiene, a pesar de que, en ocasiones, la irrite como ahora.

—Aunque yo siempre opto por lo último, porque tienes el oído más fino que un ave nocturna y con esas gafas tan monas que llevas, ya no tienes excusa para decir que no veías quien llamaba.

Adela, deduciendo que su amiga ha debido de llamarla antes de presentarse en su despacho hecha una furia, coge su teléfono y comprueba sorprendida que tiene cuatro llamadas perdidas y dos mensajes de Carmen. En el primero le dice que ya está lista, que la espera abajo. En el segundo, cinco minutos después, simplemente le manda un emoticono con un puño y el dedo corazón levantado.

—Eres un encanto —ironiza con las cejas levantadas.

—Lo sé —responde Carmen sin perder su mal humor.

Adela hace una mueca al mirar la hora y comprobar que son casi las dos y media, ellas han quedado a las dos y diez en la puerta para irse a comer juntas.

—Perdona —dice y lo recoge todo rápido dispuesta a irse.

Carmen pone los ojos en blanco y, resignada, aprovecha el momento de espera para sacar el pequeño espejo de su bolso y verificar que su maquillaje está perfecto.

La empresa se encuentra ubicada en un polígono industrial de Madrid, así que las dos amigas, para no tener que ir al centro, siempre que pueden comer juntas, suelen ir a uno de los restaurantes del centro comercial que tienen a un par de calles. Los coches los dejan en la empresa y los recogen después, según Carmen, porque así bajan un poco las calorías que ingieren y no se les van todas al culo. A Adela esa parte no le importa mucho porque tuvo la

suerte divina de que el universo la dotara con el don de poder comer como una cerda y no engordar si no tiene una vida muy sedentaria. Ella lo hace porque en esos diez minutos que tardan en llegar caminando, aprovecha para fumarse un cigarro, un mal vicio al que se aferró cuando murió Berta y del que no ha podido desengancharse todavía.

—Nos han quitado nuestra mesa por tu culpa —protesta Carmen cuando entran.

Adela la mira estupefacta.

—¿Qué mesa? Si siempre nos sentamos donde podemos.

Carmen la ignora fingiendo que su enfado es monumental, y se dirige hacia una mesa situada al lado del pasillo por el que pasa toda la gente en busca de la siguiente tienda a la que entrar.

—¿No puedes coger otra mesa?

Ahora la que protesta es Adela. Cuando Elena piensa que su jefa es un poco antisocial, no va desencaminada, no tiene nada en contra de la gente, pero no le gusta que invadan su espacio.

—Te aguantas, solo queda aquella del rincón y tiene poca luz.

—Claro, y ningún hombretón reparará en tu presencia si estás escondida —ironiza Adela.

—Cállate —se ríe Carmen olvidando que estaba enfadada—, que yo con mi hombretón ya tengo suficiente.

Carmen ya ronda los cincuenta y está felizmente casada desde hace veinte años, jamás engañaría a su marido Mateo, pero es una mujer muy coqueta y le gusta que la miren.

Dos mujeres se detienen justo al lado de su mesa, una de ellas va tan cargada de bolsas que se le están escurriendo de las manos y la otra tiene que ayudarla. Adela las mira y se acuerda de Berta y esos días previos a la Navidad en los que la arrastraba por centros comerciales como este durante horas, hasta que comprobaba satisfecha que ya tenían regalos para todo el mundo. Adela odia ir de compras y se desesperaba haciendo cola en cada tienda, pero nunca ponía mala cara, porque su mujer disfrutaba como una niña de esos momentos, y ella disfrutaba viéndola.

—Adela —la mano de Carmen se posa sobre la suya y la saca de sus pensamientos.

A veces le pasa, se pierde en alguno y se queda absorta, ida. Lo revive como si fuera en tiempo presente, y Carmen es la que la hace poner los pies en la tierra cuando le pasa.

—Perdona, me he distraído —dice algo turbada.

Carmen asiente con una mueca y no dice nada, solo le aprieta la mano con afecto y después la suelta y bebe de su vaso de agua.

—La Nochebuena la pasas conmigo y con Mateo. Vendrán sus padres y estaremos tranquilos —dice Carmen dándole por hecho.

Lo deja caer como si nada, intentando que cuele aprovechando que Adela está un poco trastocada.

Se hace un silencio extraño y tenso, hasta que Adela lo rompe.

—No voy a ir, y no quiero discutir, Carmen, prefiero quedarme en casa.

Su amiga tuerce la boca en una mueca de absoluto disgusto y cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Ya empezamos?

—Yo no empiezo nada, siempre lo empiezas tú. Cada año tenemos la misma discusión. Sé que te preocupas y que piensas que un día así, no debo estar sola, pero no me importa, Carmen, lo paso a mi manera, ceno tranquila, me bebo una copa de vino y me voy

a la cama durmiéndome como una niña.

—No me lo creo, con Berta las Navidades eran una fiesta cada día.

—Por eso mismo —la interrumpe Adela—. Berta ya no está, y ahora paso las Navidades relajada. A mí no me gustaba tanta fiesta ni tanto barullo de gente, y sí que la echo de menos, pero no porque sea Navidad me siento más triste que otro día cualquiera.

Adela se recuesta en la silla y también cruza los brazos sobre el pecho ofuscada, no le gusta hablar del tema, le pone mal cuerpo y le deja una sensación rara para el resto del día.

—Es que han pasado ya tres años, Adela —dice Carmen de repente.

Ella la mira sin entender qué tiene que ver una cosa con la otra, y se lo demuestra arqueando una ceja.

—Pues que te creo cuando me dices que lo has superado, que no tienes la tristeza de antes, pero tampoco veo que hagas nada para empezar de nuevo.

—¿Qué quieres decir?

—Digo que tienes cuarenta y cinco años. Todavía eres joven, Adela. Tienes mucha vida por delante y no hay motivo para que sigas estando sola. No tienes que demostrarle nada a los demás, tú no tuviste la culpa de lo que pasó y lo sabes, nadie se puede imaginar que a una mujer de cuarenta años aparentemente sana, le va a dar un infarto.

Adela tensa la mandíbula y aprieta el borde de la silla con las manos. Mira a Carmen a los ojos y asiente mientras traga saliva.

—Decirte que fue culpa tuya por no haberla llevado antes al hospital, fue algo muy atroz y ruin por parte de tu suegra. Tú no podías adivinarlo.

—Ya lo sé —dice al fin Adela—, y no quiero hablar más de esto.

—Perfecto, porque yo tampoco, pero los años pasan y tú sigues estancada, y a veces tengo la impresión de que piensas que mereces un castigo, que debes estar sola para siempre y eso no es así. A la cena también vienen unos amigos de Mateo, traen a la hermana de ella que se divorció hace unos meses.

—Lo sabía —la corta Adela resoplando—. Mira, Carmen, te agradezco que te preocupes por mí, pero no necesito que me montes citas a ciegas. No me estoy castigando a mí misma como piensas, simplemente, me cuesta abrirme a la gente, ya lo sabes.

—Pero tampoco haces nada por cambiarlo, no sales de casa, no te relacionas con nadie del trabajo, ni siquiera te has descargado una aplicación de citas. Joder, Adela, ¿cuánto hace que no echas un polvo? ¿Has estado con alguien desde lo de Berta?

—No.

—¿Lo ves? Eso no puede ser sano por mucho que te masturbes, porque eso sí lo haces, ¿no?

Adela pone los ojos en blanco.

—No voy a contestar a eso.

—Está bien. Hagamos una cosa, yo no insisto en que vengas a la dichosa cena de Navidad ni te monto citas a ciegas, pero a cambio, me vas a prometer que a partir de ahora te esforzarás por ser un poco más sociable y que te vas a descargar una aplicación de esas y quedarás con la primera mujer que te guste para echar un polvo.

—Te puedo prometer lo primero, lo segundo no.

—¿Por qué no? —se exaspera Carmen.

—Porque yo no puedo follar con alguien sin sentimientos de por medio, no va conmigo.

Carmen siente picor en el ojo, pero no se rasca para no fastidiar su maquillaje. En el

fondo entiende a Adela, por muy coqueta que es ella, está segura de que de estar soltera, tampoco podría acostarse con el primer hombre guapo que conociera, ella también necesita que haya algo más.

—Muy bien, me conformo con lo primero entonces.

Carmen extiende la mano por encima de la mesa para cerrar el trato como si fuese una reunión de negocios. Adela se ríe, pero acepta y se la estrecha sin saber que cumplirá su palabra mucho antes de lo que se espera.

Capítulo 3

Elena está eufórica. Hoy es el día en el que todos deben coger un papel para saber quién les ha tocado en el amigo invisible. No entiende por qué se emociona tanto con algo tan absurdo, pero no puede evitarlo, y que Samuel esté más pletórico que ella, tampoco ayuda.

—La urna —anuncia Samuel dejando una lata vacía de Nesquik sobre su mesa.

Elena la mira horrorizada.

—Podrías haberla cubierto con papel de color o de regalo para que no se vea el conejito.

—¿Qué más da? Solo sirve para coger un papel. ¿Los tienes todos?

Ella le muestra un taco de papeles recortados no más grandes que un paquete de tabaco. Ha escrito el nombre de los treinta trabajadores que conforman el departamento de ventas y ahora los expone sobre la mesa para comprobar junto a su amigo que no se ha dejado ninguno.

—Has puesto el de Adela, ¿no te dijo el año pasado que no la incluyeras más?

—¿En serio? —dice ella con media sonrisa burlona.

Samuel se ríe y, cuando comprueban que no se han dejado a nadie, doblan todos los papeles por la mitad y los introducen dentro de la lata.

—Yo me encargo de reunir a todo el mundo en la sala de actos, tú te encargas de avisar a la jefa —dice Samuel cogiendo la lata y apartándose de la mesa como un niño travieso.

—¿Qué? —se espanta Elena—. No puedes hacerme eso, a ella la tienes que ir a buscar tú, la llamas como si nada y sales corriendo, a ti no te dirá nada.

—Tú eres la que ha ignorado su petición de no participar deliberadamente, así que te jodes y vas a avisarla. Además, así tienes una excusa para hablar con ella.

Samuel se da la vuelta y se coloca en el centro de la sala donde trabajan todos para vociferar a pleno pulmón a sus compañeros que se dirijan a la sala de actos. Elena observa desde su mesa como poco a poco la sala se va quedando vacía, todos desaparecen ante sus ojos hasta que lo único que queda frente a ella, es la puerta cerrada del despacho de Adela Vázquez, la jefa del departamento. Su corazón se acelera de un modo incomprensible, Elena tiene claro cuánto le gusta esa mujer, por eso no entiende el motivo de que su corazón se desboque y sienta esos pellizcos cada vez que la ve. A su entender, debería estar más que acostumbrada.

Cuando ya no queda absolutamente nadie y consciente de que no puede seguir demorando su cometido, Elena se levanta y se planta frente al despacho de Adela. Llama suavemente a la puerta y abre. Adela está donde siempre, sentada delante de su ordenador, solo que esta vez no teclea ni mira la pantalla, está escribiendo algo en su móvil.

—Dime, Elena —dice tras levantar la mirada un segundo y verla con medio cuerpo dentro del despacho.

Si Adela supiera lo que Elena siente cada vez que pronuncia su nombre, o se reiría mucho o dejaría de pronunciarlo para que su subordinada dejase de sentir que le fallan las piernas y que le falta el aire.

—Todos están ya en la sala de actos esperando —dice Elena notando que le arden las orejas.

Adela deja el móvil y la mira frunciendo el ceño.

—¿Hay convocada una reunión y me entero ahora?

—No, no —se apresura a aclarar Elena.

Algo así sería una catástrofe, sobre todo porque solo hay cuatro personas que se ocupan de organizar la agenda de Adela y una de ellas es Elena, por lo que sería una de las culpables.

—Es que toca coger papel para el amigo invisible, ya sabes, como cada año.

—El año pasado te dije que no quería volver a participar, que no incluyeses mi nombre —declara Adela sin moverse de la silla.

Enciende la pantalla del ordenador y coloca la mano sobre el ratón, decidida a trabajar.

—Lo olvidé —dice Elena y traga saliva.

Adela vuelve a mirarla, estática.

—Por favor, ya están todos los nombres metidos en la urna y la gente esperando en la sala de actos. Sería una faena tener que sacarlos todos para buscar el tuyo, y quedaría un poco raro, ¿no? —dice Elena con cara de corderito—. Siento mucho haberlo olvidado, te prometo que me lo apunto y el año que viene no te molestaré con esto, pero por favor, ven.

La jefa del departamento se levanta mientras suelta un resoplido y se acerca a Elena. Adela tiene muy claro que a cualquier otro le habría dicho que se apañase y buscase el dichoso papel que tiene su nombre, pero con ella se siente incapaz. No sabe si es por su forma de mirarla o por el modo tan inocente con el que le ha hablado, pero Adela Vázquez va a ceder.

—Está bien —acepta deteniéndose frente a ella—. Este año participo, pero si el que viene vuelves a ignorarme, porque tú y yo sabemos que no te has olvidado —puntualiza mirándola fijamente y Elena deja de respirar.

Elena nunca ha tenido a Adela tan cerca, ni sentido la corriente que ahora le recorre parte del cuerpo o los calambres que tiene entre las piernas.

—Haré que te despidan de inmediato —continúa diciendo Adela.

—Me parece justo —concede Elena mientras se pregunta si sería capaz de cumplir su amenaza.

Sabe que tiene los medios, es su jefa directa y amiga de la jefa de Recursos Humanos. De repente sonríe y Adela arquea una ceja sin entender por qué lo hace. Elena tiene claro de repente que Adela jamás lo haría, sigue pensando que esa frialdad es pura fachada y que debajo de esa coraza se esconde la mujer con la que ella a veces sueña.

Elena se gira y sale del despacho seguida por su jefa, que la mira sorprendida por la repentina decisión que demuestra. Elena siempre le ha parecido una mujer un poco apocada, demasiado tímida y comedida, y le ha gustado mucho que se haya atrevido a llevarle la contraria.

Las dos entran juntas a la sala de actos y Elena guiña un ojo con altanería a su amigo Samuel, que la mira con la boca abierta, sorprendido de ver a Adela Vázquez cruzando la puerta. Elena se acerca a su amigo y los dos se colocan junto a la lata que hace de urna. Como todos los años, ellos se encargan de todo el proceso y, mientras él sujeta la lata, ella, todavía nerviosa por su anterior conversación con Adela y porque probablemente es la vez que más han hablado de algo que no sea del trabajo, comienza a leer el primer nombre de la

lista. Para evitar problemas de agolpamiento de gente y discusiones, Elena siempre elabora un listado con los nombres de todos los empleados del departamento y los va leyendo uno a uno en voz alta por riguroso orden alfabético de los apellidos, lo que las deja a ella y Adela para los últimos puestos.

Uno a uno, todos sus compañeros van metiendo la mano en la lata y extrayendo un solo papel. Algunos no se resisten y lo leen de inmediato, otros se lo guardan en el bolsillo a buen recaudo para leerlo en otro momento y otros lo comentan con sus amigos. Cuando es el turno de Samuel, es Elena quien sostiene la lata y después se la devuelve. Él también se ha guardado el nombre en el bolsillo al igual que lo hará ella cuando le toque el suyo, porque ellos dos son de los que lo abren juntos.

—Vázquez, Adela.

A Elena le sale la voz ronca cuando pronuncia su nombre, no es porque ya se esté quedando afónica, es porque se ha puesto nerviosa. Su jefa, que ha permanecido en pie junto a la puerta esperando con paciencia, se acerca a ellos y, sin apartar la mirada de Elena, que está a punto de escupir el corazón por la boca, mete la mano en la lata y extrae el último papel, puesto que ella, por apellido, siempre es la última.

—Recuerda lo que te he dicho —le dice Adela sujetando el papel doblado entre dos dedos.

Elena asiente y esboza una sonrisa nerviosa antes de que Adela Vázquez se dé la vuelta y se marche por donde ha venido, sigilosa como un fantasma.

Cuando la jefa del departamento de ventas llega a su despacho, cierra la puerta y se deja caer en su silla al mismo tiempo que suelta un bufido. Adela coloca las dos manos sobre la mesa y juguetea a voltear el papel con los dedos unos instantes, hasta que por fin se decide a abrirlo y descubrir el nombre que le ha tocado. Sus cejas se arquean y el corazón se le acelera provocándole un sofoco repentino cuando lee el nombre de Elena Robledo. Se le escapa una sonrisa y Adela se recuesta en la silla sin dejar de mirar el nombre escrito en su papel. Se acaba de dar cuenta de que ya no le importa tanto estar participando de nuevo en ese juego que a ella se le antoja absurdo y un compromiso que la hace sentir incómoda año tras año. Vuelve a doblar el papel y lo guarda en su cartera como si fuera algo muy importante, después borra esa sonrisa tonta de su cara y se pone seria mientras piensa qué puede comprarle y recuerda otro de los motivos por los que el maldito juego no le gusta.

Capítulo 4

—Venga, te invito a un café y abrimos nuestros papeles —dice Samuel tirando la lata vacía a la basura cuando todos han abandonado la sala de actos.

Elena asiente todavía alterada por el efecto paralizante que le ha producido esa mirada penetrante de Adela. Piensa en ella y en lo mucho que le gustaría tener una cita en un lugar íntimo como su casa, sentadas en su sofá mientras se conocen mejor. Sería una velada tranquila, ella la invitaría a una copa de vino y a lo mejor, al finalizar, Adela la besaría. Al pensarlo siente un leve cosquilleo en los labios que se traslada también a otras partes de su cuerpo. A Elena no le gusta fantasear con ese tipo de cosas, pero últimamente no puede evitarlo, está colada por Adela Vázquez, y cuantos más ratos pasan juntas por pequeños que sean, más crece lo que siente por ella.

—¿Vienes o no? —se impacienta Samuel desde la puerta.

—Sí, voy.

Sentados uno frente al otro después de que él se haya hecho un café solo y ella una leche manchada, Samuel aplaude con ilusión de forma amanerada, sacando a Elena de sus casillas de nuevo.

—Para de hacer eso, joder —le dice dándole un tortazo en la mano.

Samuel se ríe y todavía exagera más los gestos para fastidiarla. Ella cabecea resignada y termina riendo.

—Venga, tú primera —dice su compañero expectante.

Elena no discute, sabe que Samuel es muy teatrero y le encanta generar intriga, así que deja que él sea el último. Se saca el papelito del bolsillo y para ponerlo nervioso, Elena lo abre y lo deja bocabajo sobre la mesa mientras se entretiene alisando las arrugas como si fuera importante.

—¿En serio? —se impacienta él con una mueca de fastidio.

A ella le gustaría estirar más el momento, pero está tan intrigada, que lo levanta sin que él pueda verlo y arruga la nariz en un claro gesto de disgusto al leerlo.

—¿Qué? ¿Quién es? —pregunta Samuel.

Ella mira a un lado y a otro, no son los únicos que están en la zona de descanso y no quiere que nadie la escuche.

—Es Alonso, el de contabilidad —susurra Elena ceñuda.

Samuel la mira muy serio durante un momento como si compartiese su disgusto y comprendiese la suerte que ha tenido de que no le toque a él, pero instantes después, no puede aguantarse la risa y estalla en una carcajada fuerte que todavía irrita más a Elena.

—Eso, tú ríete, ojalá te toque Pablo —escupe rabiosa y Samuel se serena de golpe.

Pablo es uno de los becarios, un joven muy suelto que le estuvo tirando los trastos a Samuel durante semanas, hasta que consiguió llevárselo a la cama y después pasó de él.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Es verdad, perdona —reconoce Elena y se levanta de su sitio para darle un beso en la mejilla a su amigo.

—Bueno, ¿y qué vas a comprarle? —pregunta divertido mientras ella vuelve a su

silla.

—No sé, tal vez una cuchilla de afeitar para que se quite ese bigote tan espantoso que lleva últimamente.

Los dos se ríen y Elena dobla el papel tras un suspiro de resignación.

—Venga, te toca —le dice a su compañero.

Samuel, haciendo alarde de sus dotes teatrales, deja el papel sobre la mesa y tamborilea con las manos para darle mayor énfasis. Algunos compañeros se giran y se ríen porque ya lo conocen, Elena se impacienta y estira la mano.

—O lo abres tú o lo abro yo —dice tratando de cogerlo.

Su amigo es rápido y su mano cae aplastante sobre el papel. Lo arrastra lentamente hacia él sobre la mesa y como si fuera un jugador profesional de cartas, levanta una esquina y lo mira entornando los ojos.

—Madre mía —resopla Elena—, no te pases de listo, que ya llevamos aquí diez minutos.

—Te recuerdo que la empresa nos da dos horas para todo el tema del amigo invisible, nos ha sobrado media —dice él con solemnidad mientras levanta un poco más el papel.

Elena se arma de paciencia y piensa en lo a gusto que se quedaría dándole un bofetón mientras lo observa. Samuel alza un poco más el papel y arquea una ceja sorprendido, a Elena le parece que el gesto no es fingido, que realmente su amigo no esperaba ver el nombre que ha visto, y lo confirma cuando Samuel deja de hacer teatro y alza el papel para poder asegurarse.

—¡Ostras! —dice tapándose la boca con la mano mientras sonríe—. No te vas a creer quién me ha tocado.

Elena hace una mueca con los labios mientras piensa en un nombre capaz de emocionar a su amigo de ese modo.

—¿Andrés? —pregunta finalmente.

Andrés es uno de los dos recepcionistas del departamento y, aunque está casado y es heterosexual, es una especie de amor platónico para Samuel.

—¿Andrés? Qué va, es mucho mejor —ríe Samuel.

Ahora Elena hace una mueca pensativa y mira en todas direcciones por si la visión de algún compañero le da alguna pista, pero no se le ocurre nada.

—Pues no tengo ni idea —dice rendida.

—Es una lástima, porque te va a encantar. A lo mejor si te digo que su nombre empieza por A y su apellido por V, lo adivinas.

A Elena el corazón le da un vuelco y el cosquilleo le encoge el estómago sin que pueda controlarlo.

—Me tomas el pelo —dice sofocada.

Samuel niega rotundo con un movimiento de cabeza que aumenta los nervios de Elena.

—¿En serio te ha tocado Adela?

Su amigo decide no hacerla sufrir más y arrastra el papel sobre la mesa hasta dejarlo delante de Elena, que lo levanta y se pregunta si a alguien más en el planeta le han explotado mariposas en el pecho alguna vez por el simple hecho de leer el nombre de una persona en un papel.

—Cámbiamelo, por favor —suplica de repente.

Elena no es capaz de comprender el porqué de ese repentino interés en poseer ese

nombre, tampoco la va a ayudar en nada, pero siente que eso es lo más cerca que puede estar de ella.

—Si hombre, y me quedo con el guarro del bigote.

—No es un guarro —se ríe Elena recordando el día que se le quedó el azúcar de una ensaimada en el bigote y nadie se lo dijo durante toda la mañana—. Por favor, Samuel —insiste ella juntando las manos.

—No puedo, eso sería hacer trampas.

—Serás hipócrita —bufa Elena indignada—. Te recuerdo que el año pasado se lo cambiaste a Marta.

Marta trabaja en la misma sección que Samuel y Elena, es una de las cuatro personas que se encarga de la gestión y distribución de tareas y también de programar la agenda de Adela. Aunque se llevan bien y tienen una relación cordial, a Elena no le cae muy bien. Marta es una mujer de su edad que tiene toda la determinación que le falta a ella, y sabe que en alguna ocasión, ha intentado ligar con Adela.

—Venga, Samuel, sabes lo importante que es ese nombre para mí.

Su amigo la mira y entorna los ojos, en realidad, que le haya tocado la jefa es un marrón que no quiere, si le regala algo a Alonso y no le gusta, le importa un bledo, pero si se equivoca con Adela, podría odiarlo para siempre.

—Está bien, pero antes de que te emociones —dice al ver la amplia sonrisa de Elena—, tengo una condición.

—¿Cuál?

—Que le digas a Adela lo que sientes por ella.

Elena deja de sonreír de golpe y siente un escalofrío solo de pensarlo.

—No puedes seguir así, Elena, esto es absurdo. Si no hablas con ella de una vez, jamás sabrás lo que piensa al respecto.

—Lo que piensa ya lo sé, casi no sabe que existo —dice ella, más presa del miedo que del pesimismo.

—No se trata de esperar que te diga que también te quiere, solo de saber si está interesada en conocerte.

—No sé —duda Elena.

—Si quieres que te lo cambie, debes decírselo antes de que acabe el año. ¿Aceptas?

Samuel sujeta el papel frente a ella y Elena lo mira mientras piensa en si será capaz de hacerlo. Vuelve a ese bucle en el que se ha encontrado mil veces, intentando encontrar una manera de confesarle a Adela lo que siente sin desmoronarse o sin que se le descomponga el cuerpo, pero no se le ocurre ninguna situación en la que al final ella no acabe por salir corriendo.

—Es que no sé cómo hacerlo, Samuel —se lamenta—. ¿Crees que me gusta estar así? ¿Que no me siento mal conmigo misma? Soy una cobarde que teme tanto el rechazo, que prefiere suspirar por ella el resto de sus días.

—Pues si no te atreves en persona, envíale un correo, puedo ayudarte a escribirlo si quieres —propone Samuel.

Algo se activa en la cabeza de Elena en ese momento y sus ojos se abren como si fueran a salirse de sus cuencas. Ha tomado una decisión, se va a declarar de la única manera que cree que puede hacerlo, y no hay vuelta atrás.

—Se lo diré por una carta escrita —dice decidida arrancando el papel de la mano de su amigo.

—¿Por carta? Eso es súper romántico —opina Samuel suspirando.

—Tampoco te pases. Solo le diré que me gusta, y la recibirá junto al regalo del amigo invisible.

Samuel parpadea confuso.

—Pero entonces no sabrá quién eres.

—Tú me has pedido que le confiese lo que siento y voy a hacerlo. Si veo que muestra interés en descubrir quién le ha escrito, entonces te prometo que me armaré de valor y le diré que he sido yo, de lo contrario, quedará en una anécdota a la espera de otra ocasión en la que ella esté más receptiva.

—Supongo que no puedo quejarme porque no he especificado el modo —acepta su amigo rendido—, pero algo es algo.

Capítulo 5

Desde que ayer se repartieron los nombres del amigo invisible, Adela está inquieta. Acaba de llegar al centro comercial donde se ha citado con su amiga Carmen y mira con impaciencia el reloj mientras camina por la cinta mecánica en dirección a la entrada de la tienda de zapatos donde siempre se encuentran. Como de costumbre, Carmen llega tarde y Adela suelta un bufido de desesperación. Mira su móvil por si le ha dicho algo, pero al no ver nada, deduce que está de camino, así que se dirige hacia la puerta de acceso a la vía pública y se enciende un cigarro bajo la marquesina que la cubre de la llovizna que lleva todo el día cayendo.

A Adela no le gustan los días así, la ponen triste y le quitan las ganas de hacer nada, pero hoy tiene una misión importante y ni siquiera ese hecho ha logrado detenerla. Se ha pasado la mañana alternando su trabajo mientras daba vueltas al regalo más apropiado que puede comprar para Elena. Se le han ocurrido muchas cosas, las primeras han sido algún frasco de perfume, una pulserita porque se ha fijado en que su subordinada suele lucirlas en ambas muñecas o incluso algún pañuelo de los que en invierno suele llevar en el cuello y que en opinión de Adela le quedan muy bien. Tras meditar un largo rato, lo ha descartado todo al darse cuenta de que eran regalos muy personales. En su opinión, el amigo invisible es algo informal, un simple detalle que en ocasiones suele ser alguna tontería que probablemente no sirve para nada a la persona que la recibe, lo que cuenta es el detalle. Adela no sabe por qué solo podía pensar en cosas tan íntimas para Elena, pero una vez centrada, ha tenido claro lo que iba a comprarle y le ha preguntado a su amiga si la acompañaba a hacer un recado por la tarde. Como siempre, Carmen ha dicho que sí, con un marido que trabaja más horas que un reloj y dos hijos emancipados, tiene las tardes disponibles y es una mujer muy hacendosa, así que se apunta a cualquier cosa.

—Ya estoy aquí, perdón por el retraso —anuncia Carmen apareciendo a su lado.

No ha necesitado llamarla para preguntarle dónde estaba, sabe que Adela siempre sale a fumar mientras la espera. Se dan dos besos como si no se hubieran visto desde hace dos semanas y Adela apaga el cigarro en el cenicero que hay en el rincón junto a la entrada.

—Te invito a merendar para compensar la espera —dice Carmen colgándose de su brazo.

—Es lo mínimo que esperaba de ti, además, tengo hambre.

—¿Churros con chocolate? —propone la jefa de Recursos Humanos.

—Venga.

Las dos se sientan en la única mesa libre de la cafetería donde muchas veces han merendado lo mismo.

—Bueno, ¿qué recado es ese que tienes que hacer? —pregunta curiosa Carmen.

—Ayer se repartieron los papeles del amigo invisible en el departamento.

—Ah, es verdad. ¿No dijiste que no ibas a participar más? —se extraña sonriendo.

—Sí, pero una de las asistentes se hizo la tonta y volvió a meter mi nombre.

Carmen arquea las cejas de un modo divertido, pero no hace ningún comentario.

—De acuerdo. ¿Y quién te ha tocado?

—Ella.

—¿Ella?

—Elena Robledo, la misma asistente que decidió meter mi nombre.

—Ostras, qué casualidad —dice Carmen sorprendida.

—Pues sí.

—¿Y sabes ya lo que le vas a comprar?

—Por supuesto —declara Adela solemne.

Decide omitirle a su amiga que antes de decidirse se le han ocurrido muchas cosas demasiado personales y que eso la desconcierta un poco, pero sabe que si se lo cuenta, Carmen se montará alguna de sus películas y le estará calentando la cabeza durante días.

—¿Y puedo saberlo o vas a seguir haciéndote la interesante?

—Le voy a comprar una agenda.

Carmen levanta las cejas, abre la boca y parpadea.

—Robledo es una de las que prepara tu agenda cada día, ¿no?

—Sí —responde Adela—, y en ocasiones como la de ayer, me saca de mis casillas, pero me cae bien.

—¿Ah, sí? —sonríe Carmen entornando los ojos.

—No me mires así y come —ordena Adela y su amiga asiente.

—¿No es un poco rebuscado regalarle una agenda? Va a pensar que le recuerdas que tu puesto es superior al suyo.

—Te recuerdo que en el juego nadie sabe de quién procede cada regalo.

—Cierto —acepta Carmen—. ¿Y por qué una agenda entonces?

—Para que el año que viene no olvide excluirme del maldito juego.

Carmen suelta una risotada y hunde uno de los churros en el chocolate.

—¿Y qué hay de nuestro trato? ¿Te has instalado ya alguna aplicación? —pregunta cambiando de tema.

Adela la mira irritada y niega con la cabeza.

—No he tenido tiempo, y no me agobies con eso, lo haré en cuanto pueda.

—Está bien, cascarrabias.

Cuando terminan la merienda, las dos amigas pasan el resto de la tarde paseando por el centro comercial para disgusto de Adela. Su única intención era ir allí, comprar la agenda para Elena, un rollo de papel de regalo y volver a casa, pero Carmen le ha insistido en aprovechar la tarde y ahora están terminando de cenar en su casa después de que su marido la haya llamado para decirle que no lo esperase para cenar. Carmen ya lo tenía todo preparado y le ha insistido a Adela para que cenase con ella.

—¿Tienes unas tijeras y un poco de celo? —le pregunta a su amiga abriendo el rollo de papel de regalo.

—Claro —responde Carmen y se levanta para abrir uno de los cajones del mueble del salón.

Mañana es la dichosa comida de Navidad y Adela dejará su regalo junto al de todos los demás bajo el árbol decorado que hay en una esquina de la sala de actos donde se celebrará el evento.

Cuando Carmen vuelve hacia la mesa, se queda pasmada al ver cómo Adela saca un bolígrafo de su bolso y abre la agenda por la primera página. No tiene tiempo de abrir la boca para decir nada cuando su amiga ya ha comenzado a trazar líneas sobre la hoja. Perpleja y muerta de curiosidad, se acerca y se coloca a su lado para ver que lo único que ha

escrito es: día trece de diciembre.

—¿Qué se supone que haces? —pregunta Carmen mientras intenta comprender por qué ha escrito eso.

Adela la ignora y comienza a pasar páginas en la agenda hasta que llega al día trece de diciembre y comienza a escribir de nuevo.

¡No olvides que Adela Vázquez no quiere participar en el amigo invisible!

Cuando Carmen ata cabos y se da cuenta de que ayer, cuando repartieron los papeles del amigo invisible, era trece de diciembre y de que lo único que pretende es recordarle a Elena que no la joda el año que viene, no puede aguantarse la risa y explota con una sonora carcajada.

—Estás completamente loca, Adela.

Su amiga sonríe como una niña traviesa y cierra la agenda dispuesta a envolverla para regalo.

—Estás loca y además eres tonta, sabes que haciendo eso sabrá que has sido tú, ¿verdad?

—Me da igual —responde Adela mientras recorta el papel sin inmutarse.

Carmen la mira perpleja.

—Si te da igual, lo que tienes que hacer es dejarte de gilipolleces y escribirle también tu número de teléfono.

A Adela se le detiene el corazón y se gira hacia Carmen sin comprender el motivo de su comentario ni la extraña reacción de su cuerpo.

—¿Por qué tengo que dejarle mi número de teléfono? —pregunta algo turbada.

—Yo qué sé, porque es mona y está soltera, ¿no?

Adela la mira desconcertada al darse cuenta de que Elena es una mujer a la que a lo mejor no le importaría ver fuera del trabajo, pero deshecha la idea, coge la agenda y la envuelve para regalo zanjando ese tema ahí.

Capítulo 6

Es viernes y Elena está pletórica y nerviosa al mismo tiempo. No entiende por qué se pone tan contenta con un acto tan simple como la comida y el juego del amigo invisible, pero a ella le hace mucha ilusión, sobre todo porque de nuevo participa Adela y esta vez ella es la que tiene su nombre, aunque sea haciendo trampas. Abre el primer cajón de su mesa por quinta vez esta mañana. Ahí suele dejar las llaves de su coche y el móvil mientras trabaja, hoy también ha dejado el regalo que ha comprado para su superiora inmediata, pero lo que más le inquieta es ese sobre que ha incluido junto a la caja donde haciendo caso a Samuel, le confiesa lo que siente por ella.

Elena piensa en desenvolver el regalo y deshacerse del sobre en muchas ocasiones, la tentación es enorme, pero le ha dado su palabra a su amigo y, además, está decidida a lanzarse por fin a la piscina y este es el primer paso, sabe que si no se la entrega, en persona no se atreverá a decirle nada.

—Ya es la hora, me muero de hambre —dice Samuel levantándose.

Elena abre el cajón y coge el paquete con las manos temblorosas, los dos entran en la sala de actos junto a algunos de sus compañeros y, al igual que ellos, también dejan los paquetes bajo el árbol.

—Ya no hay vuelta atrás —dice Elena sofocada.

—Ni siquiera le dices quién eres, no sé por qué estás tan nerviosa —opina Samuel quitándole importancia.

Adela entra en ese momento. Ella también está nerviosa, aunque en su caso no es por el regalo que ha comprado para Elena, es porque no se siente cómoda con tanta gente. No quiere estar en esa comida y desea que acabe cuanto antes para que se repartan los regalos y pueda marcharse.

La jefa del departamento se acerca al árbol y deja su paquete entre los que ya están allí. Elena intenta ver qué deja, pero Adela lo lleva en una bolsa y lo vuelca sobre el resto haciendo que se mezcle sin que ella pueda determinar cuál ha sido.

—Todo el mundo a la mesa —anuncia Samuel cuando los del servicio de catering que han contratado terminan de servir todos los platos.

Adela suspira y se arma de paciencia, empieza la comida y se le antoja que todos se sientan como si llevasen guardando ayuno tres días para reservarse y aprovechar que la comida es gratis.

Se han dispuesto cuatro mesas que forman un cuadrado perfecto y, aunque se ha colocado en una esquina, sigue viendo a todo el mundo. Todos se han sentado haciendo grupos con sus más allegados y hablan animados, pero ella no se entiende con nadie y solo puede contar los minutos para que la comida termine, hagan el dichoso juego y pueda irse.

Elena está sentada en la mesa de enfrente al lado de Samuel y otras compañeras. A pesar de esa bola de nervios que tiene en la boca del estómago y de la que no puede deshacerse, ella se lo está pasando bien. Samuel es divertido y muy dicharachero, así que no ha tardado en convertirse en el centro de atención cuando ha comenzado a explicar esas historias que siempre exagera, pero que hacen reír a todo el mundo. Ella no es menos, ríe a

carcajada limpia al lado de su amigo, aunque eso no quita que cada pocos segundos, mire en dirección a Adela.

No puede evitar sentirse mal por ella. Sabe que a su jefa estas situaciones no le gustan, que para ella son un trámite ineludible por el que debe pasar, una comida obligada de la empresa a la que encima debe quedarse a la sobremesa porque ella la ha liado con lo del juego. La observa de reojo y su risa pierde fuerza cada vez que lo hace. Le sabe mal verla tan aislada y apagada, absorta en lo que sea que piensa mientras come, intentando prestar atención a todo sin lograrlo porque las relaciones sociales no se le dan bien. Elena lamenta que Carmen Sánchez no trabaje también en su departamento, sabe que son amigas y así Adela no se sentiría tan incómoda, pero las cosas son como son y ella no sabe qué hacer para incluirla en el grupo.

Cuando le retiran el segundo plato, Adela no se lo piensa ni un segundo y se levanta para aprovechar el tiempo que tardarán en servir los postres y el café para salir a la terraza a fumarse un cigarro. El frío le hiela los huesos en cuanto pone un pie fuera y se arrepiente de no haber cogido también el abrigo, pero estaba tan acalorada en el interior, que ni siquiera se le ha pasado por la cabeza. Se enciende el cigarro y absorbe la primera calada con ansia. El agobio se la está comiendo y llevaba rato pensando en ese momento, viéndose a sí misma en esa terraza, fumando y alejada del griterío de sus compañeros.

Solo unos pocos han sido valientes como ella y la acompañan en el exterior. La han saludado con un gesto de cabeza al salir que ella ha devuelto y después han ido a lo suyo, siguiendo con su conversación y sus risas mientras que ella sigue apoyada en el murete en un rincón, mirando hacia el interior entre calada y calada, observando la risa contagiosa de Elena.

Cuando se termina el cigarro lo apaga en el cenicero y duda. Los del servicio todavía están retirando y preparando platos y la idea de volver a sentarse a mirar como el resto habla, la angustia mucho más que el frío, así que se da la vuelta, mira hacia la calle y decide quedarse allí esperando porque está más cómoda fuera que dentro. Sus ojos se clavan en las nubes —que llevan todo el día tratando de ocultar el sol— y se entretiene imaginando formas, por eso no se entera cuando Elena sale a la terraza acompañando a Samuel, que en días como ese, se convierte en fumador social.

—¿No vas a entrar? Aquí te vas a quedar helada.

En un primer momento, se asusta al escucharla, sin embargo, enseguida se le pasa en cuanto reconoce la voz de Elena. Adela Vázquez se gira lentamente sorprendida de que esté allí, parada a su lado, con los brazos cruzados sobre el pecho para abrigarse del frío.

Con el hartazgo instalado en su cuerpo, Adela está segura de que de ser cualquier otra persona, ya le habría respondido que no quiere estar allí, que está contando los malditos minutos para que todo acabe y pueda irse a su casa, pero hace un esfuerzo y se contiene para no ser una grosera, porque Elena cada vez le cae mejor. Además, si se detiene un momento a pensarlo, Elena Robledo es la única persona que siempre es amable con ella a pesar de que Adela la mayoría de los días se comunica con sus empleados tan poco, que podría pasar como un mueble más de la decoración. Así que saca otro cigarro y se lo enciende incluso a sabiendas de que ese ya no le apetece.

—Aprovecho para fumar —dice y le muestra el pitillo entre los dedos—. ¿Quieres?

—No fumo, gracias.

—Haces bien, yo debería dejarlo algún día —dice llevandoselo a la boca.

Elena la observa embobada. Se fija en sus manos mientras enciende el fuego o en

cómo sujeta el cigarro con los labios. Su jefa sopla el humo hacia un lado y vuelve la mirada hacia ella, sorprendiéndola infraganti y logrando que le suban los colores hasta hacerle arder las mejillas. Adela, que hace demasiado tiempo que no sabe lo que es coquetear con alguien, no se da cuenta del detalle y lo achaca al contraste de temperatura, mientras que Elena, ajena a lo que Adela pueda estar pensando, se está muriendo de vergüenza y se da cuenta de que realmente le resultaría imposible confesarle lo que siente verbalmente, y eso que está un poco achispada por el vino.

—Entra tú, te castañean los dientes —recomienda Adela mirándola fijamente, y esboza una leve sonrisa que provoca que Elena deje de respirar un segundo.

Se da cuenta de que su jefa tiene razón, el frío intenso la tiene temblando y, a pesar de eso, ella no tiene ningunas ganas de volver al interior, pero tampoco se le ocurre ningún tema del que hablarle y Adela es evidente que no va a sacar ninguno, así que, ante el temor de hacer más el ridículo, Elena sonríe y asiente.

—No tardes, ya están comenzando a servir los postres —dice mirando al interior.

Adela vuelve a sonreír agradecida por el interés de Elena y mueve la cabeza afirmativamente. La observa entrar y se pregunta por qué nunca ha prestado más atención a esa mujer. Cuanto más la mira, más atractiva e intrigante le parece y se dice a sí misma que no puede seguir haciendo ver que el resto del mundo no existe. Carmen tiene razón, todavía es joven y tiene mucha vida por delante, quizá sí que sea el momento de comenzar una nueva etapa de su vida e iniciar el nuevo año con otra mentalidad más abierta. Adela Vázquez aplasta el cigarro en el cenicero y entra en la sala de actos mirando el reloj, con suerte, en una hora ya estará en casa.

Capítulo 7

Los siguientes cinco minutos a Adela no se le hacen nada pesados, se ha centrado en deleitarse con la tarta de queso que se ha pedido de postre y debe reconocer que es una de las mejores que ha probado. Ahora, justo cuando se ha llevado la última cucharada a la boca, le han servido el café y le han traído una copa de *Baileys* tal y como ha pedido antes. Considera que para soportar la media hora que calcula que durará la apertura de regalos, la copa será una buena aliada.

Justo cuando está saboreando el primer sorbo de café, Samuel Espinosa se levanta de su asiento y anuncia —con las mejillas sonrojadas por la mezcla de calor y alcohol ingeridos— que es el momento de entregar los regalos. Todos los presentes aplauden entusiasmados ante la idea, y Adela siente cierta envidia por no sentirse así de alegre ni compartir con ellos esas ganas de pasar un rato divertido, porque al fin y al cabo, de eso se trata ese juego, de reírse un poco y sociabilizar con los compañeros.

Elena no puede evitar mirar a Adela mientras su compañero se dirige hacia el árbol y los demás silban y vitorean expectantes. Su jefa se ha terminado el café de un trago y ahora bebe de su copa mientras mira absorta los treinta paquetes que permanecen bajo el árbol en el suelo. El corazón de Elena late desbocado como no lo ha hecho nunca, ha llegado el momento y está más nerviosa que antes, pero ya no hay vuelta atrás, ahora solo le queda esperar la reacción de Adela y decidir su siguiente paso en consecuencia.

—Si os parece bien —dice Samuel sin perder su sonrisa—, lo haremos como todos los años. Yo iré cogiendo paquetes al azar y entregándolos a su dueño. Dejaremos que lo abra y entregaré el siguiente, así hasta terminar —grita con más potencia de la necesaria.

Nadie objeta nada. Todos están sentados en sus sillas, girados hacia el árbol mientras esperan el momento de recibir su preciado regalo. El juego empieza y Samuel entrega el primero. Todos miran expectantes al afortunado que, como suelen hacer siempre, muestra el regalo ante todos y sonríe aunque no le guste. Así lo hacen seis compañeros hasta que llega el turno de Elena.

—Elena Robledo —lee Samuel con más entusiasmo que con ningún otro.

Se acerca a su compañera y le entrega el paquete rectangular. Elena, por el tamaño y el peso enseguida piensa en un libro y solo espera que no sea uno de los que ya tiene, pero cuando lo abre, se encuentra con una agenda y no puede evitar el gesto de sorpresa. Ya tiene otras tres que ha recibido de regalo promocional de algunos proveedores, aunque sin duda tiene claro que utilizará esta, no solo porque no tiene el logo de ninguna empresa, sino porque el color azulado le gusta y se ve que quién la ha comprado se ha gastado el dinero.

Adela no puede evitar cierto nerviosismo cuando la ve con la agenda en las manos, por un momento le entran dudas y no está segura de que haya sido buena idea escribirle nada dentro y delatarse, pero cuando Elena abre por curiosidad la primera página y encuentra ese breve texto que le indica una fecha dentro de la agenda, la ve sonreír con una sinceridad extrema y decide que solo por eso, ya ha valido la pena.

Elena pasa las páginas con el corazón desbocado y los dedos temblorosos, no es solo por lo que pueda poner, es porque sin leer lo que pone al final, ella ya sabe que la agenda

proviene de Adela porque ha reconocido su letra a pesar de ser muy escasa. La reconocería en cualquier parte. Adela Vázquez tiene una letra caligráfica muy elegante y bonita que a Elena le gusta casi tanto como su dueña, por eso cuando llega a la página que marca el trece de diciembre y lee lo que Adela le ha escrito, no puede evitar que se le escape la risa antes de mirarla y contener las ganas de levantarse para agradecerle el regalo con un abrazo y dos besos.

Su jefa nota un leve temblor en el pecho al ver el brillo de los ojos de Elena cuando la mira. Percibe el agradecimiento en su sonrisa y ella le hace un leve gesto con la cabeza al mismo tiempo que aprieta los labios en una mueca que Elena no sabe interpretar.

Samuel, algo confuso por la reacción de su amiga e intrigado porque no le ha dejado leer lo que pone, vuelve al árbol y sigue leyendo nombres.

—Adela Vázquez —dice casi de los últimos.

Todos se vuelven hacia ella y Adela, agobiada por ser el centro de atención, se bebe lo que queda de su copa mientras Samuel camina hacia ella con el paquete en las manos.

—Gracias —dice al cogerlo.

Adela ha recibido una cajita cuadrada del tamaño de una taza de café, aunque algo más estrecha. Las posibilidades son infinitas, y como quiere acabar con eso cuanto antes, rasga el papel dejando al descubierto la caja marrón. La abre y dentro encuentra algo envuelto en papel de burbujas, Adela tira de la bolsa y al sacar el objeto, también cae un pequeño sobre de color púrpura claro que había dentro de la caja. Extrañada, lo deja a un lado y de la bolsa extrae un soporte de escritorio para el móvil. Adela arquea las cejas sorprendida gratamente. Lleva tiempo queriendo comprarse uno porque le parece muy práctico, y ahora lo tiene ahí, alguien de su equipo se lo ha regalado como si hubiera adivinado sus pensamientos.

Lo muestra a todos sus compañeros esbozando una sonrisa breve pero sincera y lo deja sobre la mesa. Samuel no se mueve de su lado y Adela se da cuenta de que está esperando a que coja el sobre porque también forma parte del regalo.

Con cierta incomodidad, lo abre y extrae de él una nota doblada por la mitad. Adela la abre y se sorprende cuando se encuentra con un texto manuscrito escrito con bolígrafo de color verde. Considera que quién haya hecho eso, se ha tomado muchas molestias, la carta parece escrita con mimo, sin un solo tachón o un renglón torcido. Un texto tan impoluto e impecable, que a Adela le da reparo dejarlo en la mesa y que se le manche. Mira a Samuel y esconde un poco el texto con la mano porque sea lo que sea, no está dispuesta a compartirlo ni con él ni con nadie.

Se ha puesto nerviosa, no tiene ni idea de lo qué es, pero le parece demasiado personal y la intriga le puede, así que allí mismo, delante de todos y en absoluto silencio, comienza a leerlo para sí misma a pesar de que no tiene sus gafas.

Llevo más de un año queriendo decirte cuánto me gustas, que desde que te vi el primer día cuando entré por la puerta y nos presentaron, activaste algo dentro de mí sin saberlo que ha ido creciendo lentamente hasta convertir mi vida en algo muy soso, porque no soy capaz de pensar en nadie que no seas tú.

Mentiría si dijera que me levanto todas las mañanas deseando llegar al trabajo para ver tu sonrisa, porque tú no sonríes nunca y eso me pone muy triste. Eres la mujer más seria que conozco, también muy arisca y en ocasiones muy desconcertante, pero cuando te veo sentada detrás de tu mesa, concentrada mientras estudias gráficos de ventas o gesticulando cuando hablas por teléfono, te imagino fuera de aquí.

Tengo la certeza de que no eres así, soy capaz de imaginarte sonriendo mientras ves algo gracioso en la tele. También suelo pensar en ti sin esa expresión de tensión constante, relajada en el sillón de tu casa leyendo un libro o paseando sola por el parque.

Me hubiera gustado tener la valentía de decirte todo esto a la cara, de poder invitarte a un café y hablarte de lo que siento aunque no sea recíproco, pero lo cierto es que tú tampoco lo pones nada fácil, siempre mantienes la distancia con todo el mundo y no das pie a tener una conversación informal contigo.

Aunque no lo creas, me ha costado mucho tomar esta decisión y escribirte estas palabras ha sido todo un reto, algo que jamás supuse que sería capaz de hacer, lo cual es un avance.

De momento me limito a decirte lo que siento, si veo alguna muestra de interés por tu parte en saber quién soy, tal vez te dé pistas para que lo averigües.

Firmado:

Tu amiga o amigo invisible

A Adela los oídos le zumban cuando termina de leer. Dobla la carta corriendo y la guarda en el sobre mientras mira a todo el mundo esperando a que comiencen a reírse de ella porque considera que alguien le ha tomado el pelo y solo es una broma de mal gusto en la que todos están confabulados, sin embargo, no sucede nada. Todos la miran con intriga y la esperanza de que comparta el contenido de la carta, pero al ver que se ha quedado pasmada, Samuel grita otro nombre y el juego continúa.

Elena sigue conteniendo la respiración en los pulmones, lo ha hecho mientras Adela leía y lo sigue haciendo ahora mientras observa su cara de susto. No sabe cómo debe interpretar su expresión, Adela Vázquez es tan esquiva en cuanto a sentimientos, que es muy difícil adivinar su estado emocional. Elena traga saliva y expulsa el aire lentamente mientras piensa que no ha debido hacerlo, que escribir esa maldita carta ha sido un error, pero, por otro lado, se siente en cierto modo liberada, a pesar de que Adela no tiene ni idea de que la autora es ella, para Elena es un paso muy grande lo que ha hecho y siente mucho alivio.

Todavía impactada por lo que ha leído y tras darse cuenta de que al parecer, la carta podría ser algo real y que una de las personas que se encuentra en esa sala siente algo especial por ella, Adela se ve sobrepasada por la situación y decide que ha llegado el momento de poner fin a esa velada que ha resultado ser una caja de sorpresas. Con rapidez, y viendo espantada que las manos todavía le tiemblan debido a lo nerviosa que se ha puesto, mete el soporte para el móvil en su bolso, después guarda la carta en el bolsillo pequeño para que no se estropee ni se arrugue y se lo cuelga en el hombro al levantarse.

Adela no mira a nadie cuando cruza la puerta para salir, está agobiada y necesita llegar a la calle con urgencia para fumarse un cigarro y serenarse antes de coger el coche y marcharse a su casa. Después llamará a Carmen y le contará lo que ha pasado, seguro que ella encuentra una explicación más razonable que las suyas, porque ella no deja de darle vueltas a la idea de que alguien quiere reírse de ella, y eso la está martirizando.

Capítulo 8

—A ver, cuéntame, que cuando te pones nerviosa, por teléfono no se te entiende una mierda —dice Carmen cuando llega a su casa.

Ha dejado el bolso y el abrigo y se acaba de sentar en una de las dos mullidas butacas que Adela tiene alrededor de una mesa camilla, con sus respectivas sallas y el brasero repartiendo un calor que agradece de inmediato. Adela, después de servir un par de cafés, se ha sentado en el otro sillón y acaba de poner la caja que contiene el soporte del móvil y el sobre que ha recibido junto al regalo encima de la mesa.

—Este es mi regalo —dice y lo señala.

Carmen coge la caja y saca el soporte, le da varias vueltas y lo vuelve a dejar sobre la mesa.

—Si no te gusta me lo quedo, esto me vendrá muy bien —comenta sin entender nada.

—Cómprate uno, tacaña, este es mío —dice Adela y lo aparta del alcance de su amiga, que se ríe divertida al ver su gesto ceñudo.

—¿Dices que esto estaba con la caja del soporte? —pregunta cogiendo la carta.

—Sí, léelo.

No tiene que decírselo dos veces, Carmen estaba deseando que se lo pidiera y, mientras Adela toma un sorbo de café, ella ya ha extraído la hoja doblada en dos partes y ha comenzado a leer. Su amiga la observa durante toda la lectura buscando en ella una expresión que confirme que piensa lo mismo que ella, pero Carmen unas veces parece sorprendida, otras emocionada y por último, pone morritos y la dobla de nuevo.

—Qué bonito, ojalá alguien me enviase una carta así —dice, y Adela se queda pasmada.

—¿Bonito? ¿No crees que me están tomando el pelo?

—Madre del amor hermoso, ¿en serio piensas eso? —pregunta Carmen atónita.

Adela encoge los hombros y aprieta los labios. En el fondo desea que no sea así, las palabras de esa carta también le parecen muy agradables y tiernas y, aunque no tiene ni idea de quién ha podido escribirlas, desea que sean ciertas para poder averiguarlo.

—¿Me explicas por qué eres tan desconfiada? ¿Qué necesidad hay? Puede que no seas muy sociable, Adela, pero no eres una mala jefa y todos te respetan en el departamento, ¿no?

Adela la mira como una niña que recibe una reprimenda y asiente.

—¿Por qué iba nadie a querer gastarte una broma así? Sería de muy mal gusto y tú lo sabes. Además, todos allí saben por lo que has pasado, habría que ser muy hijo de perra, o hija —puntualiza—, para hacer algo así. ¿No te parece?

—Supongo que tienes razón —admite Adela, a quién ahora ya no le invade el temor de la broma pero sí la sensación de incertidumbre ante el desconocimiento de la identidad de esa persona.

La jefa del departamento de ventas vuelve a leer la carta y siente ansiedad. Lo que pone le gusta mucho y le despierta una curiosidad desconocida. Las palabras de esa carta le demuestran que esa persona realmente se fija en ella y que no habla por hablar, todo parece

sincero. Además, su letra le gusta mucho.

—¿Y ahora qué hago? —pregunta guardándola con mimo en el sobre.

—Eso depende de ti, querida —dice Carmen—. ¿Te gustaría saber quién es?

—Sí, claro que sí —declara Adela—, pero también me aterra.

—¿Por qué?

—Por varias razones. La primera y más obvia, es que si es un hombre, será como si me cayese un jarro de agua fría por encima.

—Eres abiertamente lesbiana y todos lo saben, Adela, ningún hombre sería tan estúpido de intentar nada contigo sabiendo que juega en el bando equivocado.

Adela arquea las cejas y Carmen deja la taza de café para reírse con ganas.

—Tienes razón —admite sin parar de reír—, de los hombres, una se puede esperar cualquier cosa y no podemos descartarlos, aunque a mí esa letra me parece demasiado bonita y delicada como para ser de un varón.

—Hay muchos hombres que tienen una letra preciosa —rebate Adela—, pero la pulcritud de la nota y las expresiones utilizadas... Si yo tuviera que apostar, me decantaría por una mujer, pero como dices, no podemos descartar nada.

—Tu misión a partir de ahora será averiguar quién es, al menos mientras investigas, estarás centrada en otra cosa que no sea solo el trabajo, creo que eso de por sí, ya es todo un logro.

Adela pone los ojos en blanco y mira el sobre pensativa. Carmen, arrebujaada bajo el calor de las sallas y engullida por la comodidad del sillón, se inclina un poco hacia el lado de Adela y la mira con gesto socarrón.

—¿A ti quién te gustaría que fuera? —pregunta entornando los ojos.

—Nadie —bufa Adela.

—Venga ya, mujer, no me digas que no has divagado sobre eso porque no me lo creo. ¿Cuántos trabajadores sois en el departamento incluyéndote a ti?

—Treinta.

—¿Y cuántos de ellos son mujeres?

—Dieciocho mujeres y doce hombres —dice Adela de memoria.

—Si te excluimos a ti, eso nos deja con diecisiete candidatas. No me digas que entre tantas mujeres no hay alguna a la que no encuentres atractiva —insiste Carmen—. ¿Cómo se llama aquella que te tira los trastos de vez en cuando?

—Esther Canillo —responde Adela, a quien no se le había pasado por la cabeza esa opción.

—¿Crees que puede ser ella?

—Pues no lo sé, la verdad —dice haciendo un mohín.

Esther es una mujer de su edad, quizá algo más mayor. Al igual que Elena Robledo o Samuel Espinosa, también es uno de los cuatro asistentes del departamento de ventas. Tiene dos hijos en la universidad y se divorció hace un año, desde entonces ya ha invitado a salir a Adela en un par de ocasiones, pero la jefa ha rechazado ambas propuestas con una sonrisa amable y no descarta que lo intente una tercera.

—Reformulo la pregunta, ¿te gustaría que lo fuera? —insiste Carmen—, y no me respondas desde un punto de vista frívolo, hazlo imaginando simplemente que le vas a dar la oportunidad de conocerla. Porque al final, es de eso de lo que se trata esto, ¿no? Tú le gustas a esa persona, pero obviamente, a ti no te va a gustar por arte de magia, tienes que poner un poco de tu parte.

—Ya lo sé —dice Adela, que no soporta que le digan las cosas que ya sabe—, pues no sabría decirte. Esther es una buena mujer, al menos es lo que me parece por lo poco que la he tratado, y no tiene mal ver, pero no hay nada en ella que me llame la atención.

—Pero si descubres que es ella quién se esconde detrás de esa carta, tendrás la decencia de al menos tener una cita para comprobarlo —insiste su amiga.

—Sí, la tendré —concede Adela.

—Bien —aplaude Carmen, encantada de que Adela comience a mostrarse más dispuesta a volver al mercado—. Ahora volvamos a la pregunta de antes. ¿Hay alguien en especial que te gustaría que fuese tu amiga invisible?

Adela la mira y expulsa todo el aire por la nariz ante tanta insistencia. Comienza a jugar con los flecos de la falda del borde de la silla entre los dedos mientras piensa, y se sorprende porque de entre esas diecisiete posibilidades, a ella solo hay una que desde hace un par de días comienza a resonarle en la cabeza con algo de frecuencia.

—Tal vez —declara con aire de misterio y Carmen abre la boca como un pez, sin esconder el impacto que le produce una noticia que sin duda no esperaba.

—¿Tal vez? —repite sin parpadear.

—Bueno, no sé, tampoco te vayas a pensar nada que no es. Es una sensación extraña, porque a esta mujer ya la conozco desde hace tiempo y nunca me había llamado la atención, pero desde hace un par de días, no sé, me despierta un poco de curiosidad, nada más —dice Adela restándole importancia al asunto.

—Vale, solo te intriga, pero dime quién es.

—Elena Robledo.

—¿La misma que te hizo el lío para que participases en el juego?

—Sí, esa.

—Quizá es eso lo que te ha llamado la atención —concluye Carmen.

—¿El qué?

—Que te haya provocado. Quiero decir, que no estás acostumbrada a que nadie te lleve la contraria y esa mujer se ha pasado tus deseos por el forro, hablando mal y pronto.

Adela le ríe el comentario y asiente pensando que quizá su amiga tenga razón. Pensar en eso la hace sentir algo mejor, porque Adela Vázquez es de esas mujeres que necesitan encontrarle una explicación razonable a todo, y ahora tiene una para ese repentino interés que empieza a despertarle Elena y que la estaba atormentando.

—Bueno, pues sea Elena, sea Esther o sea un tío con un trabuco entre las piernas —bromea haciendo que Adela la mire entre horrorizada y asqueada por lo último—, vas a tener que hacer algo para que vea que estás interesada y te diga quién es.

—¿Hacer algo? ¿Y qué se supone que voy a hacer? ¿Colgarme un cartel que diga: por favor, amiga invisible, revélame ante mí? Ni que fuera un espíritu.

A Carmen le entra un ataque de risa escandalosa y aplaude el comentario espontáneo de Adela. Antes era una mujer muy divertida, pero desde que pasó lo de Berta, dejó su buen humor a un lado y su chispa se apagó. Carmen se alegra de que poco a poco esté comenzando a ser la de antes.

—¿Y entonces qué vas a hacer?

—Lo averiguaré por mi cuenta.

Adela ha vuelto a coger la carta y la observa con detalle. Carmen, con mucho pesar porque, aunque siempre le reprocha a su amiga que los braseros solo los utilizan las abuelas, está muy a gusto y no le apetece moverse, pero se ha levantado y se ha acomodado en el

reposabrazos del sillón de su amiga para observar la carta manuscrita junto a ella.

—La verdad es que no sé ni por dónde comenzar —reconoce Adela suspirando.

—Pues lo tienes muy fácil siendo la jefa del departamento, querida, solo tienes que conseguir un texto manuscrito de cada uno de los empleados y compararlo con este.

—¿Crees que no lo he pensado? Eso ya no es tan fácil hoy en día y tú deberías saberlo. Ahora todo se hace con ordenador y pocas cosas se apuntan en papel. Solo notas sueltas que se escriben con prisas y letra inteligible. Trabajo en un departamento de ventas, allí somos de números, Carmen.

—Seguro que algo puedes conseguir, mujer. La gente lleva agendas, ¿no?

—¿Quieres que se las robe? —pregunta escandalizada.

—Supongo que no.

—Todas las comunicaciones internas solemos hacerlas por correo —dice Adela, que sigue pensando en procedimientos que puedan requerir que escriban, pero no se le ocurre nada—. Lo máximo que he visto son algunas anotaciones manuales en los informes, pero no sabría reconocer la letra de ninguno de ellos.

—Qué pesimista eres. Búscate la vida, bonita, seguro que algo se te ocurre —concluye Carmen—. Yo me marcho ya, que tengo que preparar la cena y se me hace tarde.

Las dos se despiden con dos besos y cuando Adela cierra la puerta, se vuelve hacia el salón y se queda quieta mientras piensa. Si quiere descubrir quién le ha escrito la nota debe trazar un plan, mejor o peor, pero lo necesita.

Se va directa a la habitación que Berta utilizaba de despacho cuando teletrabajaba y se queda mirando. Cuando falleció, tuvo que entregar todas sus cosas —incluido el portátil— a la empresa donde trabajaba, y ahora solo queda un escritorio vacío, un par de estanterías y una pizarra blanca que su mujer utilizaba para apuntar datos sueltos que después unía en su cabeza para los proyectos tecnológicos que desarrollaba.

Tras soltar un suspiro que suena parecido a un lamento, Adela decide que ha llegado el momento de volver a darle vida a ese despacho. Así que entra, coge el borrador y limpia la pizarra dejándola completamente blanca. Después va probando rotuladores hasta encontrar uno que pinta y dibuja una tabla con dos columnas, a la izquierda las mujeres y a la derecha los hombres.

Excluyéndose ella, escribe de memoria el nombre de todos los empleados del departamento. Debe encontrar un modo de poder ir eliminando nombres hasta que solo le quede uno, y sabe que eso le va a costar mucho trabajo, pero se anima cuando descubre que de inicio ya hay uno que puede eliminar, el de Samuel Espinosa, porque sabe que es homosexual como ella.

Espitosa por su avance, se concentra y estudia minuciosamente cada nombre y lo que sabe sobre esa persona en cuestión. Adela tacha de inmediato otros dos nombres, los de Rafa y Elvira, dos compañeros que están casados entre ellos y que a veces dan asco de tanto amor que profesan cuando se miran. Cuando ya está terminando, elimina otros dos, los de Enrique y Jorge, eran candidatos al igual que ella a ocupar su puesto y, aunque nunca han tenido una mala palabra contra ella, sabe que no la soportan.

De los veintinueve nombres, ya solo le quedan veinticuatro.

—No está mal —dice en voz alta al mismo tiempo que pone el tapón al rotulador.

Adela sale del despacho y se dirige a la cocina para prepararse la cena, mientras lo hace, seguirá pensando en algún modo de seguir descartando gente de la tabla.

Capítulo 9

El lunes siguiente, entre llamadas, papeleo, reuniones e informes, Adela va pensando. Lleva toda la mañana dando vueltas al asunto, se le han ocurrido varias opciones para seguir descartando gente de la lista, pero por un motivo u otro, las ha ido desechando. Ahora por fin tiene un rato de tranquilidad y se permite echarse para atrás en su cómoda silla sin hacer otra cosa que perder la vista en un punto indeterminado de la pantalla de su ordenador mientras sigue pensando.

Se balancea hacia delante y hacia atrás y llega un momento en el que ni siquiera piensa en eso, se queda en blanco, absorta y tranquila, hasta que de repente se le enciende la bombilla y se le ocurre una única opción que podría funcionar.

Adela Vázquez necesita un aliado para su plan y rápidamente le viene un nombre a la cabeza: Samuel Espinosa. Alguien que quedó completamente descartado como posible autor de la carta y con la suficiente desfachatez y cara dura como para hacer lo que ella necesita.

Orgullosa por su ocurrencia y un poco insegura de que su plan vaya a funcionar, se levanta y tras abrir la puerta de su despacho, le pide a Samuel que entre en cuanto tenga un momento.

—Siéntate —dice en cuanto Samuel, solícito y ajeno a las intenciones de su jefa, llama a la puerta y entra.

Samuel se deja caer en una de las sillas al otro lado de la mesa y se fija en el soporte para el móvil que Elena le regaló y que ahora está situado al lado izquierdo de la pantalla del ordenador de Adela.

—Nos ha llegado la propuesta de un proyecto nuevo —empieza a explicar Adela como tantas otras veces ha hecho.

Samuel saca su agenda para tomar notas y Adela piensa que si todos hacen lo mismo, esa sería una buena fuente de información de no ser porque se trata de un objeto tan personal, que le va a resultar imposible hacerse con ninguna.

—¿De qué se trata? —pregunta Samuel, dispuesto a apuntar todo lo que Adela necesita para después distribuir el trabajo y hacer un seguimiento.

—Es un proyecto para el desarrollo de una aplicación que describe la personalidad del sujeto a través de la letra manuscrita.

Samuel toma cuatro anotaciones y mira a Adela expectante, esperando a que siga. No es su labor decidir la viabilidad de los proyectos sobre los que invierten, tampoco la de Adela Vázquez, pero al ser la jefa de ventas del departamento de una empresa de tecnología, en algunas ocasiones, hay proyectos que llegan a su mesa para que haga una valoración inicial y decida si merece la pena enviarlo al departamento de análisis y viabilidad.

—Vamos a hacer una pequeña prueba para verificar la funcionalidad y su posible repercusión en el mercado junto con el departamento de desarrollo, para ello necesito que tomes un texto manuscrito de todos los empleados lo antes posible. No ha de ser nada extenso ni trabajado, con unas cinco líneas nos sirve.

—¿Han de hablar de algo en especial? —pregunta Samuel algo pasmado.

—En absoluto, puede ser del tiempo, de lo que han hecho al levantarse o de cuántas ganas tienen de que llegue la hora de salir para marcharse a casa.

Samuel sonríe sorprendido por el comentario y de nuevo toma cuatro apuntes en su agenda.

—Lo necesito lo antes posible —dice Adela sin especificar, tampoco quiere presionarlo.

—Claro, lo intentaré, pero me llevará un tiempo. ¿Algo más? —pregunta Samuel cada vez más extrañado.

Cuanto más piensa en esa aplicación, más le descuadra todo. Su empresa solo invierte en proyectos que pueden resolver necesidades para los usuarios y que, por lo tanto, tienen el éxito garantizado. Una aplicación que les pueda hacer análisis de personalidad no le parece algo que pueda interesarle al público genérico y mucho menos que sea algo que facilite el día a día de las personas. Sabe que en cualquier ocasión normal, Adela lo habría desechado de inmediato, y mientras se dirige hacia la puerta, comienza a atar cabos.

—Samuel —lo llama Adela cuando se dispone a abandonar el despacho.

Él se gira tratando de contener la media sonrisa de satisfacción que se estaba dibujando en su rostro y se muestra serio y obediente.

—Sí.

—También quiero que me consigas el nombre que tenía cada persona en el juego del amigo invisible —pide con descaro.

Él arquea las cejas sin esconder su sorpresa y carraspea para aclararse la voz mientras contiene las ganas irrefrenables que tiene de salir del despacho para contarle a Elena que su carta ha funcionado, y que Adela acaba de dar las primeras señales de interés, está claro que quiere saber quién la ha escrito.

—¿Para qué quieres eso? —pregunta él, fingiendo no entender lo que sucede.

—Eso no es asunto tuyo, tú haz lo que te he pedido y no lo comentes con nadie.

—Está bien.

Samuel vuelve a sacar la agenda y toma nota para seguir con su rutina, después se despide de su jefa y en cuanto está fuera del despacho, va directo como una bala hacia la mesa de Elena.

Adela se ha quedado pensativa en su mesa, no comprende por qué ha tenido ese arrebató final y le ha terminado pidiendo a Samuel los nombres. Sabe que no ha sido ético y que no está justificado, pero ahora ya está hecho y lo único que puede hacer es mantenerse firme en su estúpida decisión.

Mientras piensa en ello, recibe un mensaje de audio de su amiga Carmen en el que precisamente le pregunta si ha hecho algún avance respecto a la carta.

—Estoy en ello —responde con otro audio—, de momento tengo descartados a cuatro hombres y una mujer.

Envía el audio y mira la pantalla sonriendo. Se siente como si fuera una especie de detective privada en busca de pistas para localizar a su objetivo, y la sensación le gusta. No sabe si encontrará a esa persona y si una vez lo haga habrá posibilidades de que surja algo, pero lo que sí que sabe es que el tema la está distrayendo, que de nuevo siente ilusión por algo y que hoy su día no ha sido tan gris como lo han sido todos desde que murió Berta. Esa persona le ha dado una motivación, y solo por eso ya se merece la oportunidad de una cita en caso de que logre descubrir su identidad, siempre que sea una mujer, por supuesto.

Capítulo 10

—Tenemos que hablar —dice Samuel apoyando las manos sobre la mesa de Elena unos instantes.

Después de soltar la frase se separa, mira hacia la puerta del despacho de Adela y vuelve hacia su mesa con gesto nervioso. Elena lo mira con cara de pasmo, el comportamiento misterioso de su amigo la tiene intrigada y, cuando mira el reloj y ve que todavía quedan un par de horas para terminar su turno, se da cuenta de que no puede aguantar tanto.

Se levanta de su silla y se acerca a la mesa de Samuel como si le hiciese una consulta igual que ha hecho miles de veces por temas de trabajo.

—¿Qué pasa?

—Aquí no —dice Samuel inquieto, como si viniera de esconder un cadáver.

Elena le da una colleja que suena como si un fajo de folios se le hubiese caído al suelo.

—Pues te hubieras callado esa bocaza —sisea impaciente—, ahora me lo cuentas.

Samuel se frota la nuca para calmar el picor que le ha producido el tortazo justo cuando la puerta del despacho de Adela se abre y esta sale en dirección al pasillo. Samuel se sofoca, es muy malo fingiendo y teme que si su jefa lo mira, se dé cuenta de que se va a ir de la lengua.

—Espera a que vuelva a su despacho, después te vas a la sala de descanso y en un minuto iré yo —susurra mostrándole algo en la pantalla.

Elena mira desconcertada y cada vez está más nerviosa. No es porque la pantalla de Samuel esté apagada, es porque ya ha deducido que sea lo que sea lo que quiere contarle, tiene que ver con Adela, y cualquier cosa que venga de ella, le acelera el corazón y le sacude el cuerpo.

Resignada e impaciente, vuelve hasta su mesa y tamborilea los dedos nerviosos sobre la madera mientras mira fijamente hacia la puerta por la que ha salido su jefa. Adela Vázquez tiene rutinas fijas en el trabajo que no cambia salvo que haya reuniones o llamadas imprevistas que las alteren, y Elena Robledo se las conoce de memoria. Por eso sabe a ciencia cierta que Adela ha salido para fumarse un cigarro en una pequeña terraza habilitada para ello en la planta que está en la parte opuesta de las oficinas en las que se encuentran. Sabe que tarda alrededor de siete minutos desde que sale del despacho hasta que vuelve, y para no desesperarse, coge la agenda que le regaló y vuelve a mirar esa página donde le escribió el recordatorio.

—Eso que haces es enfermizo —dice Samuel mirándola de soslayo, también nervioso mientras espera a que Adela vuelva.

Elena deja de recorrer las letras con la yema del dedo y cierra la agenda con mimo, es lo único que tiene de Adela y le da igual que su amigo piense que es una boba por darle tanto valor a algo a lo que probablemente Adela no le dio ninguno.

—Ahí viene —dice Samuel unos minutos después, y clava la mirada en la pantalla y teclea sin ton ni son.

Como suele hacer siempre, Elena la observa pasar hasta que se encierra en el despacho. Le encanta verla caminar y contemplar sus facciones serias y concentradas. A veces tiene la sensación de que Adela es como un robot que hace las cosas por inercia, que no ve más allá de lo que tiene enfrente porque si no fuera por el sonido de sus tacones cuando pasa por delante de todos, probablemente nadie se daría cuenta de que pasa por ahí.

A ella le viene muy bien esa actitud, porque eso le permite mirarla con descaro sin ser vista, por eso un calor sofocante le hace arder las mejillas cuando Adela, de manera inesperada y absolutamente inusual en ella, ladea el rostro un momento para mirar en su dirección y la descubre observándola. Elena se cree desfallecer en ese instante, no solo porque se ha sentido descubierta y no ha sabido reaccionar para disimular, sino porque está segura, de manera inequívoca, de que Adela Vázquez solo se ha girado para mirarla a ella.

—¿Has visto eso? —le pregunta a Samuel en cuanto Adela se encierra en su despacho.

Elena todavía nota el sudor frío en las axilas y los latidos desbocados de su órgano vital.

—¿Ver qué? —pregunta Samuel.

—A Adela, me ha mirado.

Él arquea una ceja y se ríe.

—Tiene ojos, Elena.

—Ya lo sé, idiota, pero me ha mirado a mí —dice todavía sofocada.

Su compañero no termina de entender la importancia de esa mirada y mucho menos el valor que tiene algo tan nimio como eso para ella, pero tampoco piensa perder tiempo en preguntárselo.

—Te espero en la sala de descanso —dice levantándose airada.

—Ve preparándome un café solo —dice él para molestarla.

Ella ni siquiera se gira y camina decidida hasta la sala donde ignora la petición de su amigo y busca una cápsula de té al limón, que introduce en la máquina cuando ya está lista para drenar el líquido.

Cuando su vaso ya está humeante, aparece él por la puerta. Elena se hace a un lado mientras remueve y sopla su infusión para que Samuel prepare su café y, cuando ya lo tiene listo, se sientan en la mesa más alejada de la puerta y él vuelve a poner cara de misterio, esta vez a propósito.

—Mira, Samuel... —le advierte Elena exasperada.

—Vale, vale —se ríe su amigo—, iré al grano. Adela quiere saber quién le ha escrito la nota, tiene curiosidad, Elena, y eso significa que hay posibilidades.

Ella lo mira perpleja al principio y nerviosa después.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque me ha pedido algo muy absurdo.

Samuel le explica a su amiga todo lo hablado en el despacho con Adela y ella lo escucha atenta, sin pestañear, a veces incluso ni respira. No quiere ilusionarse, sabe que el hecho de que Adela muestre interés no significa nada, puede ser solo curiosidad por lo desconocido y después descubrir que es ella y no querer saber nada, pero no puede evitar sentirse alterada.

—No puedes darle esos escritos, Samuel —le pide cada vez más nerviosa—, si lo haces, podría descubrirme y no estoy preparada, por favor —suplica juntando las manos frente a su cara.

—Está bien, pero recuerda que me lo prometiste, Elena. Esta es tu oportunidad para que se entere de una vez de lo que sientes por ella.

—Lo haré, pero debo encontrar una manera en la que me sienta cómoda, si me descubre ahora, creo que me desmayaré —dice sofocada—. Además, lo de la carta me gusta, podría enviarle otra y darle alguna pista más, guiarla hasta mí poco a poco para que no le venga de sopetón —añade para intentar convencer a su amigo, aunque la idea le resulta interesante y enseguida piensa que realmente podría hacerlo, enviarle otra nota en la que por ejemplo se revele claramente como mujer.

—Me gusta la idea —aplaude Samuel—, ojalá alguien hiciese algo así conmigo. Vale, te conseguiré tiempo —dice convencido.

—¿Cómo? —duda Elena—, ya sabes lo exigente que es Adela, cuando quiere algo, lo quiere para ayer.

—Lo sé —sonríe con malicia—, pero ella solo me ha pedido que le consiga textos de todos nosotros, no ha especificado que ponga el nombre de quien lo ha escrito, por lo que cuando se los entregue, no le servirán de nada.

Elena se ríe ante la ocurrencia de su amigo y asiente.

—Vale. ¿Y lo de revelar los nombres de quienes teníamos cada uno en el juego? —pregunta preocupada.

—Eso es imposible y ella lo sabe. Supongo que me lo ha pedido un poco a la desesperada, por eso y porque sabe que soy muy parlanchín y que si me lo propongo puedo sonsacar a más de uno, pero habrá mucha gente que no querrá decirlo y ni siquiera me voy a molestar en preguntarlo. Le conseguiré tres o cuatro y nada más.

—Eres el mejor —sonríe Elena levantándose de la silla para volver a su puesto.

—Lo sé —dice con vehemencia Samuel mientras le guiña un ojo.

Los dos vuelven a sus mesas y Elena mira la puerta cerrada del despacho, al hacerlo, vuelve a recordar ese momento en el que Adela la ha mirado y el cosquilleo dentro de su pecho se multiplica hasta marearla. Definitivamente, no puede acabar el año sin que Adela Vázquez sepa lo que siente por ella. Elena se da cuenta de que no puede continuar así, estancada desde hace más de un año. Debe afrontarlo, si Adela no la quiere, debe tener la madurez suficiente para superarlo y pasar página, no puede seguir así, no es sano.

Capítulo 11

Adela llega a su casa casi tan nerviosa como se ha marchado Elena a la suya. Cuanto más tiempo pasa, más ansiedad siente por conocer la identidad de la persona que le envió la nota. Se sienta en el sofá y vuelve a leerla. Cuando termina, tiene la sensación de que le quema en los dedos y de que el papel se está desgastando poco a poco con su tacto, porque ya ha perdido la cuenta de las veces que la ha leído.

Deja el sobre en la mesa y sin saber muy bien por qué, le viene el recuerdo de Elena en ese momento que le ha dado por mirarla y la ha descubierto observándola con absoluto descaro. Adela sonríe divertida por el tono rojizo que ha poblado las mejillas de Elena en ese instante y no se explica por qué motivo no se había fijado en ella antes, cuando ahora no hace más que buscarla con la mirada en cuanto puede.

Suspira y se levanta. Debe dejar de pensar en ella y centrarse de nuevo en su objetivo. Sabe que si no descubre pronto quién se esconde detrás de la misiva, se acabará obsesionando y al final terminará por conciliar mal el sueño.

Vuelve al despacho que una vez fue de Berta y, en esta ocasión, cuando abre la puerta y entra, no la azota esa sensación de dolor que se manifiesta en su pecho siempre que la recuerda. Ahora sonríe y de algún modo siente que su recuerdo empieza a convertirse en algo bonito, algo que no puede ni quiere olvidar, pero que ya no la ancla en el pasado ni le impide volver a vivir en el presente.

—Podrías echarme una mano —le dice a su recuerdo mientras mira la pizarra con frustración.

Sigue habiendo demasiadas posibilidades, ocho hombres y dieciséis mujeres, pero Adela ha pensado una estrategia paralela mientras espera a que Samuel le consiga algo, si es que lo hace.

Coge su maletín, lo coloca sobre la mesa donde Berta trabajaba y extrae varios documentos fotocopiados que se ha traído del trabajo, en los que ha encontrado firmas y alguna nota manuscrita de varios de sus empleados.

Extrae de nuevo la carta, se sienta en la silla y comienza a comparar todos los trazos con suma paciencia y la ayuda de una lupa en algunos casos. Adela Vázquez se pasa más de hora y media ocupada en su nueva tarea y para cuando termina, además de un dolor espantoso de cervicales, lo único que ha conseguido ha sido descartar dos nombres, los de Juan López y Julita Plana, ambos sexagenarios y con una letra espantosa y temblorosa con la que no hay que ser una experta en grafología para adivinar que no pueden ser ellos.

Se levanta de la silla suspirando, se estira como una gata y mueve los hombros de delante hacia detrás unas cuantas veces para ver si todo se coloca de nuevo en su sitio. Después se acerca a la pizarra y tacha esos dos nombres sintiendo que apenas ha logrado avanzar.

Frustrada, se deja caer en la silla y los dedos de su mano se deslizan de nuevo sobre la mesa hasta dar con la carta. Sigue sin explicarse el porqué de esa ilusión cada vez mayor que le despierta. Es posible que después de lo hundida que se quedó con lo de Berta, Adela pensase que jamás volvería a sentir nada, que su corazón ya no podría pertenecerle a nadie

más y que se iría marchitando como los pétalos de las flores, pero sigue latiendo, empieza a latir cuando piensa en Elena y también cuando tiene esa carta entre los dedos. Por la primera todavía desconoce el motivo, con la segunda es porque se siente deseada y ya no recordaba lo agradable que es esa sensación.

Cuando se quiere dar cuenta, la está leyendo de nuevo, pero en esta ocasión, repara en algo que se le había pasado por alto en las ocasiones anteriores. Se trata precisamente de la primera frase, esa en la que dice que lleva más de un año queriendo decirle cuánto le gusta.

Adela parpadea con las cejas arqueadas y relee el párrafo hasta tres veces.

—Ostras —dice y se levanta con el pulso acelerado y una amplia sonrisa de satisfacción.

Deja la carta sobre el escritorio y de nuevo vuelve hacia la pizarra y coge el rotulador que ha dejado hace unos minutos. Se queda quieta, mirando fijamente cada nombre con suma concentración. Si la persona que le ha escrito la misiva lleva más de un año sintiendo cosas por ella, eso significa que todo aquel que lleve menos de un año en la empresa, no puede ser el ejecutor de la carta.

Adela no tiene una memoria prodigiosa, pero sí bastante buena, y después de meditar durante otros veinte minutos y analizar datos y fechas en su cabeza, logra descartar otros siete nombres que está segura de que entraron en la empresa en el último año, se trata de dos hombres y cinco mujeres que tacha con rapidez.

—Esto es otra cosa —dice más contenta con el resultado.

Ahora le quedan cinco hombres y diez mujeres, además, tiene dudas sobre otros cinco empleados. Es incapaz de determinar si llevan un año o más tiempo, pero eso no le preocupa porque es algo que puede resolver mañana con Carmen, que para eso es la jefa del departamento de Recursos Humanos.

Repasa los nombres que le quedan en la tabla de las mujeres y suspira tranquila al ver que el de Elena Robledo se mantiene intacto ocupando el primer puesto, donde ella lo puso porque sin duda desea que ella sea su amiga invisible.

Adela abre la puerta que da acceso a la pequeña terraza de esa habitación y se enciende un cigarro bajo el tejadillo que la protege de la fina lluvia de ese día. Sopla el humo y observa hipnotizada como a este le cuesta disolverse en el aire debido a la densidad de la neblina del ambiente. Se frota los brazos intentando contener un escalofrío y sigue allí, atrapada por ese vicio del que no puede desengancharse, de lo único que la ayudó a calmar la ansiedad que sentía y a mantener las manos ocupadas cuando le entraban ganas de romper cosas. Sabe que algún día tiene que dejar ese dichoso vicio, porque es malo para su salud y porque Berta lo odiaba, pero todavía no está lista, y el vértigo que le entra cuando se da cuenta de que quizá pueda sentir cosas hacia otra persona, tampoco ayuda.

Se pregunta qué dirán los que fueron sus suegros si algún día rehace su vida y, por primera vez, no le importa. Todos le fallaron cuando más los necesitaba, todos menos Carmen, así que no les debe explicación alguna, ni a ellos, ni a nadie.

Adela aplasta el cigarro en el cenicero con rabia. Cada vez que piensa en todo lo que envuelve la muerte de Berta, no solo siente ansiedad, también siente impotencia por lo injusta que fue la vida con ella. Se queda ahí fuera, quieta durante minutos dejando que el frío le cale hasta los huesos mientras decide que Carmen tiene razón y que no solo es hora de pasar página con lo de Berta, también lo ha de hacer con todo lo demás, cerrar el capítulo de toda su vida anterior con ella y empezar una nueva con la Adela en la que se ha convertido, una persona solitaria, algo antisocial, aparentemente fría y a la que contra todo

lo que ella suponía, le sigue latiendo el corazón.

Se decide a entrar por fin y va directa hacia la ducha, abriendo el grifo del agua caliente al máximo para que el calor la reconforte y los dientes dejen de castañearle.

Capítulo 12

Adela Vázquez llega a la oficina puntual como un reloj. Saluda a los que ya están allí en voz alta, entre ellos, Elena Robledo, que de nuevo no puede evitar que el corazón le dé un vuelco al ver a su jefa.

—Buenos días, Adela —dice desde su mesa al mismo tiempo que otros tres compañeros, aunque la jefa solo escucha su voz, o simplemente, solo le presta atención a ella.

Se encierra en su despacho, deja el abrigo y enciende el ordenador antes de acomodarse en su silla. Coloca el móvil en el soporte, abre su correo y, tras comprobar la agenda del día y tomar cuatro notas sobre las prioridades de lo que tiene pendiente, comprueba la hora para asegurarse de que todo el mundo está en la oficina y se levanta para llamar a Samuel a su despacho.

A Elena el corazón se le desboca cuando su compañero se pone en pie y coge su agenda.

—Tú, tranquila —dice guiñándole un ojo—, pero más vale que espables, puedo entretener a Adela un par de días como mucho.

—Con eso es suficiente, te prometo que actuaré antes.

Mientras observa a Samuel caminar hacia el despacho, a Elena la invade una sensación de temor que le hace temblar las manos. Quizá debería ir a terapia para que alguien profesional la ayude a enfrentar ese miedo al rechazo que la ha tenido paralizada tanto tiempo y que le anuda el estómago cada vez que piensa en ello. Vuelve a mirar la letra de Adela escrita en esa agenda a la que tanto cariño le tiene y trata de meterse en la cabeza de su jefa, en imaginar lo que pensó mientras leía su nota o en el momento en el que tomó la decisión de implicar a Samuel para ayudarla a descubrir quién se ocultaba tras ella.

De repente se le acelera el corazón cuando se plantea la posibilidad de que Samuel no sea la única opción de Adela. De hecho, si lo piensa, lo lógico es que por su cuenta también esté buscando, ella lo haría, ella y cualquiera, y Adela es la mujer más metódica y concienzuda que Elena ha conocido nunca.

—Mierda —sisea con los ojos como platos.

¿Y si Adela la descubre antes de que ella tenga tiempo de dar un paso más? ¿Y si se planta ante ella y le dice que sabe que la nota es suya? Elena no se siente preparada para eso, no sabría qué decirle, su exagerada timidez para esos temas la dejaría bloqueada. Adela daría por sentado que es estúpida, alguien infantil que no merece la pena y las pocas opciones que le proporciona el interés que ha despertado su declaración en su jefa, se desvanecerán sin que ella tenga oportunidad de aprovecharla.

Tiene que planear algo y hacerlo más rápido de lo que había pensado, además, no le bastará con las notas. Sabe que debe acercarse a ella, provocar algún encuentro que parezca casual y le permita establecer un poco de conversación con su jefa. Es consciente de que si no hace algo así, está perdida, necesita que Adela la conozca mejor. Elena no es tonta ni es una persona a la que le gusta hacerse ilusiones falsas, pero sí ha notado ese cambio de actitud de Adela hacia ella en los últimos días, esa mirada que le dedicó ayer no le pareció

nada casual, ni tampoco que solo la haya mirado a ella cuando todos han respondido a su saludo. No son alucinaciones tuyas, por algún motivo, le hace más caso, y si no lo aprovecha, se arrepentirá para siempre.

Mira hacia la puerta que acaba de cruzar Samuel y se muerde los labios decidida a vencer el miedo.

—¿Tienes lo que te pedí? —pregunta Adela directa en cuanto Samuel Espinosa se sienta frente a ella.

Él se pasa la mano por el pelo, mesándose con parsimonia mientras la mira con aplomo.

—Sobre lo de conseguir los nombres que tenía cada uno, me temo que va a ser imposible —explica Samuel—, sabes que es algo personal y que nadie va a decírmelo.

Adela nota como le arden las mejillas en ese momento. Sabe que tiene razón y que fue un tiro al aire muy poco afortunado por su parte, pero ahora ya está hecho y solo puede encajar el golpe con dignidad.

—Está bien —dice serena.

—¿Por qué tanto interés? ¿Te ofendió lo que decía la carta?

La pregunta de Samuel la pone en alerta de inmediato y le clava una mirada que bien podría haberlo atravesado de haber tenido espadas en los ojos.

—¿Qué sabes tú de la carta? —pregunta con un tono demasiado duro.

—Nada —responde Samuel.

—¿Y por qué has preguntado? —insiste ella.

—Porque todos te vimos leerla, Adela —aclara el empleado—, y he pensado que quizá tu interés por descubrir el nombre que tenía cada uno puede tener algo que ver con eso.

Adela suspira sintiéndose estúpida, por un momento había olvidado que leyó la carta en presencia de todos.

—¿Tú sabes de quién era? —tantea más mansa.

—No, claro que no —se apresura a contestar él, tensando todos los músculos del cuerpo—, pero te puedo decir a quién tenía yo y darte dos nombres que sé que no te tenían a ti.

Adela abre mucho los ojos y arquea las cejas.

—¿Cómo sabes que no me tenían si no has preguntado a nadie?

—Porque los escuché hablar entre ellos, en realidad, lo escuchamos todos los que estábamos desayunando ayer. Lo hablaron en voz alta —comenta Samuel encogiendo los hombros.

—¿Y bien? —pregunta Adela.

—Rafa y Paula, y yo tampoco tenía tu nombre.

Adela apunta en una nota los dos nombres que Samuel le acaba de proporcionar para comprobarlos después.

—Gracias. ¿Qué hay de los escritos que te pedí?

—Estoy en ello, creo que entre hoy y mañana tendré los que me faltan. En cuanto los tenga todos te los hago llegar.

A Adela le parece muy desesperado pedirle los que ya tiene y acepta con un movimiento de cabeza.

—Gracias, Samuel, eso es todo.

En cuanto se marcha, Adela busca en su móvil la fotografía que anoche hizo de su

pizarra con la tabla de nombres y la envía a la impresora para imprimirla y tenerla a mano. Se gira hacia atrás y recoge la hoja, que coloca sobre la mesa para buscar en ella los nombres que Samuel le ha dado. Como ya le ha parecido cuando se lo ha dicho, el nombre de Rafa ya lo tiene tachado, así que solo puede hacer una cruz sobre el de Paula, aunque no por eso deja de esbozar una sonrisita de satisfacción. Aunque sea de manera lenta, va haciendo avances.

Todavía le quedan cinco hombres y nueve mujeres, pero está segura de que, en cuanto acabe el día, habrá descartado alguno más.

Después de levantarse, dobla la hoja con la tabla en cuatro partes y se la guarda en el bolsillo delantero de la chaqueta del traje beis que hoy lleva puesto. Adela sale del despacho y va directa hacia los ascensores para dirigirse a la planta de Recursos Humanos a visitar a su amiga Carmen.

—¿Está libre? —le pregunta al asistente de Carmen cuando llega.

Adela señala el despacho y él asiente sonriente antes de levantarse y abrirla la puerta para que entre.

—Gracias —le dice Adela antes de que cierre la puerta a sus espaldas.

—Anda, qué sorpresa. Tú moviendo el culo de tu despacho, esto sí que es nuevo —dice Carmen dejando de teclear para mirar a su amiga.

—Ya ves, soy una Adela renovada.

Carmen arquea una ceja y le señala una de las cómodas sillas al otro lado de su mesa.

—¿Qué haces aquí? —pregunta tan directa como intrigada.

—Necesito que me hagas un favor.

—Claro, ¿qué necesitas?

Adela extiende el brazo por encima de la mesa y arranca una hoja del bloc de notas blancas que Carmen tiene al lado del teléfono. Después le coge un bolígrafo y escribe una serie de nombres antes de entregarle la nota.

—Necesito que me digas cuándo se incorporaron estas personas a la empresa.

Carmen coge el papel después de dedicarle una mirada ceñuda a Adela y lee los nombres.

—Sabes tan bien como yo que no puedo hacer eso, querida. La Ley de Protección de Datos está para algo, y no veas el por culo que me dan con eso, que si cursos, que si charlas...

—No me jodas, Carmen —protesta Adela.

—¿Para qué quieres saberlo? —pregunta su amiga.

—Para saber quién me escribió esa maldita carta. Tú quieres que me abra y tenga una cita, ¿verdad? Pues de ti depende, porque si no me dices lo que te pregunto, jamás sabré quién ha sido.

—Eso es chantaje, además, no veo qué tiene que ver la fecha de incorporación con la carta.

—La persona que la escribe dice que lleva más de un año queriendo decirme lo que siente, ¿no? Eso significa que cualquier persona que lleve en mi departamento menos de ese tiempo, no puede haber escrito la carta. Ni siquiera necesito que me digas fechas ni ningún otro dato, solo que me confirmes si alguno de esos nombres lleva aquí menos de un año. Son los únicos con los que tengo dudas, a los demás ya los he ido descartando.

Carmen la mira como si estudiase su argumento, aunque, en realidad, solo piensa en una manera de cobrarse el favor.

—Esto te cuesta una comida en el italiano.

—Vaya mierda de amiga —bufa Adela con los ojos en blanco.

La jefa de Recursos Humanos se ríe y coloca la lista a un lado del ordenador para teclear los nombres y buscar su fecha de incorporación a la empresa.

—De acuerdo, según esto, puedes descartar otros tres —dice tras un par de minutos concentrada en la pantalla.

—¿En serio?

Adela no esconde su sonrisa y se apresura a sacar su tabla y extenderla sobre la mesa ante la mirada atenta de su amiga.

—Joder, nena —dice pasmada—. ¿Te has planteado hacerte detective? —pregunta al ver la cantidad de nombres que ya tiene eliminados.

—Si todo fuera tan fácil como esto... —ironiza Adela—. Canta.

—Óscar Manero, Luis López y María Palermo.

Adela los tacha de la lista y sonríe con el pulso disparado.

—Solo me quedan tres hombres, si supieras las ganas que tengo de descartarlos a todos —confiesa ante su amiga.

—Sabes que es una mujer, Adela. No te agobies con eso, ya lo hablamos. Todos en el departamento saben de tu condición sexual y una carta como esa no la escribe un hombre.

—Ya —suspira frotándose las manos para calentarlas.

—¿Has pensado qué harás cuando descubras quién es? —indaga Carmen.

Adela niega y se encoge de hombros.

—Pues no, de momento me centro en descubrirla.

—¿Sigues queriendo que sea Elena?

En esta ocasión Adela se rasca la nuca por debajo de su melena. Lo desea, pero Elena es tan tímida que la ve incapaz de declararse incluso por carta, y eso la hace sentir cierto desasosiego y decepción.

Capítulo 13

Elena no ha perdido el tiempo, mientras Adela estaba de visita en el despacho de su amiga, a ella le ha explotado la cabeza buscando la manera de hacerse la encontradiza con ella. Ha tomado la decisión y no piensa echarse atrás, sabe que si no lo hace hoy, no lo hará nunca, así que ha estado pensando como una posesa hasta que se le ha ocurrido un plan, que para lo que ha tardado en decidirlo, le parece demasiado simple.

Ahora, después de que Adela haya vuelto, solo tiene que esperar un poco hasta que llegue ese momento en el que sabe que su jefa saldrá del despacho para ir hacia la sala de descanso a buscarse un café. Elena debe estar atenta y preparada, nada puede fallar porque no va a tener muchas oportunidades y, probablemente, tampoco encontrará momentos de valor como el que tiene en este instante.

Samuel la mira de reojo, divertido y emocionado por la decisión de su compañera, pero también preocupado por si en el último momento su amiga se echa atrás. Ella le ha contado su plan y le ha pedido que haga algo, a lo que él ha respondido que sí encantado, ahora solo falta que Elena se atreva con su parte.

—Me parece que ya sale —anuncia Samuel susurrando, después de escuchar el taconeo de Adela en el despacho.

En efecto, la puerta se abre y su jefa sale con ese porte elegante y decidido caminando hacia la sala. Elena se levanta como si la silla la hubiese expulsado y tras carraspear y mirar a su amigo buscando su complicidad junto con un poco de ánimo, empieza a caminar unos metros por detrás de Adela, mirando su móvil como si fuera una absoluta casualidad que ambas mujeres coincidan allí. En realidad lo es, porque Adela eligió esa hora porque sabe que no suele haber nadie, y Elena nunca va sola a la sala, lo suele hacer en compañía de Samuel o algún otro compañero, por eso finge que atiende algo urgente, para que a ella le parezca normal cuando la vea.

Elena, con un temblor extraño en todo el cuerpo y los nervios a flor de piel, deja un tiempo prudencial y entra en la sala cuando escucha que la máquina de café está en marcha. Sigue mirando el móvil, haciendo ver que teclea algo en la pantalla y guardándolo como si hubiera terminado en ese preciso momento.

—Hola —dice levantando la mirada con aire sorprendido, como si no hubiese visto a Adela hasta ese instante.

—Hola, Elena —le devuelve el saludo su jefa.

A ella las piernas le flaquean cuando la escucha llamarla por su nombre. No puede evitarlo, cuando Adela pronuncia su nombre, se derrite. Le parece alucinante que algo tan simple signifique tanto para ella.

Elena se sitúa a su lado y busca una cápsula de té con limón mientras espera a que termine de salir el café de Adela.

—Gracias por la agenda —dice de sopetón.

Adela la mira sorprendida por el comentario, pero después le sonríe. Es una sonrisa breve, pero radiante, de esas capaces de sacudir corazones, al menos el de Elena, que todavía se pregunta de dónde ha sacado el valor para agradecerle el regalo.

—El año que viene ya no tienes excusa, como me incluyas de nuevo en el juego, te despido —dice Adela haciéndose a un lado para que Elena pueda introducir su cápsula en la máquina.

Se ha apartado, no se ha marchado, y Elena tiene la sensación de que empieza a flotar en una nube de algodones.

—¿Tan malo fue tu regalo como para que no quieras volver a participar? —se anima a seguir la conversación a pesar de lo nerviosa que está.

Adela se queda con la boca medio abierta unos segundos, pensativa, y después niega con un suave movimiento de cabeza. Cada vez que alguien menciona el momento de la carta, algo se le sacude por dentro sin saber por qué, debe ser esa intriga creciente por descubrir quién se esconde detrás de la misiva, no puede haber otra explicación.

—¿Puedo saber qué te regalaron? —pregunta Elena retirando su vaso.

La mano le tiembla por los nervios y se ve obligada a cogerlo con las dos para que el líquido caliente no se le derrame por encima.

—Un soporte para el móvil —contesta Adela, hipnotizada por el delicado gesto de Elena cogiendo el vaso.

—Yo también tengo uno, es muy útil —dice antes de soplar un poco y dar un sorbo.

Adela vuelve a mirarla y se da cuenta de que Elena le parece cada vez más misteriosa, y eso le gusta.

—Sí que lo es —corrobora la jefa y le hace un gesto con la cabeza señalando la mesa que tienen al lado.

Elena no se lo puede creer. Su plan, más simple que atarse los cordones, está dando resultado y por primera vez desde que se conocen, se van a tomar un café juntas, aunque sea trabajando.

—Te vi sacar una nota y leerla, espero que fuese algo alegre —comenta de manera casual y vuelve a dar un sorbo.

Adela duda si debe hacer algún comentario al respecto, pero se siente cómoda con Elena y hablar de algo que no tenga que ver con facturas, agendas y proyectos, le está resultando agradable.

—Fue alegre, aunque un poco extraño —añade sin poder evitarlo.

A Elena le tiembla todo el cuerpo.

—¿Por qué fue extraño? —pregunta sin terminar de creerse que eso esté sucediendo.

Esta vez Adela no duda, quiere ver la reacción de Elena. ¿Será ella la autora tal y como empieza a desear cada vez con más fuerza?

—En aquella nota alguien me confesó que le gustaba, ya ves tú —dice arqueando una ceja antes de dar un sorbo a su café.

Elena tiene la sensación de que va a desmayarse en ese momento, no se puede creer que Adela le haya confesado algo así. Se tiene que contener para no saltar de alegría por esa pequeña muestra de confianza y controlarse para que los nervios no la delaten como la autora de la carta.

Adela la nota un poco rara, pero Elena siempre ha sido tan misteriosa y tímida, que no le da importancia.

—¿Y que alguien te diga que le gustas te parece algo raro? —pregunta Elena mirándola a los ojos.

—Supongo que llevo tanto tiempo fuera del mercado y sin pensar en esas cosas, que me pilló desprevenida. Lo primero que supuse era que alguien intentaba gastarme una

broma de mal gusto. No tenía claro si la cosa iba en broma o en serio.

—No seas mal pensada. ¿Por qué iba a ser una broma? —explota Elena en un arrebató que la domina de un modo que no es capaz de controlar—. No hay motivo para que no sea verdad, eres una mujer muy atractiva e inteligente, estoy segura de que le gustas a mucha gente, no solo a esa persona.

Adela la mira pasmada, sorprendida por el atrevimiento de Elena, halagada por el cumplido y sin entender por qué se siente tan bien con lo que le ha dicho.

—A mí me hubiese encantado que alguien me enviase una nota así, quiero decir —se sofoca Elena—, que tiene que ser muy bonito que se te declaren de ese modo.

Adela se ríe y ella se pone roja como un tomate, alucinada por la cantidad de palabras que ha sido capaz de hilvanar sin trabarse en presencia de su jefa, y más hablando sobre un tema tan delicado como ese que le afecta de un modo tan directo.

—Sí que lo es —admite Adela poniéndose en pie, dando por zanjada la conversación.

Elena tiene sentimientos contradictorios en ese instante, por un lado, se siente desolada ante la idea de que el momento que está compartiendo con Adela haya acabado, pero por otro se siente victoriosa, porque ha conseguido su propósito, se ha acercado a ella y ha logrado mantener una conversación en la que incluso le ha confesado algo íntimo.

Las dos tiran los vasos a la basura y vuelven juntas hacia la oficina, caminando una al lado de la otra en silencio hasta que llega el momento de separarse.

—Hasta luego —dice Elena desviándose hacia su mesa.

—Nos vemos, Elena.

Adela ha vuelto a decir su nombre y ella no puede contener la sonrisa tonta, que le dura hasta que se sienta y mira a Samuel. Él le guiña un ojo con complicidad y ella mira hacia la puerta del despacho de la jefa con el corazón desbocado, porque cuando Adela entra en el despacho y se sienta en su silla todavía un poco desconcertada por la extraña conversación que ha tenido con Elena, se encuentra un sobre igual que el que había junto al regalo apoyado contra el monitor de su ordenador. Un sobre que Samuel ha dejado allí por orden de su amiga Elena.

El pulso se le dispara y la mano le tiembla cuando la estira para cogerlo. Adela extrae con sumo cuidado la nota doblada en dos partes del interior y la abre.

Alguien me ha pedido una muestra de mi letra, lo que me ha llevado a pensar que estás indagando, que te sientes intrigada por mi nota y que deseas descubrir mi identidad.

No sabes lo feliz que me hace saberlo, porque eso significa que tienes curiosidad, y como ya te dije en mi otra nota, si mostrabas interés, yo te compensaría con alguna pista por ello. Siempre cumplo mi palabra, así que aquí la tienes: soy una mujer.

Espero que te siga interesando descubrir más sobre mí.

Tu amiga invisible.

A Adela el corazón se le desboca y se da cuenta de que no ha dejado de sonreír mientras leía. Da la vuelta a la nota para asegurarse de que no hay nada más en el reverso y se la lee una vez más. Después saca la lista que lleva en su bolsillo y directamente elimina a todos los hombres sintiendo que se quita de encima un peso enorme. Ahora solo le quedan mujeres, pero tiene un sabor agri dulce porque, aunque el nombre de Elena Robledo sigue como una de las opciones, Adela no la cree posible porque cuando han dejado esa nota en su despacho, ellas dos estaban juntas.

Capítulo 14

Elena ha llegado al trabajo nerviosa. Lo ha hecho con más antelación que de costumbre porque esta vez quiere estar más atenta cuando llegue Adela, quiere ver si la mira más que al resto o si solo es algo que está en su imaginación.

—Lo que tienes que hacer es dejarte de bobadas y aprovechar que ahora tienes un poco de confianza con ella para invitarla a otro café —opina Samuel mientras enciende su ordenador—, o mejor todavía, invítala a comer fuera de aquí, a cenar, a dar un paseo por el centro, a lo que sea, Elena, pero aprovecha, porque pocas oportunidades como esta vas a tener.

—Bueno, no me agobies, Samuel —dice ella sin apartar la vista de la puerta de entrada.

—¿Que no te agobie? Espabila, Elena —insiste haciendo un chasquido con los dedos frente a ella.

Samuel se ha levantado y situado a su lado para que nadie más lo escuche.

—Está claro que Adela está dispuesta a volver al mercado, ¿sabes lo que eso significa?

—¿Qué ahora sí que tengo opciones? —pregunta ella intentando comprender a su amigo.

—No, boba, significa que las tienes tú y mucha gente. Adela es una mujer muy atractiva para su edad. ¿De verdad piensas que vas a ser la única interesada en cuanto se sepa que vuelve a estar disponible?

Elena abre la boca y se queda así, sin saber qué decir. En ningún momento se ha planteado ese otro inconveniente y maldice su mala suerte cuando la puerta se abre y Adela Vázquez entra.

—Buenos días —dice para todos.

—Buenos días, Adela —balbucea Elena, que ha perdido toda la seguridad que tenía hace un momento.

Todos han respondido al saludo de la jefa, pero de nuevo, y para dejar claro que Elena no sufre alucinaciones, Adela le ha dedicado una mirada rápida solo a ella antes de encerrarse en su despacho.

—¿Lo ves? —se emociona Elena, que por un momento olvida el terror que le ha hecho sentir su compañero con el comentario de hace unos segundos—, me ha mirado.

—Sí, lo he visto —confirma Samuel—, pero pronto mirará a otra como no espabiles.

—Qué sí, que lo he pillado —dice irritada.

Odia la presión, bastante le está costando todo como para que Samuel la esté chinchando constantemente, aunque sabe que su amigo tiene razón. No puede permitirse el lujo de llevar más de un año suspirando por Adela y dejar que venga otra y se la quite delante de sus narices solo porque ella tiene miedo a que le diga que no quiere saber nada de ella.

—Hoy la invitaré a comer —decide de repente y Samuel suelta una sonrisa incrédula que la ofende—. ¿No me crees?

—No es que no te crea yo, es que no te lo crees ni tú.

—Eres un capullo —escupe Elena cada vez más molesta.

—Un capullo que te quiere, voy a darle a Adela los textos manuscritos, a ver qué cara se le queda cuando vea que ninguno tiene nombre —se ríe Samuel con gesto macarra.

Eso arranca otra sonrisa a Elena, que pronto olvida su enfado y siente envidia de que él tenga una excusa para entrar a verla.

—¿Puedo pasar?

La pregunta de Samuel llega justo después de que haya llamado un par de veces a su puerta y asomado la cabeza.

—Sí, claro —responde Adela y le señala la silla donde él suele sentarse siempre.

—Te traigo todos los textos manuscritos como me pediste —dice dejando el fajo dentro de una funda plastificada.

Adela, que en ese momento ni se acordaba porque todavía tiene la cabeza en la nota que encontró ayer sobre su mesa, agarra la funda titubeante y extrae todas las hojas.

—Espero que sirva para valorar la viabilidad de esa aplicación —dice Samuel, interpretando su papel de tonto que no sabe de qué va la cosa.

Adela hojea los folios por encima con cierto desespero, todavía no se ha dado cuenta de que en ninguno figura el nombre de la persona que lo ha escrito. Ella solo busca esa letra cuyos trazos ya tiene más que memorizados en su cabeza y que sería capaz de reconocer en cualquier sitio, pero no la encuentra en ninguna hoja, y no lo hace porque la de Elena no se encuentra ahí. Samuel le pidió a su hermana que escribiese las cinco líneas por su amiga para conseguirle más tiempo, aunque no era necesario porque sin el nombre, tampoco le iba a servir de mucho a Adela, pero Elena se puso muy nerviosa con el asunto y Samuel no quiso discutirle.

—¿Todo bien? —pregunta Samuel.

Su jefa, alterada porque no encuentra lo que busca, deja las hojas sobre la mesa y las expande para tener una visión más amplia.

—¿Y los nombres? —pregunta reparando en el hecho de repente.

—¿Los nombres? —repite Samuel haciéndose el tonto de nuevo.

—Sí, claro. ¿Cómo vamos a saber si la aplicación acierta en el perfil si no sabemos a quién corresponde cada texto cuando lo haya escaneado? —se inventa Adela.

—Ostras, pensaba que con los textos era suficiente. Si me los devuelves, puedo ir uno por uno pidiendo que identifiquen el suyo.

Adela suspira hastiada y niega con la cabeza ante la mirada atónita de Samuel, que se queda a la espera. La jefa ya ha hecho perder demasiado tiempo a uno de sus empleados para un asunto personal y no piensa seguir haciéndolo, además, ya ha comprobado que ninguno de esos textos se parece a la letra de la carta, por lo que tampoco servirá de nada. Está claro que quién ha escrito las notas, está pendiente de ella y se cubre las espaldas, de algún modo, ha evitado escribir ese texto o ha variado su letra a propósito. Adela Vázquez sonríe y vuelve la mirada hacia Samuel mientras cuadra todas las hojas hasta dejarlas perfectamente alineadas dentro de la funda.

—No es necesario, Samuel. Me parece que lo de esta aplicación solo me da dolores de cabeza. De momento lo dejaré en un cajón.

Él asiente y se aguanta la risa mientras se levanta.

—Gracias de todos modos.

—A mandar.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunta Elena en cuanto vuelve hacia la mesa, intrigada por saber la nueva jugada de Adela.

—Nada, lo ha descartado.

—¿En serio? —pregunta desencantada.

—Sí, y no pongas esa cara, lo ha hecho después de comprobar todos los textos. Me parece que se ha dado cuenta de que ninguna letra era la misma que la de la carta y ha abortado esa vía de investigación. Es lista, no va a perder el tiempo en algo inútil —dice encogiéndose de hombros.

Elena asiente y mira la hora contando los minutos para que acabe su jornada. Sigue decidida con su plan, hoy invitará a Adela a comer pase lo que pase.

Capítulo 15

—Suerte —le dice Samuel a Elena antes de marcharse.

Elena está segura de que va a necesitarla. Observa, con los nervios comiéndole las entrañas cada vez con más fuerza, como poco a poco, todos sus compañeros van abandonando la oficina. Sabe que Adela siempre sale la última, por lo que si quiere que su plan funcione, ella también tiene que salir más tarde. Por suerte, a última hora su jefa suele tener la puerta del despacho abierta porque le gusta ir despidiendo uno por uno a todo el que pasa por delante. Eso beneficia a Elena, que tiene un ojo puesto en la pantalla aprovechando para adelantar trabajo, y otro puesto en ella.

Lo tiene todo listo y recogido para que solo le quede apagar el ordenador y coger su abrigo y el bolso cuando vea que Adela comienza a recoger. El corazón le late muy fuerte, está segura de que de todas las veces que se ha puesto nerviosa en su vida, sin duda alguna, esta es la peor.

Adela hace las últimas comprobaciones en su ordenador y apunta algunas cosas en el calendario que le han quedado pendientes. Ya se ha dado cuenta de que Elena sigue allí, lo que la sorprende porque, aunque siempre llega muy temprano, es de las que suele marcharse puntual. No puede evitar mirarla de vez en cuando, le gusta su gesto concentrado y también esa arruga que se forma entre sus cejas cuando está en ese estado. Se plantea preguntarle si necesita algo o si se le ha complicado algo del trabajo y por eso sigue allí, pero después piensa que no todo el mundo es aburrido como ella. Seguro que Elena, a pesar de su extrema timidez y ese carácter un tanto apocado, tiene una vida alegre fuera del trabajo y probablemente solo hace tiempo porque ha quedado con alguien para comer.

A Elena le estalla un cosquilleo enfermizo en el centro del pecho cuando ve que Adela se pone en pie y comienza a recoger sus cosas. Se permite mirarla unos instantes, hipnotizada por esa belleza elegante que siempre le ha parecido que tiene. Apaga su ordenador y calcula los movimientos de su jefa para levantarse y coger el abrigo justo cuando ella sale por la puerta del despacho.

—¿Ya te vas? —pregunta Adela apagando la luz.

—Sí, estaba respondiendo un correo —se excusa Elena.

Adela la espera junto a la puerta de salida de la sala para apagar las luces como acostumbra a hacer siempre. Elena llega a su lado y se siente embriagada por el dulce aroma afrutado de su perfume, que le entra por la nariz cuando pasa por su lado. Las dos caminan juntas hasta el ascensor y bajan en silencio hasta la planta baja.

Elena tiene la boca abierta todo el rato, intenta encontrar las palabras que necesita mientras observa angustiada como llegan a la puerta de la calle y Adela la abre cediéndole el paso. El tiempo se le acaba y, se siente tan fracasada, que se gira de golpe, lo hace con tanta brusquedad, que Adela tiene que quedarse parada bajo el marco de la puerta porque Elena le impide salir.

—¿Te apetece que comamos juntas? —pregunta Elena con las mejillas al rojo vivo a pesar de que hace un aire helador que a Adela se le ha colado por la nuca.

Tanto la propuesta como el gesto la han cogido tan desprevenida, que Adela suena

extremadamente brusca y cortante cuando contesta.

—Ya he quedado.

No le está mintiendo, no es una excusa para esquivar su oferta. Ha quedado con Carmen para comer como muchos otros días, pero la oferta de Elena la ha puesto tan nerviosa, que no es capaz de darle ninguna explicación ni de quitar la cara de sorpresa o la expresión ceñuda de su rostro.

Elena, derrotada y hundida, le sonríe con cordialidad y se hace a un lado para dejar de bloquearle el paso.

—Tal vez otro día —dice compungida, en un tono tan bajo, que a Adela le cuesta unos segundos entender lo que le ha dicho.

No tiene tiempo de contestarle que sí, que otro día estará encantada de comer con ella, porque Elena, después de haber dado un paso tan enorme para una mujer tan insegura como es ella y haber recibido la peor de las respuestas, se ha dado la vuelta y ha comenzado a caminar con pasos torpes y lentos hacia su coche para que Adela no vea que le está temblando el labio inferior. La tristeza la arrasa por dentro y se siente mal consigo misma, no quiere ser así, no quiere que un rechazo le afecte de ese modo tan profundo que la hace sentirse débil como una niña asustada, pero Elena Robledo no puede evitarlo, ella es así y sus emociones van por libre.

Adela está paralizada bajo el quicio de la puerta, no se ha movido, sus ojos siguen clavados en Elena. La ve alejarse mientras un sentimiento extraño la va invadiendo poco a poco. Se siente mal por las formas, pero sobre todo por el gesto derrotado que percibe en Elena. Su cabeza le dice que salga corriendo tras ella y la detenga para pedirle que la acompañe a comer con Carmen, pero sus pies están anclados en el suelo y no responden hasta que tres compañeros de otro departamento, le piden que se aparte para poder salir.

—Perdón —dice ella saliendo a la calle y colocándose en un lado.

Ellos le sonríen y se marchan caminando en dirección contraria a dónde lo ha hecho Elena. Cuando Adela se gira para mirarla, ya ha doblado la esquina y desaparecido de su vista, y ahora es ella la que comienza a caminar aturdida hacia el restaurante donde ya la espera su amiga Carmen para que la invite a comer, como pago por el favor que le hizo al darle aquellos datos.

—Llegas tarde —bufa Carmen cuando se sienta frente a ella.

Adela la mira y asiente.

—Lo sé. Me ha pasado algo extraño —dice todavía descolocada.

—¿Algo extraño? ¿El qué? —se preocupa Carmen al ver la cara desencajada de su amiga.

—Al salir he coincidido con Elena Robledo y cuando hemos llegado a la calle, me ha preguntado si quería comer con ella.

—¿Y le has dicho que no? —se escandaliza Carmen.

—No me lo esperaba. Elena es tan...

A Adela no le salen las palabras para definir ese carácter tan tímido y al mismo tiempo dulce que tiene Elena.

—¿Tan qué, Adela?

—Yo qué sé, vergonzosa, tímida, discreta, apocada, parada... —de repente le sale una retahíla de palabras que solo detiene Carmen alzando una mano.

—Pues si es todo eso, tiene mucho mérito que se haya armado de valor para invitarte. Serás tonta —bufa Carmen.

—Ya lo sé. He estado a punto de detenerla cuando se ha marchado para que se viniera a comer con nosotras, pero me he quedado quieta como una estatua, incapaz de reaccionar. Si la hubieras visto, Carmen, me he sentido muy mal, además, he sido muy brusca al contestarle. Me parece que todavía no estoy lista para esto.

—Me parece, me parece —la imita Carmen con una burla y los ojos en blanco—. Déjate de tonterías, Adela. Lo que tenías que haber hecho no era invitarla a comer con nosotras, joder, lo que tenías que hacer era darme plantón a mí para irte con ella. Si es que vamos, tanto tiempo fuera del mercado te ha dejado lenta de reflejos.

—Te lo he dicho, no estoy preparada —insiste ella, que no puede dejar de pensar en Elena y en ese modo triste y compungido en el que la ha visto marcharse.

—No busques excusas, Adela. Te ha cogido desprevenida y has reaccionado mal y tarde, tampoco pasa nada. Mañana cuando la veas en la oficina, la invitas a un café y le pides disculpas. Las cosas se arreglan hablando.

—Supongo que sí. Quizá podría invitarla yo a comer otro día.

—¿Quizá? No me enerves, Adela, invitarla tú es lo mínimo que puedes hacer después de lo maleducada que has sido hoy.

Adela pone los ojos en blanco. Sabe que Carmen la quiere hacer sentir todo lo mal que pueda para asegurarse de que invita a Elena, lo que no le dice es que en realidad le hubiera gustado mucho comer con ella.

—Por cierto —dice para cambiar de tema—, ayer me encontré esto cuando volví de tu despacho.

Adela saca la segunda nota de su bolso y se la entrega a su amiga, que la lee con atención y sonríe divertida.

—Desde luego, te pasan unas cosas, Adela. Te veo comiendo con Elena y cenando con esta, sea quien sea —dice devolviéndosela.

A Adela la idea no le hace la misma gracia que a Carmen, sigue muerta de intriga por saber quién se esconde detrás de la misiva, pero a ella solo le apetece comer con Elena.

Capítulo 16

Elena no ha podido comer cuando ha llegado a su casa, tenía el estómago cerrado por el disgusto y el corazón encogido en un puño que palpita acelerado, provocándole una ansiedad de la que no puede deshacerse.

Se ha dado una ducha y ha llorado, en su casa se ha sentido a salvo para hacerlo, allí nadie podía verla ni pensar en lo penoso que es que una mujer de su edad, sea tan insegura y deje que le afecten tanto las cosas, que solo siente una tristeza profunda.

Ya no tiene ganas de hacer nada, su ilusión y sus esperanzas de llegar a algo con Adela se han esfumado de un plumazo. Ya no tiene sentido seguir con las cartas, Adela Vázquez no tiene ningún interés en ella, incluso ha tenido la sensación de que se ha ofendido cuando se lo ha preguntado. No entiende cómo ha podido ser tan estúpida de creer que tenía posibilidades.

Después de la ducha, se ha dedicado a limpiar su apartamento a conciencia, necesitaba hacer algo que le impidiese pensar en lo que ha pasado y que le quitase esa angustia que tiene en el centro del pecho y que le provoca una ansiedad muy incómoda. A ver con qué cara mira mañana a Adela cuando llegue.

Primero se ha puesto un audiolibro mientras limpiaba, pero al darse cuenta de que era incapaz de centrarse en la historia, lo ha cambiado por la radio. Ha buscado una emisora cañera y ha dejado que ese ruido estrepitoso le taladre los tímpanos durante dos horas.

Cansada y todavía triste, se ha dado otra ducha y después ha llamado a Samuel tal y como habían quedado. Le ha contado que la cosa no ha salido bien, pero no ha querido entrar en detalles porque está tan triste que la voz se le quiebra todo el rato.

—Voy a tu casa y comemos guarrerías mientras vemos una peli —dice Samuel preocupado, sintiéndose culpable por haberla animado a dar el paso.

Sabe de sobra cómo es su amiga y lo sentida que es, a ella todo le afecta de un modo diferente, sobre todo lo sentimental, porque es algo que le cuesta mucho.

—No, tengo la nevera casi vacía y voy a salir a comprar —contesta Elena.

—Pues te paso a buscar y te acompaño.

—No, Samuel, de verdad, prefiero ir sola. Ya nos veremos mañana.

Elena cuelga la llamada sin dejar que su amigo insista porque sabe que si sigue así, acabará llorando. Se pone el abrigo mientras se maldice por ser tan sensible y traga saliva con esfuerzo para tratar de deshacer esa bola de angustia que le atenaza la garganta.

Cuando llega al supermercado está abarrotado de coches. No solo porque se acercan las fechas señaladas de Navidades, sino porque se anuncian nevadas y la gente se está preparando para no tener que salir de casa si no es estrictamente necesario. Elena piensa en salir del aparcamiento y volver a casa porque no le apetece verse envuelta entre tantas personas, pero finalmente, se decide y aparca.

Elena recorre los pasillos obedeciendo el orden de la lista donde ha apuntado —como siempre— todo lo que necesita comprar. Se concentra solo en eso, en localizar todo lo que necesita cuanto antes para marcharse a su casa, cuando distraída mientras mira la lista al

mismo tiempo que empuja el carro, impacta contra otro que cruza por delante de ella cuando llega al final del pasillo. Lo primero que salta de su carro para que todo resulte más violento, es uno de los dos paquetes de compresas que acaba de coger.

Elena vive el momento a cámara lenta y alterna la mirada entre ese paquete que vuela directo hacia el suelo y la persona con la que acaba de chocar y que la mira pasmada: Adela Vázquez.

—¿Estás bien? —le pregunta Adela al ver su cara de consternación.

Ella también está nerviosa, tanto por el impacto inesperado como por haberse encontrado con Elena de manera imprevista.

—Sí —balucea seca Elena, que siente que la bola de ansiedad se hace más grande y que las ganas de llorar vuelven de manera inoportuna.

Mira el paquete de compresas en el suelo y la vergüenza, que ella sabe que es absurda pero que no puede evitar, provoca que su incomodidad se doble y los ojos se le encharquen. Se queda bloqueada sin saber cómo actuar, no sabe si cogerlo o dejarlo ahí como si no fuera suyo.

Es Adela la que se agacha y lo recoge del suelo. Ya se ha dado cuenta del pudor que le produce a Elena la situación y, en lugar de preguntarle y hacer que su tensión y malestar aumenten, simplemente se lo coloca dentro del carro.

—Gracias —dice Elena sin mirarla y se aferra a la barra del carro con tanta fuerza, que los nudillos se le ponen blancos.

No se atreve a mirar a Adela a la cara después de lo que ha pasado al mediodía, tiene ese rechazo clavado en el corazón, sus palabras secas y cortantes repitiéndose en su cerebro como un mantra y el dolor de saber que la tiene tan cerca y no puede tocarla.

—¿Has acabado de comprar? —le pregunta Adela, que no sabe qué hacer para sacar a Elena de ese estado autodestructivo en el que se encuentra.

Elena afloja el agarre de la mano en la que llevaba la lista de la compra y se da cuenta de que la ha perdido.

—Sí —dice mientras mira por el suelo sin encontrarla.

Por mucho que lo intente, no va a poder recordar lo que le faltaba, y menos teniendo a Adela delante, que le anula todos los sentidos.

—¿Te apetece cenar conmigo?

Elena no está segura de haber escuchado bien, y alza la mirada lentamente hasta encontrarse con los ojos oscuros de Adela mirándola sin pestañear.

—¿Contigo? —pregunta turbada.

—Sí, cenar conmigo.

A Elena le entra un escalofrío y se le cierra la garganta. Quiere decirle que sí, que con ella le apetece cualquier cosa, hasta dormir debajo de un puente, pero se ha quedado bloqueada porque su ansiedad sigue ahí, dominándola por completo sin que ella sepa cómo detenerla.

—Elena...

Adela le acaba de coger el mentón y le ha hablado con tanta dulzura, que solo ha podido sorberse los mocos y desviar la mirada hacia otra parte para evitar el llanto cuando le ha alzado el rostro.

—Tú solo afirma o niega con la cabeza —le pide Adela con el mismo tono dócil y cariñoso—. ¿Te apetece que cenemos juntas?

Elena asiente con un leve movimiento y Adela empuja su carro y agarra también el de

Elena para que empiece a moverse.

—Venga, vamos a pagar.

Las dos se colocan en la misma caja haciendo cola, Elena delante y Adela detrás. No se dicen nada, Adela quiere darle espacio para que se tranquilice, y de paso tranquilizarse ella porque, aunque ella la vergüenza la perdió hace mucho tiempo y pocas situaciones le sacan los colores, está muy nerviosa. La tiene alterada la situación en sí misma, todo es improvisado y ni siquiera sabe si se sentirá cómoda llevando a Elena a esa casa donde solo ha compartido su vida con Berta o si lo mejor es ir a un restaurante. Tampoco sabe cómo actuar con ella, está demasiado encerrada en sí misma y no tiene claro que sea capaz de lograr sacarla de ese estado. Si no lo consigue, la cena puede convertirse en algo muy incómodo y, en lugar de mejorar la situación con ella, la empeorará.

—¿Estás bien para conducir? —le pregunta Adela en el aparcamiento.

—Sí, solo un poco nerviosa —confiesa Elena algo más serena.

—¿Un poco?

Adela arquea una ceja y sonríe, lo que alivia a Elena y hace que se relaje un poco.

—Bastante —admite con el corazón desbocado—, pero puedo conducir.

—Está bien. Pues paso por delante de ti y me sigues, ¿de acuerdo?

Capítulo 17

La casa de Adela es tal y como Elena se la había imaginado, cálida y muy acogedora.

—Puedes dejar tus cosas ahí —dice señalando un perchero mientras ella va hacia la cocina y deja las bolsas.

No ha comprado gran cosa, ella tampoco había terminado cuando se ha tropezado con Elena, pero lo urgente lo tiene, y la cena precocinada que iba a hacerse esta noche, también. Suerte que siempre compra para congelar.

—¿Te ayudo? —se ofrece Elena apareciendo en la cocina.

—No, tranquila. Guardo estas cuatro cosas y enseguida estoy contigo. ¿Quieres algo de beber? —pregunta sin dejar de moverse con soltura.

—Un vaso de agua si no te importa.

Adela la mira un instante, al menos ahora tiene un tono normal en el rostro y no parece tan compungida como antes, aunque sigue muy cohibida.

—Claro —dice y saca un vaso—. Ahí tienes la jarra, sítete toda la que quieras. ¿Te gusta la lasaña? Es lo que iba a cenar.

Adela le muestra dos de las bandejas que ha comprado y Elena asiente.

—Yo también suelo comprarla, está muy buena.

—Siento que sea un plato congelado —se disculpa Adela mientras abre los envases y los mete en el horno—, con más tiempo, hubiera hecho algo yo misma.

—Tranquila, la lasaña está bien.

—¿Te parece si la combinamos con esto?

Ahora le muestra una bolsa de ensalada que también ha comprado.

—Solo si me dejas añadirle algunas cosas —dice Elena sorprendiendo a Adela, que sonríe y le ofrece el paquete.

—Tú misma, ¿qué necesitas?

Adela abre la nevera y le enseña el cajón de las verduras. Elena coge una cebolla y un par de tomates maduros, después coge una tarrina de queso fresco y le pide una lata de olivas.

—¿Negras o verdes? —pregunta Adela, mirando cómo Elena se desenvuelve en su cocina con una soltura que no parece propia de ella.

—Negras.

A partir de ese momento se limita a darle todos los utensilios que le pide hasta que unos minutos después, esa bolsa triste e insípida del principio, se ha convertido en algo que Adela está deseando probar.

Elena deja el bol en la mesa y Adela saca una botella de vino de la nevera y un par de copas mientras esperan a que la lasaña termine de gratinarse. Sirve un poco en cada copa e invita a Elena —que parece más relajada después de haber contribuido con la ensalada— a que se siente frente a ella.

—Qué bueno —dice apretando los labios como si le diera vergüenza hablar.

Adela la mira pasmada, nunca hasta hoy, había percibido esa fragilidad de Elena, ni tampoco sentido esa necesidad creciente de protegerla que tiene desde que la ha visto en el

supermercado.

—Oye, Elena —dice al mismo tiempo que mira el horno de reojo, comprobando que todavía quedan tres minutos—. Te quería pedir disculpas por lo de hoy.

Elena nota la tensión en cada músculo del cuerpo. Prefiere no hablar del tema, no volver a sentir esa especie de humillación que se ha apoderado de ella ni la tristeza desoladora que la ha invadido toda la tarde.

—Da igual, tenías planes —trata de zanzar.

—No da igual. Te he hablado mal, he sido maleducada y muy descortés, y yo no soy así, aunque a veces lo parezca.

Ahora Elena la mira de otro modo que va desde la curiosidad, hasta la alegría que siente porque se esté disculpando con ella a pesar de no tener que hacerlo.

—No te he mentado cuando te he dicho que había quedado. Quiero decir, que no quiero que pienses que era una excusa para deshacerme de ti.

—No tienes que decir...

—Déjame acabar, por favor, para mí esto tampoco es fácil. Tú ya sabes lo que le pasó a mi mujer, y yo desde entonces no he salido con nadie. Que no quiero decir que me estuvieras proponiendo una cita —se afana en aclarar Adela, que es la que se está sofocando ahora—, pero no me esperaba la invitación y no he reaccionado nada bien. Así que lo siento y espero de verdad que puedas perdonarme.

—Estás perdonada —sonríe Elena, aunque hay un deje de tristeza en su mirada cuando se lo dice.

—¿Pero?

—¿Me has invitado a cenar porque te sientes culpable?

Adela se relaja de golpe en lugar de ponerse tensa. Elena le parece la mujer más encantadora que ha conocido, ni siquiera Berta era tan sensible ni la miraba con esa ternura. Aunque tampoco era tan tímida y cuando Adela piensa en ella, decide que no puede compararlas porque no tienen nada que ver una con la otra. De Berta le atrajeron unas cosas hasta que se acabó enamorando, de Elena le están atrayendo otras, y ella sabe bien que ningún enamoramiento es igual.

—No. Sí que me siento culpable, me he estado sintiendo culpable toda la maldita tarde, pero no te invito a cenar por eso, Elena, lo hubiera hecho de todos modos. Y si hubiera estado más avispada al mediodía, habría cancelado mi compromiso y me habría ido a comer contigo.

—¿En serio? —pregunta Elena alzando las cejas.

—Completamente. Me apetecía, y también me apetece ahora.

La campanilla del horno timbra en ese instante y Adela se levanta mientras Elena la mira tratando de contener todo ese burbujeo que amenaza con hacerle estallar el pecho. Quiere levantarse y abrazarla por detrás, apartarle un poco el pelo y darle un beso en la nuca mientras Adela termina de servir la lasaña en los platos. Pero Elena está tiesa como una estaca, como siempre, sin atreverse a decir lo que siente ni hacer lo que desea por miedo a que Adela no quiera lo mismo y la rechace. Además, están en la casa que compartió con su mujer, sus recuerdos están ahí y Adela le ha confesado que no ha estado con nadie desde que ella falleció, ¿y si mete la pata?

—¿A quién estabas dispuesta a dejar tirada por mí? —pregunta Elena cuando Adela pone los platos en la mesa y se sienta frente a ella.

—A Carmen Sánchez, la de Recursos Humanos.

—Podría despedirte —bromea Elena con una sonrisilla que a Adela le parece encantadora.

—Le diría que ha sido tu culpa y caerías conmigo —amenaza su jefa señalándola con el tenedor.

Elena vuelve a reírse y poco a poco logra relajarse. En ese momento piensa en la nota y se plantea preguntarle a Adela al respecto, pero decide no hacerlo por si ella misma, con su torpeza, acaba metiendo la pata y descubriéndose ante ella.

Cuando terminan, Elena la ayuda a recoger los platos y las dos van hacia el salón.

—Gracias por la cena, y por arreglarme el día —dice Elena comprobando la hora en su reloj.

No quiere irse, está muy cómoda con Adela y si por ella fuera pararía el tiempo y se quedaría en ese momento para siempre, pero no quiere tensar la situación. Además, es tarde y las dos trabajan mañana.

—¿Ya te vas? —pregunta Adela, algo tensa detenida frente a ella.

El corazón le palpita frenético y hay una fuerza dentro de ella que la empuja contra Elena. Se da cuenta de que también tiene ganas de besarla, y ese descubrimiento la asusta, porque serían los primeros labios que prueba después de los de Berta. Las dos se miran y se crea un silencio tenso que dificulta la respiración de ambas.

—Es lo mejor, mañana madrugamos —logra decir Elena, que nota los labios a punto de estallarle de las ganas que tiene de estrellarlos contra los de Adela.

Su jefa asiente, turbada y tan desconcertada que no puede moverse ni replicar. Ella es algo más bruta y ya no piensa solo en un beso, sabe que si eso pasa, sus manos ansiosas por explorar el cuerpo de Elena no se detendrán, y Elena es Elena, la mujer tímida y vergonzosa que se piensa las cosas mil veces antes de hacerlas. Adela comprende que no puede ser ella la primera en dar un paso, ha de ser Elena, ella es la que debe marcar el ritmo, o al menos abrirle la puerta para que entre y lo arrase todo.

—Nos vemos mañana entonces —dice Adela tras aclararse la voz.

Elena asiente y las dos van hasta la puerta. Adela se la abre con cortesía y cuando Elena está a punto de cruzarla, se detiene y le da dos besos en las mejillas que hacen arder la piel de ambas.

Capítulo 18

Cuando Elena baja de su coche está cayendo aguanieve. El termostato del vehículo le marcaba un grado, pero ella tiene la sensación de que están al menos a cinco bajo cero. Cierra con rapidez y corre hacia las oficinas, al ser un polígono industrial, tienen un inmenso aparcamiento delante del edificio, pero eso no impide que su plaza sea una de las más alejadas y le toque correr para no congelarse. Lo hace con cuidado de no resbalarse, protegida bajo su paraguas azul turquesa —regalo de su madre que no puede rechazar a pesar de que no le gusta— hasta que por fin llega a la entrada y se protege bajo el techo del porche para cerrarlo.

Mira el reloj y resopla comprobando que llega muy justa, cuando hay lluvia el tráfico se vuelve imposible y ha tardado más de la cuenta en llegar. Quería entrar a la hora de siempre y volver a fijarse en la llegada de Adela, segura de que hoy, además de mirarla, también le sonreiría. El hormigueo por su estómago se extiende solo de pensarlo. Suspira entristecida por perderse semejante acontecimiento y cuando llega al ascensor, se da cuenta de que alguien lo está usando y, como no quiere esperar, decide subir por la escalera a toda prisa por si al menos está a tiempo de verla antes de que se encierre en su despacho.

Elena llega al pasillo de su planta y ve la puerta del ascensor abierta, quienquiera que fuese, ya ha salido y, abatida, se da la vuelta dispuesta a entrar antes en los baños para limpiarse el agua de los botines cuando al abrir la puerta, se da de bruces contra la persona que sale: Adela Vázquez. Elena ha trastabillado y, en un acto reflejo para mantener el equilibrio, ha apoyado la mano en el centro del pecho de Adela —justo donde empieza su canalillo— notando con la parte baja de la mano esa carne más blanda que le hace subir los colores hasta que le arden las orejas y la boca se le seca al mismo tiempo que se estremece de excitación.

Adela, a su vez, se ha agarrado al marco de la puerta para sujetarse con una mano, mientras que con la otra, ha cogido a Elena por el otro brazo para que no se caiga.

—Lo siento —dice sofocada Elena, quitando la mano de su pecho como si le hubiera dado la corriente.

Su jefa no puede evitar sonreír por lo cómico de la escena y porque Elena le parece encantadora cuando se pone así de nerviosa.

—Tranquila, mientras me arroyes con un carro de la compra o con tu cuerpo, no pasa nada, me preocupa más que lo hagas con el coche —bromea Adela para destensar a Elena, pero ella abre mucho los ojos y la mira espantada, pensando que la escena podría darse y eso la mataría del disgusto.

Adela vuelve a reírse y se hace a un lado para permitirle pasar y que todos los que están por el pasillo dejen de mirarla.

—Soy muy torpe, y un desastre —reconoce Elena con gesto derrotado situada frente al espejo.

Cuando alza la mirada para verse, el corazón se le desboca al ver que Adela está justo detrás de ella, situada a su lado izquierdo mientras la observa serena a través del espejo.

—A mí me pareces espontánea —dice su jefa antes de humedecerse los labios.

Ahora es a Adela a la que le gustaría acercarse por detrás y abrazar a Elena para transmitirle un poco de seguridad, esa que a ella le sobra y a su subordinada le falta. Le daría un beso suave en la mejilla y le cogería las manos alrededor de la cintura antes de bajar y darle otro en el cuello. Pensando en eso, se queda absorta y medio ida, con la boca abierta mientras la mirada de las dos se conecta a través del espejo. Elena apenas puede contener la respiración acelerada, la mirada de Adela le está quemando la piel y está intentando reunir el valor suficiente para darse la vuelta, estirar la mano para alcanzarla y atraerla hacia ella para que sus cuerpos impacten. Pensarlo le provoca una descarga de excitación que la hace girarse de golpe, pero cuando está a punto de alzar la mano para tomar aquello que tanto ansía, la puerta del baño se abre y Esther Canillo, su compañera de sección y también rival —porque sabe que suspira por Adela— entra y rompe el hechizo haciendo que Elena se quede frustrada y con las ganas.

Adela siente una irritación profunda al verla, pero ella es inexpresiva y se limita a seguir mirándose en el espejo, retocando su pelo con elegancia antes de esquivar a Esther y salir del baño.

Elena se queda quieta tratando de recuperar la compostura mientras observa atónita el poco disimulo con el que Esther mira el trasero de la jefa cuando sale por la puerta.

—Qué mujer, por Dios —dice Esther girándose hacia el espejo.

Elena se da cuenta de que ni siquiera habla con ella, lo ha dicho como un comentario para sí misma porque no necesita que nadie le confirme lo que piensa. Se pone nerviosa y recuerda la conversación con Samuel donde le dijo que debía espabilar. Tiene mucha razón, sabe que Esther no tiene pelos en la lengua y que en cuanto tenga una oportunidad, se lanzará a por Adela como una leona. Elena debe adelantarse, ha de pensar algo rápido para que esa atención cada vez más latente que Adela tiene con ella, no se disipe.

Adela ha logrado centrarse por completo en el trabajo, sin pensar en Elena ni en la carta. Tiene mucho lío y no ha parado entre contestar correos, hacer una reunión por videoconferencia y preparar una presentación.

El estómago le ruge de hambre mientras analiza unos datos en la segunda pantalla del ordenador cuando le salta una notificación en el calendario. Resopla sobresaltada al ver que se trata de una reunión y la abre corriendo porque no la tenía programada y no le gusta que la avisen con tan poca antelación.

Frunce el ceño cuando ve que se trata de una comida con un posible cliente, sabe que no puede negarse porque muchos tratos interesantes para la empresa los ha cerrado así, con una simple comida, aunque a ella lo que le apetecía era irse a su casa, comer algo rápido y tumbarse para después seguir adelantando un poco de trabajo desde el portátil. Se acaba la semana, vienen las vacaciones y se da cuenta de que tiene todavía muchas cosas pendientes.

—Adela Vázquez —dice al camarero cuando una hora más tarde, llega al restaurante donde está citada con el empresario Aurelio Ortega.

—Claro, sígame —dice el joven sonriente, haciéndole un gesto para que camine tras él.

Adela nunca ha estado en ese restaurante, pero mientras camina, toma nota mental de que si la comida es buena, tiene que ir allí con Carmen. Paredes rústicas, mesas de madera con manteles blancos y un bonito y pequeño jarrón en el centro con piedras alrededor de una vela. Lámparas tipo antorcha en las paredes y una enorme chimenea de leña en el centro del comedor.

—Esta es su mesa.

El joven le señala una mesa pequeña al lado de la chimenea, solo tiene platos para un comensal y ella se queda descolocada cuando el camarero coge la botella de vino que permanece ya en la mesa con una funda para mantenerlo frío y le sirve una copa mientras ella se quita el abrigo mirando a un lado y a otro sin entender nada. Quizá ese tal Aurelio ha llamado diciendo que llega más tarde y mientras tanto, la dejan ahí para aprovechar su mesa con otros clientes.

—¿Quiere degustarlo? —le pregunta entregándole la copa cuando se sienta.

Adela da un sorbo y se queda maravillada con el sabor, así que asiente y el camarero sonríe complacido.

—Aquí tiene la carta.

—Disculpe —dice ella cada vez más confundida—, pero creo que hay un error, yo esperaba comer aquí con otra persona.

—No hay ningún error, señora Vázquez —dice el joven dejándola helada—. La reserva es solo para usted, aunque me han pedido que le entregue esto.

Ante la mirada curiosa y sorprendida de Adela, el camarero se lleva la mano al bolsillo de su camisa blanca impoluta y extrae con cuidado un pequeño sobre de color blanco que la deja con la boca abierta.

—Cuando sepa lo que quiere me hace un gesto, estaré ahí mismo —dice y se marcha sonriente hacia la puerta de la cocina.

Adela, todavía impactada y con el corazón desbocado, abre el sobre y extrae otra nota doblada en dos partes como las anteriores.

Siento haberte tenido que engañar para traerte aquí, pero no todo consiste en trabajar, también hay que relajarse y desconectar un poco.

Espero que disfrutes de la comida, yo solo estuve una vez, pero me quedé maravillada y pensé que si alguna vez tenía a alguien especial, me gustaría llevarla ahí.

Si quieres hacerme feliz, cuando salgas de ahí no te vayas directamente a casa. Ve a dar un paseo por El Retiro, está cerca y te ayudará a bajar la comida.

Yo te estaré observando y será como si paseásemos juntas. Tu amiga invisible.

Adela parpadea incrédula y sonríe. Al principio le parece una locura y no sabe si debe estar contenta o enfadada por la encerrona, sin embargo, cuando comienzan a llegar los platos con distintas tapas variadas que degusta con deleite, agradece que su amiga invisible la haya llevado allí. La comida no puede estar más buena y el vino que la acompaña es exquisito.

—¿Me trae la cuenta? —dice al terminar.

—Está pagada, no se preocupe —responde el joven con aire servicial y la ayuda a ponerse el abrigo.

Adela se despide y una vez en la puerta, mira al cielo. La llovizna de aguanieve sigue, y la verdad es que con ese frío no le apetece nada ponerse a caminar por el parque del Retiro. Pero piensa que es lo mínimo que puede hacer después del detalle de la comida, además, la idea de sentir que esa persona la observa la hace sentir una sensación extraña, que se mezcla entre el peligro y el morbo.

—Madre mía —dice para ella pensando que se está volviendo loca.

Abre el paraguas y empieza a caminar en dirección al parque, que está a un par de minutos de allí. Una vez dentro, decide que le dará la vuelta completa mientras intenta ver una cara conocida entre la poca gente que, como ella, ha tenido el valor de estar allí.

Elena está situada varios metros por detrás de Adela, ha esperado protegida bajo una marquesina hasta verla entrar en el parque y, después de dejar una distancia prudencial, también ha entrado ella. Esta era una de las cosas que tenía planeadas, solo estaba esperando un día más soleado para hacerlo y que todo resultase más agradable para Adela, pero la irrupción de Esther en el baño la ha empujado a adelantar sus planes, necesita que su jefa siga centrando su atención en ella o en la persona de la carta, pero nunca en Esther Canillo.

Mientras esperaba a que saliera del restaurante comiéndose un bocadillo que ha comprado en un bar cercano, se ha arrepentido en varias ocasiones de haberse precipitado de ese modo. ¿Quién en su sano juicio va a querer pasear por el parque con el día tan espantoso que hace? Pero Adela está ahí, caminando con ritmo militar mientras mira a un lado y a otro cada vez que se cruza con alguien. Elena sabe que la busca, que busca a esa persona que se esconde detrás de la carta y, aunque está contenta, no puede evitar sentir un miedo terrible ante la idea de que cuando descubra que se trata de ella, se lleve una decepción.

Adela está nerviosa, no consigue disfrutar del paseo y no es por el frío, porque paso tras paso, su cuerpo ha entrado en calor y su paraguas morado y extragrande —obsesión de Berta a la que ella se acostumbró rápido— la protege de esa llovizna incómoda. Está intranquila porque va mirando en todas direcciones esperando encontrarse con esa persona que hoy la ha guiado hasta ahí, pero también tiene miedo de ver a cualquier compañera de trabajo que esté ahí por casualidad, y que eso la confunda más de lo que ya está.

Cuando pasa por el bar del parque donde sirven churros con chocolate, decide detenerse y tomarse un cortado antes de seguir con el paseo y marcharse a casa. Guarda el paraguas y se lo toma refugiada bajo el toldo con el codo apoyado en la barra sin saber que Elena la observa desde lejos sin atreverse a acercarse.

Da un primer sorbo que le quema los labios y arruga la nariz, Elena sonríe y piensa que es preciosa incluso cuando hace gestos raros. Adela se limpia con una servilleta y mientras espera a que el líquido se enfríe un poco, un pensamiento fugaz le atraviesa la mente y se pone tiesa como un palo.

—Joder —dice con los ojos abiertos como platos.

Se pone nerviosa y trata de centrarse, de encontrar una fisura en ese pensamiento que le muestre que se equivoca y que no puede ser tan fácil, pero por mucho que la busca no la encuentra, y su expresión de sorpresa inicial, es sustituida por media sonrisa triunfal que la hace morderse el labio mientras suelta un resoplido de satisfacción por la nariz.

Adela Vázquez acaba de caer en la cuenta de que solo hay cuatro personas en su departamento que tienen acceso y potestad para modificar su agenda. Son los cuatro asistentes de dirección, entre los que se encuentran Samuel Espinosa, Pablo Alonso, Esther Canillo y Elena Robledo. Su amiga invisible ya le ha confirmado que es una mujer, por lo que Samuel y Pablo quedan descartados, lo cual significa que las únicas que han podido añadir esa comida inesperada en su agenda para hoy, han sido Esther o Elena. De las ocho candidatas que le quedaban, acaba de descartar a seis de un plumazo para quedarse solo con dos, entre ellas Elena, lo que le desboca el corazón de un modo inesperado.

Incapaz de aguantar la ansiedad que siente en ese momento, se enciende un cigarro y llama a Carmen para pedirle que vaya a su casa esta tarde.

—Tienes suerte de que sea una cincuentona con los hijos grandes y mucho tiempo libre —bufa su amiga—. Cuando salga de mi clase de yoga me paso.

—Vale.

Adela se bebe el cortado de un trago y decide que el paseo ha terminado. Vuelve hacia atrás porque el trayecto es más corto, lo que provoca que Elena por poco tenga que tirarse al lago para que no la descubra.

Capítulo 19

Nadie que vea a Carmen diría que hace apenas una hora ha salido de un gimnasio. Viene recién duchada, maquillada como una puerta y vestida como si la esperasen en la recepción de una gala benéfica.

—¿Tienes una cita? —pregunta Adela cuando le abre la puerta.

—Sí, con el patán de mi marido. Hoy le ha dado por reservar para ir a cenar, con el día de mierda que hace —bufa frotándose los brazos.

Adela se ríe y le franquea el paso divertida. Carmen se deshace de su abrigo y va directa a refugiarse bajo las faldas que esconden el brasero de la mesa camilla de su amiga.

—Madre mía, al final tendré que comprar una de estas mesas de vieja.

—Cómprala —la anima Adela poniendo una caja de galletas surtidas.

—No, que entonces no saldré de casa y me pondré gorda —concluye Carmen—. Bueno, ¿qué ha pasado ahora? Cuéntame —dice cotilla mientras muerde una galleta recubierta de chocolate, las que más le gustan.

Adela le cuenta lo de la cita en la agenda, la comida falsa, la nota que le ha entregado el camarero y su paseo por el parque.

—Joder, ¿en serio? Solo por cómo se lo curra deberías casarte con ella.

Carmen enmudece al ver cómo se transforma el rostro de Adela, que traga saliva sin poder evitar pensar en Berta y en lo que opinará desde el más allá de que esté ilusionada como una adolescente con todo lo que le está pasando estos días.

—No pongas esa cara triste, de ser tú la que se hubiera marchado antes de tiempo, ¿no querías que Berta fuera feliz?

Adela la mira con una caída lenta de pestañas y asiente, aunque le cuesta imaginarse a su mujer con otra.

—Pues esto es lo mismo. Berta no querría que te marchitases como una flor mustia entre estas cuatro paredes, bastante luto has guardado ya, leches —dice ofuscada y Adela arquea las cejas—. Venga, cuéntame más, ¿has visto a alguna conocida por el parque?

—No, pero he llegado a una conclusión.

Adela le explica su teoría y le enseña esa lista donde ya ha tachado todos los nombres y solo quedan el de Esther Canillo y Elena Robledo.

—¡Ostras! —aplaude su amiga contenta como si le hubiera pasado a ella misma—. Yo creo que está bastante claro, es Elena.

—Pues yo no las tengo todas conmigo, ya sabes que Esther se me ha insinuado alguna vez.

—¿Y cuándo fue la última?

—Eso no importa, Elena tampoco me ha dicho nada, aunque...

—Aunque no hace falta porque se le nota a la legua —completa la frase su amiga por ella.

—De todos modos, no puedo dar nada por sentado. Joder, Carmen, estoy muy confundida, yo quiero que mi amiga invisible sea Elena.

—No me digas, casi no había notado que te gusta —se burla Carmen, feliz de que por

fin Adela empiece a salir del pozo negro en el que estaba hundida.

Hacía mucho tiempo que no la veía ilusionada por nada, y ahora incluso parece haber rejuvenecido y que todos esos años que envejeció de golpe con la muerte de su mujer, se hayan ido disipando.

Adela, ajena a los pensamientos de Carmen y al modo maternal con el que la mira, se rasca el pelo nerviosa antes de recogerlo en un moño.

—¿Qué hago si descubro que es Esther? —pregunta preocupada.

—Parece mentira que ya hayas cumplido los cuarenta y cinco, Adela —dice muy seria su amiga—. Te has respondido tú sola aunque no te hayas dado cuenta. Da igual si tu amiga invisible es Esther o es Elena, tú ya te has colado por la segunda.

—Yo no diría tanto, pero es verdad que me gusta —reconoce muy seria.

—Pues entonces da igual quién se esconda detrás de ese juego.

—No da igual, sea quien sea de las dos, ha hecho algo muy bonito y como mínimo merece una respuesta, tanto para bien si es una como para mal si es la otra.

—Tienes razón —secunda Carmen—, aunque lo importante es que has reconocido que te gusta Elena —la chincha pellizcándole el costado.

Adela da un respingo y abre los ojos sofocada al darse cuenta de que tiene razón. Decide que quiere invitar a cenar a Elena de nuevo, pero también necesita descubrir si quien se esconde detrás de las cartas es ella o, por el contrario, es Esther Canillo.

—¿Y ahora qué hago? ¿Cómo descubro cuál es de las dos? Mañana es viernes, el último día de trabajo antes de las vacaciones de Navidad, y no quiero pasármelas con la intriga de no saberlo. Sea como sea, tengo que descubrirlo mañana.

—Júntalas a las dos y les preguntas directamente —dice Carmen y Adela la mira horrorizada.

—Menudo plan de mierda —bufa.

—Lo sé, es que no se me ocurre nada —dice arrugando la nariz en un gesto divertido—. Tendrás que ser ingeniosa, o muy directa.

—¿Ya está? ¿Esa es toda tu ayuda? —se ofusca Adela.

—Mira, guapa, yo estoy aquí para apoyarte, no para hacerte el trabajo sucio. ¿O quieres también que le coma la boca cuando descubras quién es?

Adela siente una repentina sensación de celos al pensar en Carmen besando a Elena. Sabe que es algo absolutamente imposible, pero no ha podido evitar pensarlo, y eso le hace darse cuenta de que Elena le gusta un poco más de lo que ella suponía.

—Tranquila, ya me apaño yo sola, gracias por tu apoyo —ironiza Adela y recuesta la espalda en el sillón mientras piensa.

Carmen la mira en silencio, entre contenta y asustada. Necesita que pase lo que pase, salga bien para su amiga. Adela necesita empezar algo que sea bonito, algo que la ayude a volver a sentir mariposas, que le recuerde que el amor puede ser maravilloso y que, aunque siempre pueden pasar cosas malas y terribles como la que le sucedió a ella, sigue valiendo la pena volver a empezar para vivir esos momentos únicos que te erizan la piel y hacen que todo te vibre por dentro.

Capítulo 20

Adela llega a la oficina en completa tensión. Se ha pasado toda la noche dándole vueltas al asunto sin saber cómo encararlo. Se le acaba el tiempo, solo dispone de esa mañana para descubrir de quién se trata antes de que empiecen las vacaciones, y eso la tiene con los nervios de punta. Como siempre, saluda a todo el mundo en cuanto pasa por la oficina, aunque esta vez, no le dedica ninguna sonrisa a Elena —lo cual deja a su empleada con un sabor de boca muy amargo— porque está demasiado centrada en deshacerse de su bolso y su abrigo para volver a salir y dirigirse a la sala de descanso a por un café.

Elena observa sorprendida ese movimiento, se sale de todos los patrones rutinarios de su jefa y eso la pone en alerta, comprende que le pasa algo y no sabe si quedarse quieta, o ir en su busca y preguntarle.

—¿Qué hago? —le pregunta a Samuel.

Pero él no se ha enterado de nada y la mira sin saber de qué le habla.

—¿Me he perdido algo?

—Hombres —resopla ella poniéndose en pie, dejándolo con cara de circunstancias.

Cuando llega a la sala de descanso se encuentra a Adela con el culo apoyado contra la encimera mientras remueve su café con la mirada perdida a través de la ventana. Ha comenzado a nevar, pero ella ni siquiera ha reparado en ello porque sigue dándole vueltas al asunto. Ha pensado varias opciones y no le gusta ninguna, por eso, y como impulsada por un resorte, decide improvisar en cuanto repara en la presencia de Elena, que la mira cohibida desde la puerta.

Adela Vázquez deja su café sin terminar sobre la mesa y va directa hacia ella tras comprobar que no hay nadie más que ellas en la sala.

—Ven aquí —dice cogiéndola de la mano para apartarla de la puerta y hacer que su espalda se apoye en la pared justo detrás, lejos de la mirada de cualquiera que pueda pasar por delante.

Adela apoya una mano a cada lado de su cara en la pared mientras Elena siente que todo su cuerpo entra en combustión. No sabe qué le pasa ni lo que quiere, solo sabe que la mira como si fuera a comérsela, y ella desea que lo haga.

—Seré directa, Elena —dice Adela con la cara a menos de un palmo de la suya.

No lo hace para intimidarla, lo hace porque quiere que reaccione y porque mantenerse más lejos, le está resultando imposible después de tenerla en una posición tan vulnerable y accesible. Adela Vázquez tiene que esforzarse mucho para decir lo que quiere sin asaltar esos labios carnosos que la esperan entreabiertos y jadeantes.

—Sé que las notas solo pueden ser tuyas o de Esther Canillo —dice y hace una pausa observando su reacción.

Los ojos de Elena Robledo se abren como dos platillos, no solo porque ella no tuvo en cuenta que al anotar la cita en la agenda de Adela se colocaba una diana y le ponía otra a Esther, es porque la idea de que Adela piense que todo ese juego y sus esfuerzos hayan sido obra de esa bruja, le pone los pelos de punta. Pero como siempre, se ha bloqueado. No solo no esperaba que su jefa le dijese lo que sabe a esas horas de la mañana, cuando su mente

todavía está abotargada, es que tenerla así de cerca acaba de freírle el cerebro.

—Y sinceramente —sigue Adela, frustrada tras ver que Elena es incapaz de vocalizar una palabra—. Yo quiero que seas tú, me dan igual las cartas y me importa una mierda Esther Canillo —dice mirando hacia la puerta, asegurándose de que nadie se acerca.

Elena solo es capaz de asentir estúpidamente, con los labios temblando de deseo y las palmas de las manos pegadas a la pared, con la esperanza de que se agarren como dos ventosas y la ayuden a no escurrirse porque siente que las piernas se le están volviendo flácidas como las de un pulpo sobresaliendo de la olla.

Adela acaba de decirle que quiere que sea ella. Se lo está diciendo con su cuerpo acorralado contra la pared. ¿Qué más necesita? Cualquiera en su situación aprovecharía el momento, sabe que la ocasión es esta, que es ahora cuando debería soltarse de la pared para colgarse de su cuello y besarla como lleva meses deseando hacerlo. Sin embargo, ahí está ella, quieta como un pasmarote, paralizada de pies a cabeza mientras la mira intentando que su corazón siga latiendo y rezando para que Adela no se sienta decepcionada y la deje ahí tirada para ir a buscar a Esther, que seguro que no dudaría.

—Me desesperas, Elena —confiesa Adela al borde del colapso.

No sabe si besarla o darle un sopapo para que espabile, aunque al final no hace ninguna de las dos cosas y la coge por el mentón, acercando un poco más su cara hasta que sus labios casi rozan los suyos.

—Si de verdad eres tú, dímelo a la cara de una vez y déjate ya de notas, ¿me oyes?

Elena asiente, su cercanía la está mareando y solo puede pensar en morderle los labios.

—Quieres que te bese, ¿verdad? —susurra Adela deseando hacerlo.

A Elena todo el cuerpo le burbujea de arriba abajo constantemente. Tiene una excitación extraña que se le mezcla con el cúmulo de emociones contenidas durante todo este tiempo. No termina de creerse que sea cierto, que de todas las mujeres del mundo, Adela Vázquez se haya fijado en alguien tan insignificante como ella.

—Sí que quiero —titubea con los labios temblando y la mirada borrosa por esas lágrimas de emoción que intenta contener.

—Pues yo quiero que te sueltes de una vez, así que si quieres algo, ya sabes dónde encontrarme, yo no pienso mover un solo dedo, Elena. ¿Me has entendido? —pregunta a modo de advertencia, alzando las cejas para darle más énfasis a sus palabras.

Elena asiente tragando saliva y Adela la suelta y se separa de ella.

—Sabes dónde estoy, y no tengo todo el día —remata.

Adela se da la vuelta y sale por la puerta como si nada, al menos eso es lo que le parece a Elena cuando ve desolada como desaparece ante sus ojos, pero para nada es así. A Adela le tiembla todo el cuerpo, está muy nerviosa y tiene las pulsaciones disparadas. Está contenta porque ha confirmado sus sospechas de que Elena siente algo por ella y, al mismo tiempo, está irritada porque teme que su extremada timidez sea un impedimento para que puedan siquiera llegar a tener una dichosa cita.

Se encierra en su despacho empujando la puerta con demasiada fuerza y después se deja caer en la silla como si sintiera un cansancio extremo.

Enciende su ordenador y como sabe que no podrá centrarse en lo que tiene pendiente, comienza a guardarlo todo en una memoria externa que se llevará a su casa. Ya terminará el trabajo desde allí durante estos días, al fin y al cabo, va a tener tiempo y necesita entretenerse con algo. La mañana la pasará contestando correos atrasados.

La puerta de su despacho se abre un par de horas más tarde y ella levanta la vista del ordenador con el ceño fruncido porque quién sea no ha llamado antes de entrar, cosa que la irrita. Sin embargo, no dice nada, porque la que acaba de entrar es Elena y ha dejado la puerta entornada antes de dirigirse hacia su mesa, donde se inclina con más determinación de la que ella misma esperaba y deja otra nota frente a Adela antes de enderezarse de nuevo.

Adela mira el sobre y tuerce el gesto, aunque en el fondo desea sonreír porque eso le confirma que su amiga invisible es Elena Robledo.

—Te he dicho que no quiero más notas —dice seca, mirándola a los ojos con fijeza.

—Léela, por favor —suplica Elena sin apartar la mirada de su jefa—, te prometo que es la última.

Tras eso se da la vuelta y abandona el despacho con tanto sigilo, que si no la hubiera visto, no se habría enterado de que ha entrado.

Adela suspira y coge el sobre, del que por cuarta vez, extrae un papel doblado en dos partes en el que hay un texto muy breve que consiste en una dirección y una hora concreta, seguida de un par de líneas muy cortas.

Ven, por favor.

Ya no quiero ser invisible.

Elena Robledo.

Adela vuelve a doblar la nota y la guarda, no necesita preguntarle a su amiga Carmen por esa dirección para adivinar que se trata de la casa de Elena. Sonríe aliviada porque el misterio se ha resuelto y el resultado es el que ella quería, pero rápido siente una bola de nervios impactarle en el estómago. Va a tener una cita con Elena, y no solo teme que Elena se quede bloqueada, también le da miedo hacerlo ella. Será su primera cita después de lo de Berta, y por mucha seguridad que tenga, no deja de darle vértigo.

Capítulo 21

—Madre mía —dice Elena cuando el timbre de su casa suena.

El sonido le acaba de provocar un sudor frío y la hace coger aire. Se mira de arriba abajo en el espejo de cuerpo entero que tiene en el recibidor al lado de la puerta y se da el visto bueno después de haber estado toda la tarde decidiendo qué ponerse.

Al final ha optado por algo informal, aunque elegante. Y también se ha maquillado un poco más de la cuenta añadiendo una línea suave a sus ojos que los hace más rasgados y vuelve su mirada más felina, según palabras de Samuel, y él entiende de esto más que ella.

Pensando que en cualquier momento puede darle un infarto y agradeciendo a todas las deidades que conoce que Adela Vázquez haya aceptado su invitación, por fin pone la mano en el pomo y abre.

Adela lleva otro abrigo que Elena no había visto, uno más elegante, y el recogido de su pelo es mucho más elaborado que los que acostumbra a hacerse en el trabajo. Ha cambiado su perfume por otro más suave y el tono rojizo de sus labios es un poco más fuerte del habitual. El corazón de Elena se dispara con unos latidos martilleantes y se hace a un lado para dejarla pasar antes de que se arrepienta. Lo primero que le viene a la cabeza es hacer algún comentario sobre esa fina nieve que no ha dejado de caer durante todo el día y cuyos diminutos copos destellan en colores cuando pasan por delante de las luces navideñas que decoran las calles, pero en el último instante se arrepiente y decide que en un momento como ese, sería una metedura de pata ponerse a hablar del tiempo.

—Gracias por venir —dice cerrando la puerta.

Adela la mira apretando los labios con una mueca y a Elena le queda claro que si quiere esos dos besos que tanto ansía, tiene que moverse y reclamarlos. En ese caso no titubea, pone una mano en la cintura de Adela y se acerca y le da dos sonoros besos más cercanos a los labios que al centro de las mejillas.

—Dame el abrigo y el bolso —dice acalorada, observando hipnotizada como su jefa se deshace de la prenda.

Lleva un pantalón de lino y una camisa de manga larga por debajo de un jersey de pico que estiliza su línea y le da ese mismo toque elegante e informal que ha elegido Elena, haciendo que se sienta muy cómoda.

Adela intenta controlar el torbellino de emociones que siente en ese momento, ha pasado el día muy nerviosa y fumado más de la cuenta hasta hace un par de horas, cuando se ha lavado los dientes por última vez y ha hecho varios enjuagues bucales porque no quiere que Elena note en su boca el sabor amargo del tabaco. Al pensarlo se ha estremecido en varias ocasiones porque se ha dado cuenta de cuántas ganas tiene de besarla, y eso la ha puesto más nerviosa de lo que ya estaba, pero ella, si se lo propone, por fuera puede aparentar ser un témpano de hielo, aunque por dentro esté temblando como una hoja a punto de caerse del árbol.

Elena cuelga el abrigo y el bolso de Adela en el perchero y con la mano le hace un gesto para que pase al pequeño salón de su apartamento. Es bastante parecido al de Adela, y su jefa se sorprende cuando descubre que también tiene una mesa camilla.

—Mi abuela tenía una y de pequeña me dormía con ella en el sofá después de comer —le explica Elena cuando ve que la está mirando—. Fue lo primero que compré cuando me dieron el apartamento, el sofá y la mesa camilla, ya sé que suena a vieja, pero...

—Yo también tengo una —la interrumpe Adela sonriente—, no tuviste ocasión de verla, pero la tengo, con un par de sillones. Y también suelo quedarme frita los días que como en casa.

Elena parpadea sorprendida y exhala una sonrisa que Adela le devuelve algo más seria porque está muy tensa, y su anfitriona lo nota.

—¿Te gusta el pescado al horno? —pregunta inquieta, es otro de los temas que la ha desquiciado toda la tarde.

No conoce los gustos de Adela, ni siquiera si tiene alguna alergia. Y después de pensarlo mucho, se ha decidido por algo que ha pensado que podía ser ligero.

—No —contesta Adela con ese tono cortante que utiliza en ocasiones.

Elena la mira con cara de espanto mientras su boca se abre como la de un pez hasta formar un círculo perfecto que hace que Adela se muerda los labios.

—Es broma, sí que me gusta —se retracta Adela haciendo una mueca traviesa.

—Madre mía, qué susto me has dado —protesta Elena sofocada mientras su invitada se aguenta la risa—, no vuelvas a hacer eso.

—Está bien —dice y vuelve a ponerse seria.

Adela no consigue relajarse y percibirlo no está ayudando a Elena.

—Ven a la cocina, podemos hablar allí y así controlo el horno —le pide haciendo un gesto para que la siga.

La cocina de Elena es algo más grande que la de Adela y también la mesa que tiene puesta para comer. Adela observa impresionada el exquisito mimo que ha puesto para todo. El mantel a juego con las servilletas, una vela con adornos navideños en el centro, los cubiertos, las copas para el vino, vasos por si quieren agua y tres platos de aperitivos que podrían salir perfectamente de cualquier cocina de un restaurante con el cocinero más reputado del mundo.

—¿Te gusta cocinar? —pregunta Adela con las cejas arqueadas.

—Más que gustarme, me encanta —dice distraída mientras sigue preparando una ensalada mucho más elaborada que la que hizo la otra noche en su casa—. Siéntate, por favor, ponte cómoda.

Pero Adela no se mueve de su sitio y permanece de pie al lado de la encimera, observando impresionada la soltura con la que Elena se desenvuelve en la cocina. Parece otra, una mujer mucho más segura de sí misma cuando hace algo que controla y que por lo visto le apasiona. Elena termina con la ensalada y, mientras se limpia las manos con un trapo, se gira hacia la mesa para decirle algo a Adela, sorprendiéndose de ver que sigue donde la ha dejado, con la misma tensión de la que no logra deshacerse.

Elena deja el trapo y aspira todo el aire que pueden retener sus pulmones. No sabe cómo debe manejar una situación como esa, ella es muy insegura y que Adela no se relaje, le está haciendo imposible relajarse ella.

—¿Estás incómoda? —se atreve a preguntar.

Adela la mira perpleja, sin entender a qué viene la pregunta. Ni ella misma ha sido consciente de lo que proyecta, pero ahora que lo menciona Elena, se da cuenta de que sigue con el corazón desbocado y una horrible sensación de incertidumbre que no la deja estar tranquila. Adela necesita saber, para ella, estar ahí teniendo su primera cita, es un paso

demasiado grande como para desconocer hasta qué punto va en serio Elena o lo que espera de ella.

—No estoy incómoda —contesta y mira hacia el suelo.

Elena tiene ganas de llorar de repente. Sabe que le miente, que le pasa algo y que probablemente su cita acabe antes de que el pescado que ha elaborado con tanto cariño, salga del horno. Adela ya le dejó muy claro que no pensaba hacer nada, que todo dependía de ella, así que debe pensar rápido y decide que una copa de vino les vendrá bien a ambas. A Adela para calmar un poco la tensión de sus músculos, y a ella para soltarse y decirle que está enamorada de ella hasta la médula, que le duele mirarla y no poder tocarla o que le falta el aire cuando la tiene cerca.

—¿Quieres un poco de vino? —pregunta dejando de divagar de una vez.

—No.

Esta vez no necesita que le aclare que no se trata de una broma. La expresión de Adela es tan seria, que Elena lo sabe de inmediato. Adela ha bajado la mirada y esa negativa se le ha escapado de los labios con cierta rabia que no ha podido controlar. Elena se acerca a ella hasta colocarse justo delante y le apoya las dos palmas de las manos sobre el pecho por debajo de la clavícula.

El labio de Adela tiembla cuando nota sus manos ahí, sin esperárselas, provocándole un calor reconfortante que le traspasa el pecho por completo y hace que el aire se entrecorte en su boca cuando trata de cogerlo con cierta turbación.

—¿Qué quieres, Adela? No sé cómo hacer que te sientas bien, y no quiero que te vayas —dice Elena con voz tierna, mirándola a los ojos con una sinceridad que hace temblar a su jefa.

—Quiero que hables de una vez, Elena, que me digas lo que sientes y aclaremos las cosas.

—¿Antes de cenar? —titubea Elena, que nota que le tiembla todo el cuerpo.

Adela hace un movimiento seco y afirmativo con la cabeza mientras intenta controlar la respiración, que se le acelera a cada segundo que Elena pasa con las manos ahí, apoyadas en su pecho.

—Lo que siento es que me deshago cuando te miro, que me cosquillea todo el cuerpo cuando sé que estás a punto de llegar, que me quedo muda cuando me miras y que te deseo de un modo casi enfermizo que no me deja hacer mi vida porque solo me veo contigo. ¿Es lo suficiente claro para ti? —pregunta tratando de contener el cúmulo de emociones que la invade en ese momento.

Ya lo ha dicho, se lo ha confesado, y lejos de sentir el alivio que pensaba que sentiría, lo que siente es un pánico desconocido y atroz, un miedo irracional a la pérdida, a no ser suficiente para Adela.

—Es muy claro, gracias —dice Adela, impactada y sorprendida de que Elena haya sido tan directa.

No es la respuesta que Elena esperaba, pero teniendo en cuenta que Adela viene de una situación tan difícil, le parece todo un logro que no la haya separado de ella.

—¿Y ahora qué? —pregunta Elena muerta de miedo—. ¿Quieres quedarte o prefieres irte? Lo entenderé si haces lo segundo. Es normal que no quieras estar con alguien como yo, Adela.

—¿En serio? ¿Es normal que no quiera? —la interrumpe Adela, cuyos músculos acaban de destensarse de golpe.

Elena vuelve a encontrarse delante de esa mujer segura y decidida a la que suele ver cada día y sus ojos se abren confundidos sin saber qué contestarle.

—Bueno, tú eres... —balbucea Elena y la señala separándose un poco de ella—. Y yo soy...

Ahora se señala ella como si fuera algo insignificante, algo que no está a la altura ni de Adela ni de cualquier otra persona porque Elena es tan insegura que piensa que no puede gustarle a nadie.

—Como vuelvas a hacer un comentario como ese, me vas a cabrear, Elena —dice Adela acercándose hasta que acorrala su cuerpo dejándole el trasero contra la encimera—. Puede que seas insegura y tan tímida que me exasperes en ocasiones, pero tienes la mirada más sincera que he visto en mi vida, eres amable y paciente, y me parece que una romántica empedernida —dice mirando la mesa—. Puede que te cueste expresarte por la boca —añade y le toca el labio con el dedo haciendo que Elena se estremezca de placer—, pero te expresas de otros modos. Con hechos, Elena, con esas cartas, llevándome a ese restaurante, al parque, mirándome de soslayo cuando te pensabas que no te veía, preparando la cena y la mesa con mimo cuando yo te ofrecí una lasaña precocinada con una ensalada de bolsa. Eres especial, Elena, y me gustas mucho.

Elena exhala una sonrisa que deja salir toda esa carga emocional que lleva tiempo soportando, con ella sale su miedo, sale la tensión y también la fuerza que necesita para dar el primer paso y abrazarla. Se abraza a Adela con ahínco, estrechando su cuerpo entre los brazos con fuerza mientras recibe lo mismo de ella. El alivio de Elena es tan grande, que los ojos se le encharcan y no le importa, necesita desahogarse y por eso suspira varias veces contra el jersey de Adela, que ha hundido la cara en su hombro y se aferra a ella mientras se da cuenta de cuánto echaba de menos tener a alguien cuyos abrazos la hiciesen temblar y sentirse a salvo.

Se separan cuando el horno avisa de que ya está listo. Adela está algo turbada, incluso desorientada porque no sabe cómo comportarse a partir de ahora. Observa a Elena, que se limpia las lágrimas con cuidado de no correrse el maquillaje mientras apaga el horno y abre la puerta. Sale un olor que hace salivar a Adela, aunque eso no le importa porque solo tiene ojos para Elena, que se acaba de girar hacia ella con expresión más serena y una mirada decidida que le desboca el corazón.

—No podré cenar si no te beso primero —declara Elena, y le coloca las manos en el cuello y le da un beso suave en los labios.

Cuando se separa, Adela se lleva los dedos a los labios y se los toca temblorosa. Elena la observa con miedo a su reacción, hasta que Adela esboza una leve sonrisa y suspira de alivio. Temía no sentir nada, que su cuerpo siguiese aferrado al tacto y a los besos de Berta, pero Adela ha sentido, su corazón ha latido muy fuerte por Elena y ahora tiene un montón de hormiguitas correteando por el centro del pecho. Está lista para empezar otra vez, y quiere empezar con Elena.

—¿Me das otro? —pregunta y la sonrisa de Elena se expande por su rostro iluminándola más que las luces del árbol que tiene en el salón.

—Te doy todos los que quieras —dice y se cuelga de su cuello antes de que sus labios impacten con los de Adela, que se aferra a su cintura y se deja llevar hasta que su espalda se encuentra con la puerta fría de la nevera.

Ni siquiera eso le baja la temperatura del cuerpo.

Capítulo 22

Es domingo veinticuatro de diciembre y Adela se levanta más temprano que de costumbre. Ha quedado para desayunar con Carmen y así contarle cómo le fue el viernes cenando con Elena. Es el único momento del que disponen, porque después del desayuno, su amiga ya tiene que comenzar con los preparativos de la comida y de la cena, y el caos reinará en su casa haciendo que sea insoportable aguantarla.

Adela sube la persiana y ve que el cielo está completamente cubierto por nubes grises y espesas que pronto empezarán a dejar caer las nevadas inminentes que desde ayer anuncian los meteorólogos. Ella tiene la esperanza de que se equivoquen y el día sea como ayer, donde incluso algún rayo de sol se abrió paso entre las nubes para derretir la poca nieve que había caído el día antes. No quiere que nieve porque Adela tiene planes en Nochebuena por primera vez desde que murió Berta. No los tiene con su amiga, los tiene con Elena.

—¿Con quién pasas la Nochebuena? —le preguntó cuando dieron buena cuenta del pescado y terminado con media botella de vino entre las dos.

Adela la miró un poco incómoda porque esa pregunta solo consigue que su respuesta haga sentir mal a la otra persona y algunas veces la inviten por cortesía.

—No he hecho planes, me gusta estar tranquila en esas fechas —respondió tratando de sonar sincera, pero Elena torció el gesto y ella se adelantó antes de que pudiera decirle nada—. ¿Con quién la pasas tú?

—Con la familia, ya sabes, mis padres y mi hermana, y no sé si vendrá mi hermano, ese bala perdida siempre es un misterio.

—Podemos comer al día siguiente si quieres, o cenar —propuso Adela.

—No. Cenaremos juntas en Nochebuena —repuso Elena mientras se levantaba para dejar los platos en el lavavajillas.

—No voy a cenar con tu familia, Elena —sonrió Adela levantándose con ella.

—Ya lo sé, tampoco quiero que lo hagas. A mi madre le daría un pasmo. Su hija la mojigata, la que se piensa que se va a meter a monja, acompañada por una mujer. No, qué va —se rio Elena imaginando la escena en su cabeza mientras Adela la miraba divertida y enjuagaba los platos antes de dárselos para que los metiera en el aparato—. A mi madre hay que prepararla con tiempo —siguió riendo y a Adela le parecía cada vez más adorable.

—Así que monja —dijo y la cogió por la cintura.

Adela le dio un beso, se había vuelto adicta y no sabía si era por el tiempo que llevaba sin ellos, pero deseaba besar a Elena continuamente.

—Bueno, eso piensa ella y el resto de mi familia, nunca he llevado a nadie a casa —confesó como una niña traviesa.

—Pero has tenido parejas, ¿no? —se asustó Adela.

—Claro, pero nadie lo suficiente importante como para que me apeteciera pasar un tercer grado con mi familia. Contigo ya veremos, que no llevamos juntas ni dos horas —Elena le palmeó el culo y se dio la vuelta para coger el postre.

El vino la había hecho soltarse y Adela la miraba hipnotizada y maravillada por esa

versión alegre y desinhibida de Elena.

—Pero a mí hace tiempo que me quieres.

A Adela se le escapó ese pensamiento y Elena se giró en redondo hacia ella para mirarla fijamente.

—Es cierto. Yo te quiero a pesar de que casi no te conozco, y espero que tú también llegues a quererme a mí.

—Eso no será difícil, Elena —susurró Adela y volvió a besarla.

—No me embrujes con tus artimañas de mujer seductora ni te aproveches de lo que siento para cambiar de tema —se rio Elena y la apartó de ella señalándole la silla para que se sentase frente a la tarta de queso que había dejado en su lado de la mesa.

—¿Qué tema? —preguntó Adela divertida—. Yo no he cambiado nada.

—Claro que sí, he dicho que cenaremos juntas en Nochebuena, y tú me has engatusado con tus besos para que me calle.

—¿No quieres mis besos?

Elena resopló y se levantó de la silla en la que acababa de sentarse para rodear la mesa y acabar sentada sobre el regazo de Adela.

—Claro que los quiero, pero también quiero pasar esa noche contigo.

Adela arqueó las cejas y sonrió sin ocultar sus malos pensamientos, haciendo que las mejillas de Elena ardieran hasta ponerse más moradas que la mermelada que cubría la tarta de queso.

—Me refiero a la cena —aclaró sofocada ante la carcajada espontánea de Adela.

—¿Entonces no quieres pasar la noche conmigo? —la provocó disfrutando como una perra de la vergüenza incontrolada de Elena.

—Deja de hacer eso, joder —le pidió girada hacia ella, colocando las manos en su pecho como había hecho antes.

A Adela le gustaba que lo hiciera, el calor de las palmas de las manos de Elena le traspasaba la ropa y la sensación le resultaba agradable y extremadamente tierna.

—Vale, ya paro. Dime qué quieres entonces.

—Ya te lo he dicho, cenar contigo en Nochebuena, aquí o en tu casa, donde te sientas más cómoda.

—¿Y tus padres?

—Iré a pasar el día con ellos mañana, y ya me inventaré alguna excusa para la cena.

—No lo hagas porque estoy sola, Elena, estoy acostumbrada y no me importa. Podemos vernos otro día.

Elena resopló como un búfalo.

—No lo hago porque estás sola, lo hago porque yo me siento sola si no estás conmigo.

Adela parpadeó y sintió un pinchazo muy extraño encogerle el corazón. Le apartó parte del flequillo de la cara, se le habían escapado mechones del recogido que se había hecho y se habían ondulado por el calor que hacía en la cocina. No sabía si por la temperatura de la casa o la que ellas desprendían.

—Entonces cenaremos juntas en Nochebuena, no quiero que te sientas sola ni un día más si yo puedo evitarlo —dijo Adela muy seria y volvió a besarla tras sujetarle la cara por el mentón.

—Gracias. Espero que no me cueste tanto convencerte para todo —resopló Elena más tranquila, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Eso no puedo prometértelo —dijo Adela encogiendo los hombros.

—Me conformo con eso. Entonces, ¿cenamos aquí o en tu casa?

Adela se quedó callada con gesto pensativo, pero sin soltar la cintura de Elena ni rechazar los besos suaves que ella le estaba dando en la frente.

—No se trata solo de cómo me sienta yo, Elena, se trata de cómo nos sentimos las dos. En mi casa está toda mi vida con Berta, pero me siento cómoda allí y me gustaría comenzar a crear otro tipo de recuerdos contigo, me parece que ya estoy lista para eso, aunque no lo sabré si no lo intento.

—A mí no me importa estar allí, Adela, siempre que no trates de compararme con ella. Tu mujer era tu mujer, y yo soy yo. No tuve la suerte de conocerla, pero estoy segura de que no nos parecemos en nada.

—En nada en absoluto —aclaró Adela sonriente—. Y no te comparo, cada relación es distinta y aporta cosas diferentes, incluso yo me comporto de otro modo contigo, quizá porque he cambiado en este tiempo o tal vez porque tu carácter me lleva a actuar de otra manera, no lo sé, lo que sí sé, es que he pasado página y que ha llegado el momento de comenzar a escribir otra historia.

—Con lo estúpida que eres a veces y lo encantadora que eres en momentos como este —soltó Elena divertida y le cogió los mofletes—, podrías ser siempre así de adorable.

Le dio un beso y se levantó para volver a su sitio.

Adela recuerda todo eso sentada en la cocina de su casa mientras se toma un café y no se le ocurre ningún modo de explicarle lo que siente a Carmen. Es algo que está dentro de ella, algo que le provoca felicidad y la hace sonreír constantemente. Algo que la hizo echar de menos a Elena ayer durante cada minuto del día, incluso cuando se llamaron por la tarde o se dieron las buenas noches por mensaje.

El timbre suena cuando se está fumando un cigarro en el balcón. Adela lo apaga sin terminarlo y cuando abre, su amiga entra como un torbellino. Lleva una bolsa de churros con chocolate y es ella misma la que lo dispone todo en la mesa camilla mientras Adela lleva las tazas.

—Venga, cuenta, cuenta —exige impaciente.

Adela le hace un breve resumen de la cena, de lo bien que se sintió y de que han quedado para cenar juntas esta noche.

—¡Por fin! —clama Carmen mirando al techo.

Adela pone los ojos en blanco y hunde un churro en el chocolate antes de darle un buen mordisco.

—Y dime, ¿hubo tema? —pregunta Carmen directa.

—Nos besamos —responde Adela con la boca llena.

Carmen la mira y Adela vuelve a hundir el churro en el chocolate mientras suelta un resoplido.

—¿Ni una mano larga y disimulada tratando de conquistar un poco de carne?

Adela niega y muerde el churro.

—¿Pero quieres, Adela? —insiste su amiga, esta vez muy seria, preocupada por la reacción tensa de Adela.

—Sí, claro que quiero.

—¿Y ella?

—Pues imagino que también, Carmen, no se lo he preguntado.

—Ya, igual le hablas de sexo y la pobre se atraganta de la vergüenza —dice sin ninguna maldad y a Adela le entra la risa y se atraganta.

—No es eso, es que me da un poco de miedo. Entre ella que es tan cortada y yo que estoy tan desentrenada, la cosa podría acabar en desastre. De verdad que me preocupa.

—Dale un poco de vino la primera vez —resuelve Carmen y Adela la mira horrorizada—. ¿Qué? Dices que se relajó mucho la otra noche, ¿no?

—No se trata de eso, Carmen, yo no tengo prisa porque pase, solo quiero que cuando pase, no sea un desastre.

—Entiendo. Yo no me preocuparía, una vez puestas son la excitación y el deseo lo que tira de todo, Adela, y tú lo sabes. Lo que pasa es que llevas tanto tiempo en dique seco que se te ha olvidado. No pienses en eso, tú céntrate en seguir conociendo a Elena, parece buena mujer, y tú has rejuvenecido diez años desde que andas detrás de ella.

—Vaya, gracias.

—Es cierto. Lo de Berta te dejó hundida en la mierda, y lo que te hizo su familia no ayudó a que remontases. Pero ya ha pasado demasiado tiempo y va siendo hora de que vuelvas a ser feliz. En fin, ¿qué vas a hacer para cenar?

—¿Yo? Nada, ayer compré todo lo que me pidió Elena, ha insistido en cocinar ella.

—Joder, y yo casada con el mendrugo de Mateo —bufa Carmen.

Capítulo 23

Elena se presenta en casa de Adela mucho antes de la hora acordada. Han quedado en que llegaría sobre las cinco para merendar con ella y después comenzar a preparar la cena para dejarla lista. El plan era dejarlo a punto solo para encender el horno e irse juntas a disfrutar de un paseo por las calles del centro de Madrid hasta la hora de la cena, pero al mediodía ha comenzado a nevar y cada vez lo hace con más fuerza. Así que a las tres y media, Elena ha salido de su casa y acaba de llegar a la de Adela, que ha abierto la puerta en chándal y zapatillas y la mira estupefacta.

—Elena —dice sorprendida y mira la hora por si se ha quedado traspuesta en el sillón.

—Perdona, es que la nieve aprieta y me daba miedo no poder venir después si la cosa se ponía peor —se disculpa sofocada.

Adela se ha quedado adormilada en el sillón después de comer y ni siquiera ha mirado el tiempo.

—Pasa, tonta, no te quedes ahí —dice tirando de ella para meterla dentro de su casa.

Elena titubea unos instantes y vuelve a quedarse cohibida junto a la puerta ante la desesperación de Adela, que la coge de la cintura y la atrae hacia ella con un gesto posesivo.

—Cuando cruces está puerta quiero que te comportes como si estuvieras en tu casa, ¿me has entendido? —pregunta Adela sin soltarla.

—Sí —sonríe sofocada Elena, encantada de la actitud posesiva de la que estos días no es su jefa, solo su pareja.

—Bien, ahora dame un beso —exige Adela.

Elena vuelve a sonreír más relajada y se cuelga de su cuello estampando sus labios en un beso mucho más exigente de lo que Adela se esperaba. Le suben los calores de la muerte por todo el cuerpo y cuando entre besos, ayuda a Elena a deshacerse de su abrigo, ya no puede controlarse y le quita también el jersey de cuello vuelto que lleva puesto.

—Vas demasiado tapada —susurra y le da un beso en la clavícula que a Elena le eriza todo el vello de la nuca.

Elena, obedeciendo al ardor insoportable que le quema la piel y a la necesidad de ser tocada por Adela, se desabrocha la camisa con premura y se la abre hasta dejar al descubierto su torso para deleite de Adela, a quien se le van los ojos a sus pechos y la mente se le nubla haciendo que solo piense en una cosa.

Entre besos y risas, llegan a la habitación de Adela, esa en la que ya no quedan rastros del paso de Berta salvo en sus recuerdos. Las dos caen en la cama y todo ese temor que tenía Adela de que la cosa no saliera bien, se desvanece cuando se da cuenta de que Elena tiene muchos problemas para expresarse verbalmente, pero no físicamente.

Las dos se entregan y disfrutan hasta quedar exhaustas una al lado de la otra, Adela tendida bocarriba y Elena recostada sobre ella mientras escucha cómo le late el corazón y su cabeza sube y baja al mismo ritmo que la respiración todavía acelerada de Adela. Se quedan absortas, cada una pensando en sus cosas, hasta que la calle se queda en silencio unos segundos y ambas escuchan el crepitar de los copos cuando golpean el suelo de la terraza donde suele fumar Adela, la que se comunica con el despacho donde empezó su plan para

descubrir a su amiga invisible.

—Me parece que nieva más fuerte —dice Elena.

Adela, movida por la curiosidad, se levanta desnuda y descorre la cortina. Ya es casi de noche, pero tiene suficiente luz en el exterior como para comprobar que en la baranda de la terraza ya hay acumulados más de tres centímetros de nieve.

—Suerte que has venido antes —dice cuando Elena se pega a su espalda, pudorosa de que alguien pueda verla.

—Te van a ver los vecinos de enfrente —susurra y le da un mordisco en la oreja que a Adela le provoca un escalofrío y una sonrisita.

—Están demasiado lejos, mujer.

—Seguro que hay algún mirón con prismáticos —teoriza Elena y Adela se da la vuelta para quedar frente a ella.

—Pues que me mire el culo entonces.

—Serás puerca —ríe Elena y le da un cachete antes de que las dos se abracen y vuelvan a caer sobre la cama para seguir explorándose.

Más tarde, ambas están duchadas y peinadas, como no van a salir a ningún sitio, han decidido que quieren estar cómodas, así que Adela le ha prestado un chándal a Elena y han estado hablando en la cocina mientras Elena preparaba una deliciosa carne en salsa que han degustado para la cena.

Esta vez Adela se ha esforzado un poco y también ha colocado un mantel y alguna vela repartida por la casa que le ha dado a esa noche un toque más romántico.

—¿Te puedo confesar una cosa? —pregunta Elena después de la cena.

Las dos se han ido al salón y se han sentado en los sillones bajo las faldas de la mesa camilla. Adela ha apagado las luces, de modo que la única iluminación que tiene la estancia, es la que proporciona el árbol de Navidad que ella también puso hace una semana —aunque con mucho menos gusto que el de Elena— la de un par de velas y la que refleja una farola de la calle por la única persiana que ha dejado subida para que las dos puedan contemplar cómo nieva.

—Claro, dime —dice Adela fijando la mirada en ella.

—En el amigo invisible no me saliste tú, le saliste a Samuel —confiesa con una sonrisa traviesa.

—¿En serio? —se sorprende Adela.

—Muy en serio, tuve que negociar con él para que me lo cambiase, a mí me había tocado Alonso, el de contabilidad.

—Pero bueno —dice Adela y estira un brazo hasta coger el reposabrazos del sillón de Elena y arrastrarlo para dejarlo junto a ella—. No conocía yo esta faceta tuya —admite entre orgullosa y divertida—. ¿Qué te pidió a cambio?

—Que te confesara lo que sentía por ti. Al pobre le llevo dando la turra un año y ya estaba harto. Le dije que sí para que me diera tu nombre y como no me atrevía a decírtelo a la cara, se me ocurrió lo de las notas.

—Vaya, vaya con Elenita la tramposa.

El comentario y el tono le provocan mucha risa a Elena, que se desliza por debajo de las faldas de la mesa y se sienta sobre el regazo de Adela abrazándose a su cuello.

—No soy una tramposa, solo buscaba una excusa para poder acercarme a ti.

—¿Y no era más fácil entrar en mi despacho y pedirme una cita? —pregunta y le acaricia el rostro, dándose cuenta de que cada segundo que pasa con ella, le gusta un poco

más.

—Ojalá, pero yo no soy así, me cuesta horrores.

—Ya lo sé —aclarar Adela en un susurro—, y me encanta como eres. También me gustó lo del juego, me activó algo, me hizo sentir que todavía podía despertar interés en alguien y de algún modo, no sé muy bien cómo, fue lo que me llevó también a fijarme en ti. Hasta entonces estaba muerta en ese sentido.

—Entonces hemos ganado las dos —concluye Elena.

—Eso parece —secunda Adela, y Elena apoya la cabeza en su hombro y las dos se quedan absortas observando cómo nieva cada vez más fuerte.

Epílogo

Once meses más tarde

—Estás enfadada —dice Adela cuando entran en el apartamento de Elena.

—No estoy enfadada, estoy harta, que es diferente —admite dejando el abrigo para dirigirse a uno de los dos sillones que trajeron del apartamento de Adela cuando lo vendió hace apenas dos meses.

Adela también deja su abrigo, sin embargo, en lugar de sentarse junto a ella, va primero a la cocina y prepara un par de cafés con leche que lleva hasta la mesa camilla, junto con los cruasanes que han comprado para matar el hambre antes de la hora de la comida.

Es sábado y vienen de ver un ático en el centro con unas vistas espectaculares. Hace cosa de tres meses decidieron que había llegado el momento de irse a vivir juntas. Lo hicieron en el sofá de Elena, desnudas y sin ninguna prisa. Se pasaron horas hablando sobre ello hasta que decidieron que venderían los actuales apartamentos de ambas y comprarían algo juntas que elegirían al gusto de las dos.

Al principio Elena dudó cuando Adela lo propuso, pero cuando se imaginó con ella buscando apartamento, comprando el que sería el hogar que pretenden construir juntas y decorándolo al gusto de ambas, le entraron tantas prisas que al lunes siguiente, arrastró a su jefa por varias inmobiliarias mientras ella se reía y le decía que no tuviera tanta prisa. La sorpresa vino con la venta rápida del apartamento de Adela, que por su situación privilegiada, adquirió un bufete de abogados para convertirlo en despacho. Eso precipitó sus planes y, mientras esperan a que se venda el de Elena y encuentren algo de su gusto, Adela se ha trasladado con ella y ya llevan casi dos meses compartiendo el mismo techo.

—Otro ático, Adela —resopla Elena ofuscada cuando ella se sienta a su lado—. El quinto que vemos esta semana y tampoco te gusta. ¿A este qué le pasa?

Elena está siendo muy paciente. Hace cinco semanas que Adela decidió dejar de fumar y las dos primeras estaba insoportable. Superadas esas, se relajó y volvió a la normalidad a pesar de que tiene algunos días en los que está muy irascible. Elena es comprensiva y, además, sabe cómo manejarla y siempre termina haciendo que se le pase ese mono que le entra y la pone de mal humor. Pero lo de ahora es otra cosa. Después de la venta del apartamento de Adela se relajaron y como tenían el de Elena, se limitaron a la convivencia y dejaron aparcada la búsqueda de ese hogar que comprarán juntas. Sin embargo, la semana pasada una pareja se interesó por su apartamento y lo dejaron apalabrado, y ahora tienen que correr para encontrar algo que les guste y dejar el asunto zanjado. Las dos fueron muy claras en la inmobiliaria con lo que buscaban, tenía que ser un ático con al menos una terraza donde diera mucho el sol, en un edificio relativamente nuevo que tuviera dos plazas de aparcamiento disponibles, ascensor y trastero en el mismo bloque.

Vieron tres la semana pasada y otros cinco esta, Adela ha puesto pegas a cada uno de ellos.

—¿No has escuchado a los vecinos de al lado? Había un niño berreando como si estuviera poseído por el mismísimo demonio —dice Adela y Elena arquea las cejas.

—Es un bloque de pisos, hay vecinos y los vecinos suelen hacer ruido. Este que si los vecinos, el de ayer que si no le daba mucho el sol, el otro que si las plazas de aparcamiento eran muy pequeñas, otro que si tenía pinta de ser frío —relata Elena exasperada—. Si has cambiado de opinión y no quieres que nos vayamos a vivir juntas me lo dices, pero no me marees viendo medio Madrid para nada, que se acercan las fiestas y me veo celebrando la Nochebuena debajo de un puente porque a ti no te gusta nada.

—Ya vivimos juntas —dice Adela y baja la mirada.

Elena la mira desconcertada y deja la taza de café con leche sobre la mesa para acercarse a ella.

—¿Qué quieres decir?

—Que me gusta estar aquí —admite Adela mirándola a los ojos.

—¿En mi apartamento? —sonríe Elena conmovida.

Adela asiente meneando la cabeza y la coge por el mentón acercándola a ella.

—Estoy cómoda, desde el primer día me siento como en casa, para mí, este es nuestro hogar y no necesito otro si tú estás de acuerdo.

—Madre mía, eres bipolar —se ríe Elena y le da un beso en los labios que prolonga deliberadamente hasta dejar a Adela sin aire en los pulmones—. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Yo qué sé, amor. Fui yo quién lo propuso, pero no contaba con tener que venir aquí, eso lo ha cambiado todo. ¿Tú qué piensas?

—Yo ya vivía aquí, Adela. Esta ha sido mi casa desde que me independicé, siempre ha sido mi hogar y ahora lo es mucho más desde que estás conmigo. Yo no necesito mudarme a un ático ni tener una terraza más grande, te necesito a ti, y ya te tengo.

—Pues yo tampoco necesito nada más, me vale con este apartamento y tú y yo en estos sillones teniendo charlas como esta.

Los sillones son lo único que trajeron del apartamento de Adela, y fue por capricho de Elena, que se había enamorado de ellos. El resto del mobiliario lo dejó tras la venta y solo se llevó su ropa, sus pertenencias y los recuerdos que quiso conservar de su vida con Berta.

Elena demuda el rostro en un gesto pensativo y preocupado que Adela conoce muy bien.

—¿Qué pasa? Si tienes dudas, hacemos lo que dijimos, Elena, tampoco pasa nada. A mí me vale estando contigo, es solo que aquí estoy tan a gusto —dice de un modo tan sincero que Elena se entenece.

—No es eso, Adelita —dice usando ese diminutivo de modo cariñoso.

—¿Y bien?

—Tú te quedas sin nada. ¿Qué pasa si algún día tú y yo lo terminamos dejando? Yo seguiré teniendo mi apartamento y tú te has deshecho del tuyo.

—Me iré de alquiler, tú no te preocupes por eso. Además, he pensado que con el dinero que me ha quedado de la venta, lo que podríamos buscar es una segunda residencia en una zona rural. Nada de pretensiones con apartamentos en la playa porque para eso no llega —aclara y Elena se ríe ilusionada—, pero una casita por el norte con un poco de terreno para poner una piscina en verano. O en Andalucía, que allí hay pueblecitos muy tranquilos y asequibles. Desde Madrid podemos ir a casi cualquier sitio en tres o cuatro horas.

—Me encanta la idea —aplaude Elena.

—¿Sí?

—Claro. Podríamos hacer escapadas algún fin de semana y todos los puentes, no solo en vacaciones. Sería increíble tener eso, Adela, poder salir de aquí de vez en cuando y respirar aire puro. Dejar de escuchar el ruido del tráfico y ver las estrellas por la noche, de verdad que me encanta ese plan —dice, y como ya es costumbre, se levanta y se sienta sobre sus piernas.

Adela la abraza y se besan entre risas mientras Elena nombra un pueblo tras otro como posibles candidatos.

—Habrà que llamar a la inmobiliaria para que dejen de buscarnos apartamento y avisen a esa pareja de que hemos cambiado de opinión y que ya no vendemos —dice Adela contemplàndola como si fuera un monumento.

—De eso te encargas tú, bonita, que a mí me tienes hasta el moño con esa gente.

—Està bien, yo los llamo, mientras tanto, ve a por mi portátil y nos miramos esos pueblos que dices.

—¿Me dejas escoger? —pregunta Elena con una caída de ojos que siempre le funciona con Adela.

—Ya veremos.

Cuando Elena vuelve, Adela todavía està hablando por teléfono con el agente de la inmobiliaria. Deja el portátil sobre la mesa y se sienta y la contempla mientras habla, le resulta fascinante su modo de desenvolverse y lo fácil que le resulta dar respuesta a cada duda de su interlocutor hasta que por fin cuelga.

—¿Qué? —dice Adela con gesto intrigado al ver que Elena no aparta la mirada de ella.

—Que te quiero, te quiero mucho —contesta ella y arquea las cejas.

Adela vuelve a arrastrarla sobre sus piernas y se pone muy seria cuando Elena le rodea el cuello con los brazos.

—¿Te acuerdas de la noche que tuvimos nuestra primera cita aquí? Cuando vine a cenar.

—Claro —contesta Elena con un gesto de obviedad.

—Dijiste que ya me querías, y yo te dije algo así como que tenía la impresión de que no me costaría mucho quererte.

—¿Qué intentas decirme? —se emociona Elena.

—Que no me costó nada, amor. Empecé a quererte tan pronto que casi no me di cuenta, y nunca te lo he dicho, nunca te he dicho que te quiero, y te quiero a rabiar, Elena.

Elena se deshace entre sus brazos y sus besos. Todavía le resulta increíble que esté a punto de cumplirse un año desde aquel día en el que, provocada por su amigo Samuel, decidió buscar un modo de decirle lo que sentía a Adela y le escribió aquella primera nota. Poco imaginaba lo que sucedería después, pero se siente muy orgullosa de su carácter tímido y retraído, porque de haber sido más lanzada, habría intentado conquistar a Adela mucho antes, y Adela no estaba preparada. Las dos lo han hablado en numerosas ocasiones y están de acuerdo en que todo sucedió en el momento oportuno.

—Cosas del destino —le susurra Elena a Adela como le susurró ella la primera vez que lo hablaron.

Adela sonríe y le da un beso tierno en la comisura de los labios, algo que sabe que le gusta mucho porque le hace cosquillas.

—Sí, amor, cosas del destino.